

18

18

11

CCIÓ

LAS  
MAYALGADA  
DE  
MAYARDER

3

PQ2611  
.E8  
C38  
v.3

WORLD



1020026974

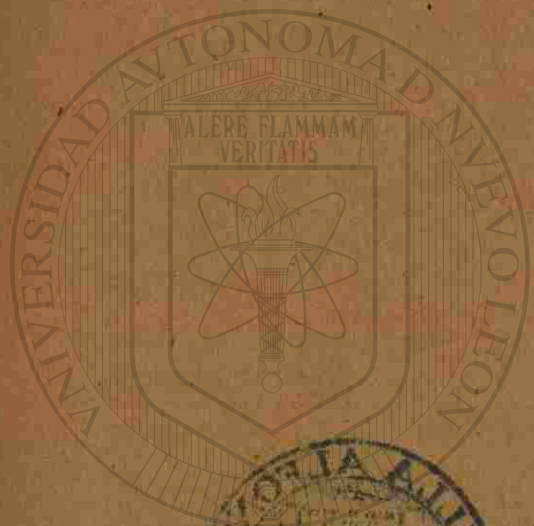


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA CALLEJA

—  
OBRAS LITERARIAS

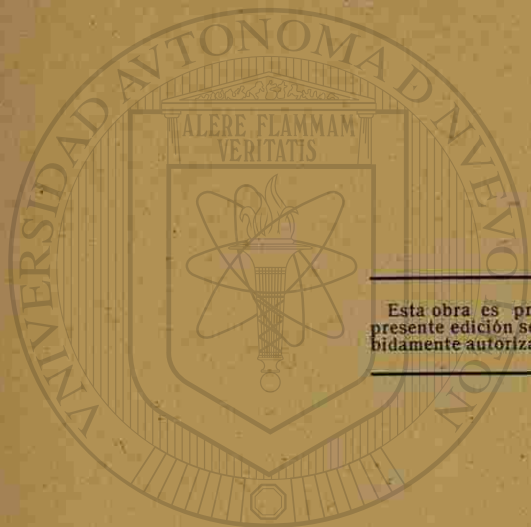
DE

AUTORES CÉLEBRES

—  
CXC

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Esta obra es propiedad. La presente edición se publica debidamente autorizada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

MADRID,—Imp. Viuda e hijos de J. Velasco, Andrés Borrego, 17.



TERCERA PARTE

EL ANTEPASADO

Núm. Clas. N

Núm. Autor F4287e

Núm. Adg. 30123

Procedencia -8- (R)

Precio

Fecha Feb

Clasificó

Catalogó

843  
p.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PAUL FÉVAL (HIJO)

LAS CABALGADAS

de

LAGARDÈRE

Versión castellana

Tomo III

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO



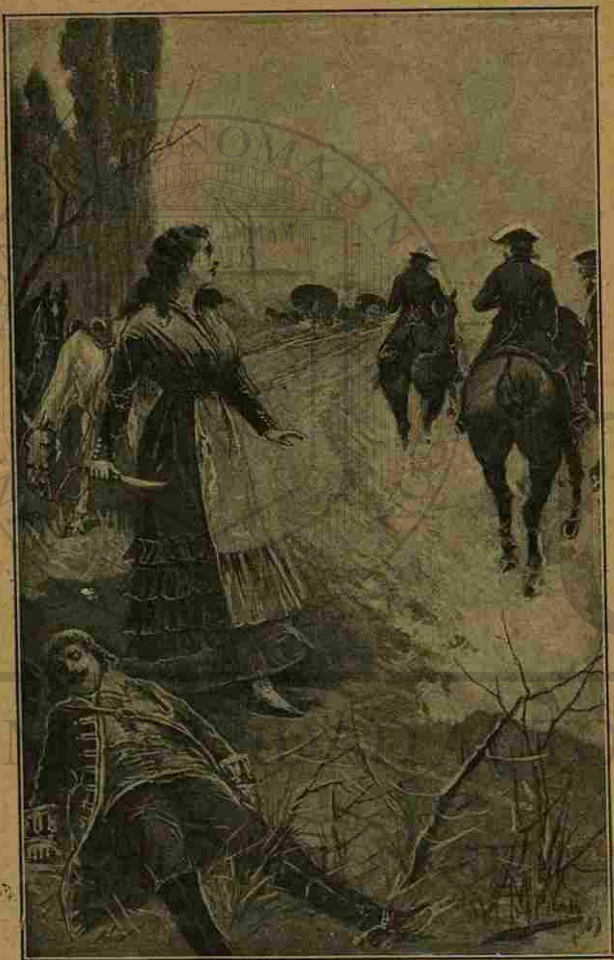
30123

MADRID  
SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

CASA EDITORIAL FUNDADA EL AÑO 1875  
Calle de Valencia, núm. 23.

098914

PQ 20 11  
E 8  
C 38  
U-3



—¡Ven a cogerte si puedes!



## LAS CABALGADAS DE LAGARDÈRE

### I

#### El grito del anciano Duque.

En una plaza de la soberbia Burgos, la indomable patria del Cid, se había formado un nutrido círculo de espectadores en torno de dos gentiles gitanillas que bailaban con mucho garbo el fandango. No sólo las admiraban y aplaudían carreteros, aguadores, ganapanes y algunos transeuntes desocupados; los balcones del palacio de la Capitanía general estaban llenos de damas y damiselas que les echaban pesetas, y por

intervalos dejaban de abanicarse para aplaudirlas.

Burgos es muy amante de la música. La épica leyenda del Cid ha inundado el corazón de sus habitantes de vaga melancolía, de poesía indefinida, que, no hallando expansión en cualquier momento en la rítmica música del chocar de los aceros, se torna en amor á toda sinfonía, sea producida por castañuelas bien manejadas, por voces cristalinas y armoniosas, ó por el timbre sonoro de las campanas de sus magníficas iglesias, que repican durante casi todo el día. En ninguna ciudad española he oído tañer tanto las campanas como en la antigua capital de Castilla.

Las dos gitanas que atraían la atención de la muchedumbre no se parecían en nada. La que danzaba era morena, ágil, esbelta, de boca pura y fresca con admirables dientes, que dejaban escapar una risita seca que hacía el efecto de un chasquido de fusta. La otra era rubia, y no tenía ni tanto fuego en la mirada, ni tanta costumbre de presentarse en público: era la que recogía el dinero, y apenas si tocaba de vez en cuando las castañuelas para acompañar á su compañera.

Sin embargo, ella era la que más miradas atraía. Parecía como doliente y anonadada; carecía de la gracia de los movimientos que tenía la otra, y, no

obstante, á ella era á la que admiraban más y con quien más simpatizaban los espectadores. Es que adivinaban en aquella delicada y hermosa rubia el sufrimiento, quizás el martirio, y por instinto le mostraban su compasión.

Los lectores habrán reconocido en la bailadora y cantadora, porque también cantaba admirablemente, á la bella doña Cruz, la amada del marqués de Chaverny. Su compañera, la que se encorbaba para recoger los ochavos que tiraban á ambas los espectadores, era Aurora de Nevers, la más rica heredera de Francia. ¿Cómo habían llegado á aquel extremo? Tanto valdría preguntar cómo es que hay en la vida vencedores y vencidos, opresores y víctimas.

Cuando llegaron al miserable cuarto que habían alquilado en la posada para pasar la noche, Flor arrojó á un rincón con desdén su pandereta, y á pesar de sus grandes ánimos, su semblante dejó ver tristeza y desaliento. Aurora por su parte echó sobre la mesa aquel dinero, que le quemaba las manos y los bolsillos.

—¡Á ver; cuenta la colecta!—dijo Cruz con fingido buen humor para alentar á su amiga.— Sospecho que la de hoy ha sido buena, y con pocas así nos haremos ricas.

La de Nevers no contestó. En la mesa había ochavos y cuartos, buen número de pesetas, y,



destacándose entre el cobre y la plata, un reluciente doblón.

—No hay que desdeñar tanto el dinero—dijo seriamente doña Cruz,—puesto que á él hemos de deber nuestra salvación.

—¿Acaso podrá más que nuestros novios?

—No digo tanto; pero nos ayudará á encontrarlos y á volver á Francia.

—¿Cuándo llegaremos á la frontera?

—Pasado mañana, si no tropezamos con algún obstáculo imprevisto. ¿Porqué no estará aquí para guiarnos la pobre Mariquita?

—Nos prometió traernos á Lagardère: pasaron días y días, y Enrique no pareció. Te dijo que te había enviado á Chaverny, y no hemos visto al Marqués. Es verdad que fué quien preparó nuestra evasión y nos salvó: lo reconozco. Pero ¿por qué no viene á acompañarnos como habíamos convenido?

Pintése gran tristeza en el semblante de Flor.

—El dolor te hace injusta, Aurora. ¿Quién sabe si Mariquita no padece, si no está herida por habernos salvado!

—¿Herida?

—Sí. No había querido decirte nada; pero mucho me lo temo. Cuando se derrumbó la torre ella estaba en la escalera subterránea, y acaso se

haya quedado allí encerrada viva, emparedada. Quizás en el momento en que yo cantaba y danzaba por esas plazas exhalaba ella su último suspiro y el último estertor de la agonía: tal vez después de haber pronunciado nuestros nombres...

Su pena se deshizo en llanto.

—¡Emparedada! — exclamó Aurora estremeciéndose.—¡Oh; calla por Dios! ¡No digas eso; no digas que lo supones siquiera! Confiesa que lo has dicho sólo para castigarme por mi ligereza é ingratitude. ¡Sería demasiado horrible!

Los sollozos agitaron su pecho convulsivamente, y se hubiera desplomado al suelo á no recibirla Cruz entre sus brazos estrechándola contra su pecho. Con mimos y caricias trató de tranquilizarla.

—¡Cálmate! Espero volver á verla. ¡Dios es grande!

--¿Te explicas tú esa catástrofe? ¿Cómo pudo desplomarse tras de nosotros el castillo?

—No lo sé. No comprendo una palabra; pero Peyrolles ha muerto, y con él don Pedro.

—¡El padre de Mariquita! Ya ves, mi pobre Flor, que causo la desgracia de todos los que me quieren de veras. ¡Ojalá hubiera permanecido en la torre!

—¡Cállate loca! En compensación, has causado

la desgracia de Peyrolles, lo cual debe regocijarnos. A estas horas yace entre los escombros de la *Torre Maldita*; y si no tropezamos con Gonzaga, dentro de tres días estaremos en Bayona.

Antes de continuar nuestro relato expliquemos lo sucedido en el antiquísimo castillo sarraceno, en la vieja torre sarracena que había desafiado la piqueta de los siglos, y que se desplomó con estrépito en el valle como árbol cuyo tronco se ha podrido, cuando todo parecía indicar que iba á mantenerse enhiesto centurias y centurias como centinela avanzado del sur de la sierra de Gudar.

Cansada de rondar por montes y valles por los alrededores de Zaragoza en busca de Lagardère, Mariquita se decidió al día siguiente á ponerse en camino hacia la mansión paterna temiendo que Chaverny no habría podido salvar á las dos doncellas. Y en efecto; las encontró en la torre muy alligidas y casi desesperadas. El Marquesito no llegó á verlas, como sabemos.

Entonces una idea tan temeraria como generosa acudió á su mente. Juró que las salvaría aun á costa de su propia vida y arriesgando la de su padre; y como si se tratase de la cosa más natural y sencilla del mundo, fué á exponer su plan al anciano Duque.

—Es necesario—le dijo—que se disfracen de gitanas y que se escapen por la escalera secreta. Yo misma las guiaré hasta Francia; pero veo en mi plan un obstáculo: Peyrolles, cuya vigilancia tenemos que burlar.

—Yo tengo el medio—murmuró el noble con voz tranquila.

—¿Cuál es?

—Matarle.

—Si fuera necesario darle una puñalada, yo se la daría, no tú: no debe mancharse tu mano. Una gitana como yo se lava con agua clara, y en paz.

—No le heriré por la espalda ni en la sombra—prosiguió don Pedro.—Ayer era mi huésped, y aunque fuera un bandido, mi deber era protegerle: hoy la guerra ha cambiado nuestras respectivas situaciones, y me da el derecho de arrojarle de mi casa, de tratarle como á enemigo. Tranquilízate: cara á cara y espada en mano será como allanaré el camino á tus amigas.

—¡No, padre; eso no!—exclamó la muchacha rodeando con sus brazos el cuello del anciano.—Es más joven, más fuerte, más vigoroso que tú, y además es un traidor.

—¡Bah! Ya he vivido bastante, hija mía; ya no soy nadie, pues ni aun en ocasión como ésta me han levantado el destierro para pelear por

mi patria. Bajo el yugo de Alberoni España ha apurado desde hace años las heces de todas las vergüenzas, y sólo le falta que apurar la de la derrota, que no tardará. Esoha de matarme de todos modos; y ya que se me presenta la ocasión de batirme cuerpo á cuerpo con un francés más, y este francés por añadidura, es, criminal y vil, cumpliré mi deber de aragonés haciendo al mismo tiempo acto de justicia.

Mariquita conocía la indomable energía de aquel carácter que no pudieron doblegar los infortunios, ni las persecuciones inicuas, ni los años, que todo lo destruyen y debilitan; comprendió que había tomado una resolución y que sería inflexible. Sin embargo, quiso intentar un último esfuerzo.

—La señorita de Nevers y doña Cruz no aceptarán á ese precio su salvación: preferirán aguardarla del tiempo y de los sucesos.

El anciano golpeó impaciente el suelo con el pie.

—¡Eres una parlanchina! No tienes necesidad alguna de consultarlas sobre este punto. Además de que, quieran ó no, provocaré á ese miserable, y le obligaré á batirse conmigo.

—¡Padre!

—¡Está dicho! Es inútil que hablemos más: ya sabes que nunca me vuelvo atrás de lo que

decido. Si gano la partida contra el mayordomo de Gonzaga, no hay que decir nada; pero por si la pierdo, ahí van mis instrucciones. Cuando á media noche me veas con él hablando en el patio, harás huir á las dos jóvenes por la escalera que da al valle, y tú te detendrás en la plataforma debajo de la torre. Allí verás cuatro barriles con su mecha: la lumbrera del patio te permitirá oír mis palabras. Si me oyes exclamar «¡España!», es que habré sido mortalmente herido.

—¡Padre, padre, por la Virgen! ¡Es horrible!

—¡Valor, hija mía. ¡Pruébalo! Al oírme gritar «¡España!», enciende la mecha, y huye á toda prisa á reunirse con tus compañeras. La mecha es bastante larga para darte tiempo de bajar antes de que la torre sarracena se derrumbe.

—¡No; no huiré! ¡Quiero morir contigo!

—¡Te lo prohibo! Hubiera querido legarte por herencia este nido de águilas, única cosa que no me han arrebatado los secuaces del nefasto Borbón; pero Dios lo ha decidido de otra suerte. ¡Hágase su voluntad! No guardarás de tu padre sino el recuerdo de lo mucho que te ha querido, y que no te deja más herencia que la vida que te dió, exhortándote á que sigas siempre por el camino recto. Si en ello recibes la recompensa, darás gracias á la Santísima Virgen del Pilar; si, por el contrario, ese camino recto te

causa amargas y dolores, acuérdate de tu padre, que después de haber sido tanto no fué nadie, y se resignó y murió sin quejarse.

Se calló; fué á un lado de la estancia, abrió una arquita, sacó un pergamino, y se lo entregó á su hija.

—Toma mi testamento. No contiene más que una cláusula, por la cual te reconozco como á mi única hija amadísima. No hablo de mis cuantiosos bienes confiscados. Servirán para pagar el libertinaje y la concupiscencia del rey intruso y de su menguado favorito. ¡No te los devolverán! Aquí tienes un rizo de cabello de tu madre y dos buenos retratos: el de tu madre, y el mío. Nada más. Cuando te sea posible, ven alguna vez á rezar ante las ruinas de esta torre que me servirán de tumba.

Mariquita, con el rostro inundado de lágrimas, cayó de rodillas ante el anciano.

—¡Padre! ¡Bendice á tu hija para que tenga el cruel valor de obedecerte!

Tras una corta y ferviente plegaria el anciano Duque puso ambas manos sobre la cabeza de su hija, la bendijo solemnemente, y levantándola en seguida la tuvo un buen rato estrechada contra su corazón.

De todo esto, del sacrificio de su padre y del suyo, no dijo palabra á las doncellas: se contentó

con anunciarles que se preparasen á huir y les explicó lo que tenían que hacer. La fuga se concertó para el día siguiente á media noche.

Cuando don Pedro citó á Peyrolles, con arreglo á lo convenido, el factótum de Gonzaga no pudo disimular su sorpresa.

—¿Por qué elegir tal hora y semejante sitio?

—Porque así conviene. Si me fuera posible daros en este momento las razones que tengo para ello, la cosa estaría hecha. Esa cita tiene, tanto para vos como para mí, capitalísima importancia. No faltéis.

Hasta la hora indicada el mayordomo no hizo apenas otra cosa que pasearse nervioso por su cámara, cavilando y perdiéndose en un océano de confusiones. Preguntábase si no habría descubierto su huésped algún complot con objeto de salvar á las damas y se preparaba á desbaratarlo de concierto con él. Á veces le asaltaba la idea de si se trataría de algún lazo contra él en persona; pero rechazaba la hipótesis, juzgando al anciano demasiado recto y leal para hacerse cómplice de una infamia.

Al cabo se ciñó la espada, deslizó un puñal bajo su colete y bajó al patio de honor, que todavía estaba desierto. La noche era clara y serena, el cielo azul estaba resplandeciente de estrellas, la Luna con sus pálidos rayos iluminaba el

paisaje, dando á las ruinas un aspecto de honda y melancólica poesía.

Peyrolles, indiferente á todo aquello, lejos de experimentar la apacible y deliciosa emoción que deja en el ánimo el espectáculo de una noche pura y radiante, sentía impaciencia, mezclada con algo de miedo, ó por lo menos de recelo.

No tuvo que aguardar mucho. Don Pedro apareció vestido con un magnífico traje de corte, último vestigio de su grandeza, llevando ceñida una espada con puño de oro. Peyrolles trató de sonreír al verle.

—Á pesar de lo insólito de la cita, ya veis que me he conformado con vuestro deseo. ¿Será larga nuestra conversación?

—Eterna, caballero—repuso gravemente el Duque.

Monsieur de Peyrolles le creyó loco, y oyó con estupefacción que el anciano continuaba diciendo con toda calma:

—Pero esta conversación quedará entre nosotros, y ni uno ni otro la repetirá á persona alguna de este mundo, si os parece bien.

Sin saber por qué, aquel irónico «si os parece bien» recordó al mayordomo las mismas palabras que le dirigió Cocardasse en la hostería de *La Manzana de Adán* la noche en que el miserable pagaba el asesinato del duque de Lorena.

—¿Qué queréis decir?—preguntó.

—Que hasta que vos pusisteis el pie en esta morada estas ruinas no habían sido manchadas y envilecidas por la planta de un impostor, de un fementido, de un villano, de un asesino. Hubiera debido arrojaros de aquí como un perro en cuanto me convencí de vuestros alevosos y malvados proceder; pero me felicito de haberos evitado hasta hoy esta explicación suprema.

—¿Es una querrela lo que buscáis señor mío?—interrogó Peyrolles con arrogancia y desenvainando la espada.

—Así lo temo por vos; pero no ha llegado la hora. Envainad hasta que veáis que saco la espada.

—¿Sé yo siquiera si puedo batirme con vos sin degradarme?—replicó insolentemente el factótum de Gonzaga.

—Cruzando nuestros hierros, caballero, sólo para mí puede haber mengua y deshonra. Si mi espada hubiera de servir en adelante, preferiría romperla y dejaros salir de aquí á mancharla en vuestra sangre. Es de acero puro, y el que la ciñe no cesó de desenvainarla con honor en todo el curso de su gloriosa vida. En cambio, la vuestra fué siempre innoble instrumento de vuestra ruindad y de vuestra servidumbre lacayuna. Hoy sólo os sirve para guardar á dos damas á quie-

nes vuestro amo y vos habéis robado, y á las cuales cobardemente os complacéis en torturar.

Alguien había descubierto el hecho; pero ¿quién? Peyrolles quiso hacer frente á la tormenta, y repuso con zumba:

—¿Quién os ha contado todo eso? ¿Desde cuándo lo sabéis?

—Desde el día siguiente de vuestra llegada con esas doncellas: fué el día en que empecé á despreciaros. Pero si entonces tenía el derecho de libertar á esas infelices, no lo tenía para hacer justicia y castigaros como merecéis. Hoy la guerra entre España y Francia cambia la situación, y nos convierte en enemigos.

—¿Acaso os creéis el campeón de España?

—En todo caso, seré un noble campeón, y os desafío á probar lo mismo.

—Me habían dicho que los hidalgos españoles eran fanfarrones y orgullosos como gascones. Vos me lo probáis esta noche, dado caso que seáis hidalgo; porque cuando ocultáis vuestro nombre...

—He callado mi nombre para que no lo ensuciara con vuestros labios al pronunciarlo; pero voy á decíroslo para que sepáis quién os hace el honor de mataros. Soy don Pedro Gómez de Carvajal y Valedira, duque de la Peña de Guadar y conde de Aibarracín.

—Y yo...

—Ya lo sé: os llamáis Peyrolles, y sois lacayo de don Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga, traidor á su rey, á su patria, y tal vez á su Dios, y, como vos, asesino y vil.

El antiguo reloj de la torre, contemporáneo de los moros, comenzó á dar lentamente las campanadas de la media noche.

—¡En guardia!—exclamó el anciano.

Á pesar de la invitación el mayordomo no había envainado su espada: cuando vió al Duque llevar la mano á la suya se tendió á fondo con furia. Era un nuevo crimen; pero su conciencia ya no llevaba la cuenta de ellos.

El noble anciano agitó los brazos, vaciló, murmuró penosamente ¡villano!, y reunió todos sus alientos para lanzar el grito supremo que era á la vez la señal de la justicia, de la venganza y del sacrificio:

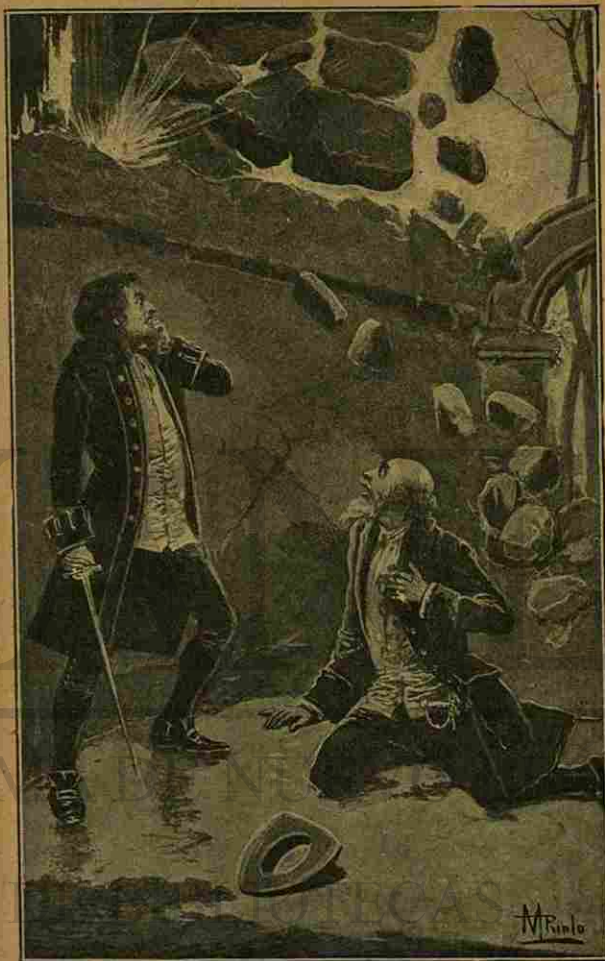
—¡España!

El martillo que iba á dar la última campanada de la media noche no tuvo tiempo de llegar á la campana. Una explosión repentina sacudió vigorosamente á la torre sarracena, que se desplomó con estrépito, sepultando sobre sus ruinas al cobarde y traidor mayordomo del traidor y vil príncipe de Gonzaga.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



¡España!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

### Enterrados vivos.

Había en la Tierra un hombre honrado y valiente menos: el duque don Pedro Gómez de Carvajal, que yacía en el suelo mirando al cielo, hacía donde había volado su alma. Peyrolles quedó sepultado entre las ruinas de la torre: veinte pasos más allá Lagardère se había desplomado sin sentido, mientras Aurora y Flor, asustadas, pero libres, huían hacia el Norte.

Pero ¿qué había sido de Mariquita?

Al oír el grito supremo de agonía que le indicaba el heroico sacrificio de su padre y su orden de vengarle, no vaciló, y acercó la antorcha encendida á la mecha. Pero en la mujer, por valerosa que sea, la reacción llega muy pronto: sus nervios se aflojan, y la debilidad ó la piedad recobran sus derechos. Se vió con frecuencia ho-



rar á Juana de Arco cuando, pasada la excitación de la pelea, contemplaba en su derredor los muertos y los heridos.

La gitana quedó anonadada. Recordó que había prometido á su padre que huiría; pero apenas pudo descender media docena de escalones. Flaqueábanle las piernas; la antorcha vacilaba en su mano; con los ojos desmesuradamente abiertos, no veía nada; le zumbaban los oídos, y creyó volverse loca. En pocos segundos sufrió mil veces más que si la hubieran acribillado á puñaladas, martirizado, arrancado la carne á pedazos. Llamó á la muerte, y rodó escaleras abajo inanimada.

No oyó la explosión, el crujir horrisono de la montaña, ni el trueno de la torre al derrumbarse. Á su lado, en un escalón, yacía la antorcha medio consumida, con riesgo de incendiar sus vestidos. Una piedra desprendida de la bóveda, que hirió su frente y ensangrentó su rostro, la sacó de su letargo.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? — preguntó al abrir los ojos.

Recordó, y recobrando toda la lucidez de su inteligencia, pensó que ante todo debía tratar de reunirse con las dos damitas á quienes había salvado. Por desgracia, el terrible sacudimiento externo tuvo repercusión en las entrañas de la

sierra: la escalera estaba obstruída por ambos lados, y, como temía Flor, la desdichada Mariquita encontrábase enterrada viva.

La gitana comprendió todo lo horrible de su situación, y por un instante la circulación de su sangre pareció paralizarse, en tanto que se escapaba de sus labios un gemido. Iba á morir allí falta de aire y de luz, presa del hambre y del frío, para servir de pasto á murciélagos, ratas y buhos, sin que nadie pudiera oír sus gritos, sin esperanza de socorro humano.

Sentada en el escalón, con la mirada extraviada, pensó desde luego en acelerar el fin de sus días. El primer medio que se le ocurrió para suicidarse fué prender fuego á sus vestidos, y se quedó contemplando la vacilante luz de la antorcha, semi-fascinada y sin darse cuenta de que iba perdiendo la razón. De pronto soltó una carcajada, seguida de un lúgubre aullido que repercutió en la bóveda, extendiéndose y desfigurándose de tal modo, que al oírlo se aterrorizó, y bajo el imperio de invencible espanto bajó, tropezando con las paredes, cayendo y volviendo á levantarse, entre gritos de angustia y de dolor y carcajadas frenéticas.

Al llegar abajo, con movimiento irrazonado, pero instintivo, comenzó á querer con todas sus fuerzas destruir el obstáculo y franquear la sa-

lida. La locura centuplicaba sus fuerzas, y sin darse cuenta del peso de las peñas, de la sangre que brotaba de sus manos, de que perdía las uñas entre aquellas rocas y de que la antorcha se le había apagado por consunción, trabajaba con un ardor sobrehumano. Sus ojos de mirada frenética veían en la oscuridad. Pronto una ráfaga de aire le azotó el rostro. Había abierto una brecha. La agrandó como pudo, se deslizó como una serpiente por la abertura, salió por fin al valle, y cuando respiró la brisa matinal y pudo contemplar la luz y el campo, un aullido salvaje se escapó de su pecho, y se puso á bailar hasta que extenuada y agobiada cayó al suelo sin sentido.

Cuando volvió en sí no recordaba nada de lo sucedido, ni de Aurora, ni de su padre: estaba loca. Sin saber por qué, volvió al castillo. Los aldeanos de los alrededores, que acudían á contemplar desde prudente distancia los efectos de la catástrofe, vieron por las pocas palabras sin sentido ni hilación que les dijo que la misteriosa visitante de la *Torre Maldita*, que suponían una bruja, sólo era una pobre insensata, y le tuvieron lástima. Pero á medida que la loca avanzaba le abrían calle, y muchos apresurábanse á volver á sus casas.

Justo á los escombros vió un caballo ensi-

llado que pacía tranquilamente, y á pocos pasos del animal un hombre que parecía dormir; pero tan pálido, que se le hubiera creído cadáver.

Lanzó un grito, y el hombre del suelo parpadeó. La loca se detuvo á mirarle: una chispa brotaba entre las espesas finieblas de su mente. Arrojándose, levantó entre sus brazos el busto del desconocido, y comenzó á mecerle cantando una canción extraña, pero muy dulce.

—¡Duerme, niño mío; amor mío, duermel! La noche ha extendido su manto regio bordado de estrellas sobre la Tierra. ¡Duerme, amado mío! Mañana surcaremos el mar azul, vogando hacia Oriente.

Entretanto el desconocido había recobrado el conocimiento; se sentó, y asombrado de aquel lenguaje, se quedó mirando á la gitana, en cuyos ojos brillaban destellos de locura.

—¡Mariquita! — exclamó — ¿No me reconoces? ¿Has olvidado al caballero de Lagardère?

—¿Lagardère? ¡Ah, sí, sí! ¡Me acuerdol! ¡Allá lejos..., cuando yo era pequeñita..., pequeñita!

—¡Escucha, escúchame, y trata de acordartel! ¿Sabes dónde está Aurora de Nevers?

—¿Aurora de Nevers? ¡Sí..., sí! Era una vieja que se ha desplomado esta mañana con la torre, y se la han comido los lobos.

—¿Te acuerdas de doña Cruz?

—¿María Cruz? ¡Sí..., sí! ¡Huye..., baila...! ¡La veo... allí!

Y señalaba una nubecilla al Oeste.

El caballero preguntábase cómo habría perdido la razón su amiguita, qué drama se había representado aquella noche misma en el castillo bajo cuyos escombros dormía quizás el sueño eterno su adorada Aurora.

—Sin duda, ha sido ésta la única superviviente de la catástrofe, y el dolor y el terror la han trastornado.

Por un momento perdió la calma, y dijo bruscamente á la pobre niña, que se había acurrucado á su lado.

—¿Por qué has venido á sacarme de mi sueño?

—Porque no debes dormir más. Aurora te aguarda.

¡Aurora! ¿Era un vislumbre de razón? Cogió las manos de la gitana, y con acento cariñoso y acariciador le dijo:

—¡Tranquilízate, pobre niña! ¡Te prometo no separarme de tu lado! ¡Te llevaré conmigo, y la ciencia te curará! Serás feliz. ¡Pero trata de acordarte; haz un esfuerzo de memoria, y dime si Aurora vive!

Y miró fijamente á la joven como si le ordenara por medio del flúido de su mirada que co-

ordinase sus pensamientos: la gitana parpadeó, y pareció recobrar la inteligencia. Lagardère tuvo un segundo de esperanza, y escuchó con ansiedad.

—¿Vive Aurora?

—¡Vive!

El corazón del caballero palpitó de alegría con gran violencia. Pero inmediatamente la bohemia prosiguió:

—¡Yo soy la que ha muerto ahí, en la escalera! ¡La pólvora! ¡Pum! ¡Yo estaba enterrada viva! ¡Cielos! ¡Mi padre!...

Exhaló un grito desgarrador, y Enrique tuvo que sostenerla para que no cayese al suelo. ¿Qué había de cierto en lo que acababa de oír? Sin querer hacer más preguntas por lo pronto, el caballero comenzó á hablar dulcemente para darle tiempo á que se calmara, y sólo después de algunos minutos, cuando ya la creyó serena, le preguntó á quemarropa:

—¿Y Peyrolles?

—¡Allí!—repuso ella volviéndose para señalar los escombros de la torre. Pero no bien acababa de decirlo cuando vieron salir de entre ellos á un hombre que, montando en el propio caballo de Lagardère, huyó pasando muy cerca de ellos.

El caballero lanzó un rugido y desenvainó.

—¡Peyrolles!

De las oscuras pupilas de Mariquita brotaron sendos rayos.

—¡Peyrolles!— aulló con indescriptible rabia y amenazando con el puño al asesino de su padre.

Pero éste estaba ya lejos, y se burló de ambas amenazas.

También él había sido enterrado vivo; pero había podido escapar sano y salvo.

Cuando la torre sarracena vaciló y se desplomó fué arrojado al suelo violentamente, y permaneció mucho rato sin conocimiento. Al volver en sí vió con placer que no había sufrido el menor deterioro, la más mínima lesión personal.

Sin embargo, no por eso era menos crítica su situación. Sudor helado le bañó las sienes al verse enterrado entre los escombros. Su primer pensamiento fué gritar pidiendo socorro; pero ¿para qué? Aunque le oyeran, ¿podrían salvarle?

Escuchó, y no percibió ruido alguno. Evidentemente, los aldeanos no se preocuparon de socorrer á las víctimas, si las había; sin duda, no se atrevían por la leyenda de hechicerías que pesaba sobre la *Torre Maldita*.

Con excepción de las rarísimas veces que se encontró cara á cara con el caballero de Lagardère, nunca se había visto en situación tan

apurada, tan cerca de la muerte, que le ofrecía este único dilema; el aplastamiento ó el hambre. Tratar de sustraerse á ésta era acaso provocar el otro, pues al moverse y buscar una salida podía hacer que se hundiesen sobre él las vigas que le protegían formando una especie de cueva. Tembló de espanto, y deseó ardientemente que alguien apareciera en su presencia, aunque fuese un enemigo, aun el mismo Lagardère.

Se incorporó con trabajo y tomando grandes precauciones. Un rayo de luz llegaba hasta él, y vió á pocos pasos el cadáver de don Pedro, á quien acababa de asesinar.

—Me dijo que no saldría vivo de la torre— murmuró.—¿Presentiría la catástrofe?

Entonces se acordó de las dos prisioneras, y pensó si se hallarían como él enterradas en vida, ó si habrían huído mientras escuchaba las tremendas acusaciones del noble español.

—Si han muerto, no es culpa mía, sino del Destino, y el Príncipe no podrá hacerme responsable. Si han huído, podré decirle que arriesgué la vida para hacer abortar ese plan infernal combinado hace muchos días, y cuyo buen éxito sólo dependía de mi muerte.

Estos pensamientos le recordaron su situación y suspiró.

—¡Qué necio soy en preocuparme de lo que haya sido de ellas en los momentos en que tengo pendiente la vida de un hilo que amenaza romperse bruscamente!

Permaneció mucho tiempo inmóvil, inconsciente, anonadado, aguardando el cataclismo final, que podían apresurar una ráfaga de viento, ó simplemente el mismo peso de los materiales amontonados sobre su cabeza. Los cascos de un caballo chocando contra las piedras del que había sido patio le sacaron de su ensimismamiento. Miró por una hendrija, y vió que se hallaba ensillado, listo y sin jinete, como si algún demonio familiar se lo enviase para salvarle.

No necesitó más para cobrar un poco de aliento su corazón de liebre. Había que arriesgarse, pues de otro modo la muerte era inevitable. Se deslizó como pudo, con infinitas precauciones, arrastrándose, desgarrándose la ropa, arañándose las manos, oyendo á cada movimiento crujidos amenazadores, temiendo sin cesar un derrumbamiento que le aplastase como á un reptil. Varias veces, aniquilado, trémulo, intentó pedir socorro; pero de su garganta no salía sonido alguno. Por fin pudo llegar hasta el caballo y asirle de la brida.

Entonces palideció. Oyó la voz del caballero de Lagardère, que debía de hallarse á muy corta,

distancia. ¿Se habría salvado del aplastamiento y del hambre para caer en manos de su temible enemigo? Su primera idea fué llegarse adonde estaba aquél y matarle por la espalda; pero tuvo miedo de que se volviera por casualidad. Al pensar en esto echó de ver que había perdido su espada. Miró en torno suyo, y vió muy próxima la de don Pedro, de la cual se apoderó. Montó á caballo sin más vacilaciones; el animal relinchó. Aterrado, le clavó furiosamente las espuelas, y pasó cerca de Lagardère y Mariquita á rienda suelta, desapareciendo en breve de su vista.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



### III

#### Las gitanas.

Como se inflama un reguero de pólvora difundióse por todo el ejército del duque de Berwick la nueva desaparición de Lagardère.

Para honrar los restos de aquel valiente que podía haber muerto combatiendo, examináronse á presencia del mismo Duque todos los cadáveres españoles y franceses antes de proceder á su entierro; pero el de Lagardère no pareció, con gran consternación de sus compañeros de aventuras, y sobre todo de Chaverny, que no había tenido tiempo de decirle lo que sabía respecto de Aurora. El misterio de aquella desaparición trastornó de tal modo al Marqués, que no era capaz de tomar una resolución.

—¿Qué pensáis hacer, caballero?—le preguntó el Mariscal.

—Si he de decir la verdad, no lo sé, monseñor. Pero si Lagardère no regresa pasado mañana, no aguardaré más.

—¡Ah! ¿Creéis que ha muerto el pequeño?— exclamó Cocardasse con su voz de Estentor.— ¡Mal pecado! ¡No creáis semejante cosa, señor marqués de Chaverny! ¡De otras más duras se ha librado el pichón! ¡Ya volverá, ya! ¡Vive Dios!... Si hay quien quiera apostar conmigo cincuenta botellas de vino á que vuelve...

—Yo las apuesto—dijo alegremente el Príncipe de Conti,—y tú las beberás, amigo.

—¡Ahora mismo! ¡Sangre de Cristo! ¡Precisamente me muero de sed! ¡Tan cierto como me llamo Cocardasse! Pero ¡voto á sanes! ¡No descorcharé ni una en tanto que Lagardère no pueda trincar conmigo!

—¿Y cuándo crees que será eso?

—Pues de aquí á tres ó cuatro días todo lo más. En todo caso, como podremos serle más útiles en otra parte que aquí, opino que debíamos ir á dar una vuelta por ahí. ¿Qué te parece, Amable?

Passepoil admiraba demasiado la facundia de su hermano de armas para darle un feo ante los principales jefes del ejército, y se apresuró á responder:

—¡Ojalá! ¡Para ser normando, nõ eres muy bruto, pequeño!

—Y tú eres bastante inteligente para ser gascón.

—Tienes razón, mi noble amigo Cocardasse. ¡Hay que ir á buscarle!

—¡Mal pecado! Todos me lo han dicho siempre. Sin lisonja, mi querido Passepoil, no hay otros como nosotros dos para conocer bien y adivinar las vueltas de ese picarón de parisiencito.

—Verdad es.

—Yo podría deciros, señores, dónde cenará esta noche Lagardère, si es que se detiene á cenar; que no se detendrá, porque lleva mucha prisa.

—¿Dónde?—preguntó el Duque.

—Preguntadlo al señor marqués de Chaverny, que le ha firmado la hoja de ruta.

El Marquesito se dió una palmada en la frente.

—¡Tienes razón!—dijo.—Le he enterado de que mademoiselle de Nevers está prisionera en una torre de la sierra de Gudar. No hay que buscarle en otra parte. ¡Vamos á Teruel!

—¡Despacio, despacio!—insinuó el gascón.—Vamos á proceder con orden estratégico, como decía el capitán preboste de mi regimiento. Á vos el mejor puesto, M. de Chaverny. Iréis

30123

por el camino de la frontera, pero en dirección á Huesca. Antonio se dirigirá hacia Burgos, y Passepoil y yo, por Zaragoza, hacia Teruel.

—¿Y con qué objeto hemos de separarnos?

—Para tener la seguridad de encontrarle, ¡voto á bríos! Cuando llegáramos juntos á Gudar haría mucho tiempo que el pichón habría volado con las palomas. Vos sois el que más probabilidades tiene de encontrarle, pues sin duda se dirigirá hacia la frontera para ponerlas á salvo. Si se dirigiese hacia Pamplona, le encontráremos nosotros, y tendremos el honor de escoltarle. Y en cuanto á Laho, no sé qué presentimiento me dice que algún provecho sacará de su viaje á Burgos.

—¡Bien razonado!— afirmó el mariscal de Berwick.

El gascón estaba más ufano con su plan que un general que acaba de preparar maduramente el de una batalla decisiva, máxime al recibir la aprobación del Duque. Retorcióse los bigotes, arqueó el brazo izquierdo apoyando la mano en la empuñadura de su espada, y adelantó la pierna como para ponerse en guardia.

El Capitán general le golpeó familiarmente en la espalda y añadió:

—Has discurredo muy bien, amigo; pero parece que te has olvidado de una cosa que es algo

esencial en mi opinión: que nos encontramos en país enemigo. ¿Crees que aislados vais á poder atravesar media Castilla, toda Navarra y todo Aragón sin que os detengan en el camino?

El gascón iba á encogerse de hombros; pero recordando que ese gesto era inconveniente ante tan alto personaje, se contentó con sonreír y dijo con énfasis:

—¡El *Real-Lagardère* pasa por todas partes! ¡Cuernos de Lucifer! ¡Los que traten de detenerle no van á poder contarle á sus vecinos!

El Duque soltó la carcajada.

—Entonces, ¿respondes del resultado?— preguntó.

—Que monseñor de Conti haga preparar las botellas, y yo os respondo de que á la vuelta Cocardasse tendrá sed. Pero si por casualidad el *parisiencito* llegase antes que nosotros, lo que muy bien puede ser, hacedme el favor de decirle que beba algunas á la salud de su antiguo maestro.

Todos estrecharon la mano al gascón, que recibía los apretones de manos como vencedor á quien es un deber felicitar, creciendo cien codos á los ojos de Passepoil. Chaverny no oponía dificultad alguna para seguir el plan del diestro, y en breve los cuatro estuvieron á caballo. Cocar-



dasse saludó majestuosamente con su sombrero nuevo.

—¡Hasta la vista, señores míos—exclamó,—y no os quepa duda de que el *Real-Lagardere* volverá completo y con todos los honores!

El duque de Berwick se volvió á su alojamiento murmurando:

- ¡Con hombres así, la guerra es sólo un juego de chiquillos!

Después de concertarse sobre el modo de operar y de citarse para la vuelta se separaron, y Chaverny por su lado partió á galope con la confianza de ver muy pronto á su amada, ó de saber por boca del mismo Lagardère que se hallaba á salvo y en lugar seguro con Aurora de Nevers.

La misión al parecer más sencilla, aunque en realidad la más difícil, y la que quizás él solo de los cuatro podía cumplir, era la de Antonio. Hablaba el español correctamente desde niño, y su traje vasco no podía llamar la atención de nadie. Trataría de evitar el encuentro con Gonzaga y sus secuaces; pero aunque los halláse y le reconocieran no podrían recelar de él, puesto que ignoraban que se había hecho fiel compañero de Lagardère.

Tropezó con algunos grupos dispersos de soldados de caballería y de los que huyeron

aquella misma mañana ante San Sebastián, y habló con ellos indicándoles el lugar en que más probablemente hallarían el núcleo de su regimiento; y al otro día por la tarde, al anochecer, entraba en Burgos. Recorrió algunas calles una vez dejado el caballo en el mesón, habló con varios mendigos sonsacándoles lo que pudo, y se fué á dormir, que bien lo necesitaba, pues la caminata había sido ruda, y por atajos y veredas que hacían más penosa la marcha.

Á la mañana siguiente volvió á sus pesquisas, y adquirió la certidumbre de que el caballero no había parecido por Burgos, lo que le produjo una gran irritación contra Cocardasse, á quien acusaba de haberse reservado la mejor pieza dándole á él un hueso: decidió que por aquel viaje inútil á Burgos tendría una explicación seria con el gascón.

—Tengamos paciencia un día más; pero si hasta mañana á la tarde no he visto nada, volveré al ejército, y en caso en que el caballero Lagardère no haya parecido, yo le buscaré por mi cuenta, y veremos quién de los dos, si Cocardasse ó yo, encuentra á nuestro jefe. ¡No faltaba más! Decididamente, ese gascón es muy parlanchín. Confieso que se bate bien cuando hace falta; pero no sucede lo mismo cuando habla ú obra.

Antonio vagó entonces por calles y plazas sin tomarse la molestia de preguntar más, y aquella noche no durmió muy bien, lo cual hizo que se despertase con un humor de todos los demonios. Sin embargo, al llegar la hora que se había señalado para el regreso no pudo resistir á la tentación de dar otra vuelta por la ciudad.

Apenas llegó á la calle fué asaltado por gran número de pordioseros; una chiquilla de unos once años se pegó á él como una lapa, no obstante las negativas del vasco.

—¡Ya te he dicho que perdones!

—¡Aunque no sea más que un cuarto, por el amor de Dios!

—¿Y que vas á hacer con un cuarto?

—Guardarlo para comprar una pandereta y bailar como la gitanita que está bailando ante la Capitanía General.

Las gitanas hormiguean en España: sin embargo, sin darse cuenta del por qué, Antonio se estremeció al oír aquellas sencillas palabras, y preguntó con viveza:

—¿Baila bien?

—¡Oh! ¡Á las mil maravillas! Son dos; pero la otra no baila y parece muy triste: hasta me pareció que lloraba.

—¡Vamos á verlas!

¿Por qué se le ocurrió la idea de que podían

ser las dos damas que él había tratado de liberar en Bayona? Lo cierto es que apresuró de tal modo el paso, que la desmedrada chiquilla tuvo que trotar para seguirle. Llegó á la plaza, asomó la cabeza al corro y se estremeció otra vez. ¡Éran ellas! Pero ¿cómo estaban allí solas, mientras Lagardère las buscaba en Gudar? ¿Por qué, vestidas de gitanas, se veían reducidas á mendigar?

Su primer pensamiento fué atravesar por entre al multitud y darse á conocer; pero reflexionó que no era sitio á propósito para ello, y se contentó. Cesaron de bailar, y las siguió hasta la posada. La chiquilla no se separaba de él.

—¿Quieres ganarte la pandereta de una vez, una pandereta muy maja, sin tener que recoger cuarto á cuarto?

—¿Qué hay que hacer?—preguntó la mendiga radiante de satisfacción.

—Poca cosa: entrar en la posada, decir lo que vas de parte de una señora para hablar á esas gitanas.

—Pero mentiré.

—Será una mentira muy chiquirritita, que te perdonará en seguida el cura. Además, la mentira ó la pandereta: escoge.

—Escojo. ¿Y qué más?

—Bueno; cuando hayas entrado en el cuarto

de ellas les dices—á ellas solas, ¿eh?—si quieren recibir inmediatamente á uno que se llama...— Y titutebeó un instante.

—¡Ah—repuso la pequeña maliciosamente.— ¡Ya! ¿Te has enamorado de ella? ¿De cuál de las dos?

—¡No te importa! Les dirás si quieren recibir á Antonio Laho.

—¿Y qué más?

—Nada más. Cuando me traigas la respuesta te daré dos pesetas para que te compres la pandereta más hermosa que haya en Burgos. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no dirás á nadie una palabra de todo esto.

Con uno de esos gestos majestuosos que tienen hasta los niños en España, y que hizo sonreír al vasco, la chiquilla hizo una cruz con los índices de ambas manos, y besándola con fervor dijo:

—¡Lo juro por el Santo Cristol

Y señaló con un dedo la catedral, que erguía sus admirables torres á poca distancia.

Una vez jurado penetró ligera en la posada, y un cuarto de hora después había recibido un beso y las dos pesetas prometidas, saliendo á escape en busca de su codiciado pandero, mientras

Antonio era recibido con el mayor júbilo por doña Cruz; y Aurora, acurrucada en un rincón y temblorosa, cual pájaro herido, le preguntaba:

—¿Dónde está Enrique de Lagardère?

El vasco comprendió que de su respuesta dependía el devolver la calma y la esperanza á la damita, y respondió sin vacilar:

—Hace cuatro días estaba con nosotros; se separó de nuestro lado para ir á buscaros.

—¿Dónde? ¡Virgen Santa! ¡Haced que no haya llegado á Gudar cuando se desplomó la torre!

Al verla retorcerse las manos afligidísima comprendió Laho que algún nuevo drama se había representado en Aragón, y quiso tranquilizarla diciendo:

—El caballero se marchó solo y sin decirnos á dónde; pero á estas horas ya se habrán reunido con él el señor de Chaverny, Cocardasse y Passepoil. Puede ser que ya estén regresando hacia el campamento.

—¿Hacia el campamento?

—Sí; el ejército francés ha entrado victorioso en España, tomando á San Sebastián, y M. de Lagardère es jefe de un regimiento que ha contribuido á la victoria.

—¡Cómo!—exclamó ufana y radiante la Duquesita.—¿Es coronel Enrique?

—No he dicho eso. No es coronel, ni siquiera capitán, porque ha rehusado esos grados. Es simplemente jefe del regimiento *Real-Lagardère*, formado por cuatro hombres: el señor marqués de Chaverny, Cocardasse, Passepoil y yo.

—¡Siempre heroico! ¡Siempre temerario!

—¡Ah! ¿Chaverny está con él? ¡Hermanita, vamos á reunirnos con ellos; nuestra presencia los envalentonará todavía más!

—¡Calla! Si al ir á reunirnos de nuevo una bala nos los arrebatara para siempre...

—¿Estáis ahora en libertad?

—Como pájaros escapados de su jaula.

—Y á los que acechan nuevos peligros—añadió Aurora.—Pero ¿cómo estáis aquí vos? ¿Quién os ha enviado?

—La Providencia, indudablemente, para ayudaros con todas mis fuerzas. Pero sería largo de contar.

—Contadlo ahora mismo, y luego os contaremos nosotras lo que nos ha sucedido—exclamó Flor.—Necesitamos ponernos al corriente.

Bien sabía Antonio que las paredes oyen, sobre todo en las posadas y hosterías: así, antes de comenzar su relato se aseguró de que nadie escuchaba á la puerta, y llevando á las damas al centro de la habitación, en voz baja las puso

al corriente de cuanto había hecho el caballero desde su llegada á Bayona.

Se calló un instante porque oyó pasos en el pasillo. Era un hésped á quien la mesonera conducía á su aposento.

Doña Cruz relató á su vez la enfermedad de Aurora y su reclusión en Aragón, las promesas de Mariquita, y su desconsuelo al no recibir las anunciadas visitas de Chaverny y de Lagardère, y, por último, su evasión y su llegada á Burgos dos horas antes.

El vasco escuchaba atento y meditabundo. Al terminar Flor preguntó:

—¿Qué ha sido de Peyrolles?

—Creemos que murió sepultado entre las ruinas—respondió doña Cruz.

—¡Dios lo quiera!—murmuró Antonio.

—¿Y qué vamos á hacer?—preguntó Aurora.

—Mañana al a ba os reuniréis conmigo en la Puerta de Vizcaya, donde tendré preparadas mulas y todo lo necesario para el viaje, y quizás mañana mismo, ó si no pasado, os habré puesto en manos de M. de Lagardère y de Chaverny, ó por lo menos al amparo del señor duque de Berwick. En el real de Francia no tendréis nada que temer de Gonzaga ni de Peyrolles.

—¡Oh; de ése!... ¡Una vez muerto!...

—Mientras no vea su cadáver desgarrado

por el pico de un buitre—replicó sentenciosamente Laho,—no creeré que ha muerto. ¡Ese hombre tiene siete vidas como los gatos!

—No hemos visto su cadáver, pero todo hace creer que no podía sustraerse á su suerte—afirmó Cruz.

—La espada de Lagardère no estaba allí para marcarle con la estocada de Nevers —añadió Aurora.

—No estaba lejos, porque allá se dirigía para salvaros.

—Si Peyrolles no ha muerto, mi querida Flor, pudiera ser que no estuviésemos aún en salvo.

Antonio comprendió que había sido imprudente llevando la inquietud al ánimo de las doncellas, las cuales habían caído una en brazos de la otra, y para devolverles la tranquilidad y alentarlas exclamó:

--¡Bah! Si se ha salvado del derrumbamiento, es casi seguro que tropezaría con Lagardère, quien le habrá puesto en situación de que no pueda perjudicaros más. Sin embargo, si le halláramos en el camino, con mi puñal sabría hacerle á un lado para tener paso franco. ¡No temáis!

Y con esto se despidió de las doncellas, dejándolas entregadas á sus oraciones nocturnas.



## IV

## A navajazo limpio.

Un hombre con la oreja pegada al delgado tabique de la habitación ocupada por las dos damas había podido oír la conversación, y sus labios dibujaban una sonrisa insolente, casi satánica.

No; las jóvenes no habían visto el cadáver del factótum de Gonzaga, pues el hombre que estaba allí en el vecino aposento era Peyrolles. Al alejarse de las ruinas que debieron servirle de tumba reflexionó el honrado mayordomo que no tenía para qué ir á Madrid y que le convenía dirigirse á la frontera, en la cual suponía peleando á su amo y con la espada tinta en sangre francesa. Suponía que la fuga se había realizado de acuerdo con Lagardère, y así se explicaba su presencia al lado de Mariquita

por el pico de un buitre—replicó sentenciosamente Laho,—no creeré que ha muerto. ¡Ese hombre tiene siete vidas como los gatos!

—No hemos visto su cadáver, pero todo hace creer que no podía sustraerse á su suerte—afirmó Cruz.

—La espada de Lagardère no estaba allí para marcarle con la estocada de Nevers —añadió Aurora.

—No estaba lejos, porque allá se dirigía para salvaros.

—Si Peyrolles no ha muerto, mi querida Flor, pudiera ser que no estuviésemos aún en salvo.

Antonio comprendió que había sido imprudente llevando la inquietud al ánimo de las doncellas, las cuales habían caído una en brazos de la otra, y para devolverles la tranquilidad y alentarlas exclamó:

--¡Bah! Si se ha salvado del derrumbamiento, es casi seguro que tropezaría con Lagardère, quien le habrá puesto en situación de que no pueda perjudicaros más. Sin embargo, si le halláramos en el camino, con mi puñal sabría hacerle á un lado para tener paso franco. ¡No temáis!

Y con esto se despidió de las doncellas, dejándolas entregadas á sus oraciones nocturnas.



## IV

## A navajazo limpio.

Un hombre con la oreja pegada al delgado tabique de la habitación ocupada por las dos damas había podido oír la conversación, y sus labios dibujaban una sonrisa insolente, casi satánica.

No; las jóvenes no habían visto el cadáver del factótum de Gonzaga, pues el hombre que estaba allí en el vecino aposento era Peyrolles. Al alejarse de las ruinas que debieron servirle de tumba reflexionó el honrado mayordomo que no tenía para qué ir á Madrid y que le convenía dirigirse á la frontera, en la cual suponía peleando á su amo y con la espada tinta en sangre francesa. Suponía que la fuga se había realizado de acuerdo con Lagardère, y así se explicaba su presencia al lado de Mariquita

en las ruinas; y como no se consideraba capaz de luchar él solo con el caballero, sin preocuparse de las doncellas y ávido de encontrar al Príncipe, no por adhesión, sino por descargarse de toda responsabilidad, se dirigió directamente á Burgos.

No podía encontrar allí á Gonzaga, porque éste, poco deseoso de luchar con Lagardère sin tener á su lado más que al Barón y á Lavallade, se volvió á mataballos á Madrid, creyendo encontrar allí á sus *enrodados*, cuya prolongada ausencia no se explicaba. La casualidad parece estar siempre al servicio de los pillos, y Peyrolles, que era de los mayores bribones del mundo, podía darse por satisfecho.

Aunque cansado y molido, en cuanto llegó á la posada se enteró, por costumbre, de los huéspedes que había; y al decirle que dos gitanas pasarían allí la noche presintió que fueran las prófugas y se las hizo describir minuciosamente. La mendiga de la pandereta había necesitado emplear la mentira para entrar en el aposento de Aurora y doña Cruz; él se valió del oro, que llevaba en abundancia, para aposentarse tabique por medio de ellas, y así pudo oír el relato de Flor y lo que después hablaron las tres personas.

—¿Quién será ese quídam?—se decía.—No

parece que me quiere muy bien, y tengo curiosidad de saber su nombre. Me parece haber oído su voz en otra parte; pero no caigo... No es ese belitre de Cocardasse, ni menos Passepoil, y tampoco Chaverny, y, sin embargo, es de los familiares de Lagardère. ¿Quién será?

Aún no se hallaba el vasco en la calle cuando Peyrolles bajaba á paso de lobo y preguntaba á la mesonera, poniéndole previamente un doblón en la mano:

—¿Quién es ese hombre que acaba de salir de aquí?

—No lo sé, señor.

Decía verdad, con gran pesar, y sospechando que Peyrolles era un celoso de quien podría sacar pingüe ganancia. ¿Para qué se tiene posada, sino para cobrar como extraordinarios esos pequeños servicios? Pero Peyrolles creyó que la mujer no quería hablar si no le pagaban más caras sus noticias, y dispuesto á todo preguntó:

—¿Te ha pagado para que no digas su nombre?

—¡Ay! No—repuso dando un suspiro la hostelera castellana, que parecía lamentar mucho no comer á dos carrillos.—Vino hace una media hora para hablar á las gitanas de parte de no sé qué vecino; es todo lo que sé.

—¿Es burgalés?

—Bien podría ser, aunque por su traje más bien me parece vasco.

El mayordomo buscó en sus recuerdos; pero no obtuvo resultado alguno, pues ni á cien leguas estaba de pensar que podía ser el hermano de Jacinta.

—Voy á salir un instante—dijo.—Si viniera alguien á preguntar por Peyrolles, responderás que no sabes quién es. Nadie ha de saber que estoy en Burgos, y menos las gitanas.

Esta recomendación le costó otro duro más; pero cuando se trataba de su seguridad personal gastaba sin reparo: los bribones aman su pellejo con particular cariño.

Se deslizó por las oscuras calles, y se metió en una taberna adonde ya otras veces había ido á comprar conciencias de bandidos. No faltaban aquella noche individuos dispuestos á ganar dinero lo menos honradamente posible; así es que la llegada de un hidalgo á aquella sala húmeda y llena de humo era de lo más significativo.

Peyrolles se detuvo un instante mirando aquellos rostros de borrachos, bandidos, aventureros, vividores y mendigos. Era un buen fisonomista: con el dedo fué designando hasta cinco de aquellos bravos, y se retiró con ellos á un rincón donde les habló en voz baja durante poco rato. Los bribones se entienden pronto. Sonaron

en la mesa monedas de oro que los pícaros se embolsaron presto, y el trato terminó. Peyrolles dió una propina para que bebieran á su salud, y se volvió á la posada.

Antes de entrar en ella se aseguró bien de que no había sido seguido. Subió de puntillas á su cámara, cenó con excelente apetito, y se durmió con el sueño del justo. Era lo menos que podía hacer, pues acababa de preparar una asechanza mortal. Infatigable y activo, á la mañana siguiente hallábase en pie al despuntar el día, con gran asombro de la hostelera, que hubiera querido conservar varias semanas á un huésped de bolsillos tan bien provistos.

—Volveré dentro de dos días—dijo al montar á caballo y para engolosinar á la mujer é impedirle que charlara.—De aquí á entonces, que nadie sepa que he estado aquí.

Algunos momentos después bajaron las gitanas y pagaron su modesta cuenta. La tristeza de sus semblantes había desaparecido casi por completo. Doña Cruz hasta tatarcaba una petenera.

En cuanto Peyrolles se halló fuera de puertas inspeccionó el camino todo lo que la luz matinal le permitía. Él solo, en apariencia á lo menos, asistía al despertar de la Naturaleza, y como si no quisiera turbar con su presencia el grandio-



so espectáculo, fué á ocultarse en un bosquecillo á un lado de la carretera.

Muy en breve las campanas de las iglesias de Burgos tocaron al alba; el Sol descubrió por oriente su enorme disco de oro inundando de luz los campos, y las aves comenzaron á cantar. Peyrolles no separaba la vista de la puerta de Vizcaya: vió salir por entre ellas un caballero que llevaba dos mulas de la brida, ensilladas y empenachadas y se detuvo á cincuenta pasos de donde acechaba el mayordomo.

—Anoche—se decía examinando sus facciones—me pareció conocer su voz; hoy creo conocer ese semblante. ¿Qué diablos hacía ese hombre cuando yo le he encontrado, y qué manejos traerá entre manos?

Antonio Laho iba á demostrarle que lo que mejor manejaba era la navaja. Con efecto; vió surgir en torno suyo cinco de esos mendigos que piden con la mano izquierda y hieren con la derecha al que se descuida, pero que un ojo experto distingue en seguida de los verdaderos pordioseros. Antonio deslizó en la manga su navaja abierta y aguardó tranquilamente.

—¡Una limosnita por amor de Dios!—dijo uno de ellos.

—Sigue tu camino: tienes más traza de bandido que de mendigo.

—Señor—imploró el segundo,—¿quiere vuestra merced prestarme uno de esos dos animales que le sobran, para ir á San Sebastián? ¡Por caridad!

—¡Cuerda para ahorcarte te prestaré si acaso!

Los otros tres se habían deslizado por detrás.

—Podríamos quitártelos—dijo uno de ellos,—porque no es justo que tengas lo superfluo mientras nosotros carecemos de lo necesario. Mis piernas están cansadas, y esta mula me llevaría á pedir de boca.

—¡Cógela!—repuso Laho impasible.

Y con la navaja picó en la grupa del animal, que soltó un tremendo par de coces, haciendo rodar á cuatro pasos al mendigo con el pecho roto. Exhaló el último suspiro inmediatamente.

—¡Eso le enseñará á no montar por detrás! ¡Es muy peligroso!—exclamó fríamente el vasco.

—En efecto—afirmó otro mendigo;—es mejor hacerlo por delante.

Y cogió la brida del caballo de Laho; pero instantáneamente dió un grito y retiró el brazo chorreando sangre, y colgando como un andrajazo la muñeca y la mano derecha, casi separadas del brazo por un soberbio navajazo.

Antonio desmontó entonces, anudó las tres

riendas, y se plantó á pie firme ante los bandidos diciéndoles:

—¡Ea! ¡Ya no sois más que tres: un animal para cada uno! ¿Queréis que os los venda?

El vasco y su modo de obrar habían dejado estupefactos á los bandidos.

—¿Cuánto?—preguntó el menos tímido, admirador del resuelto mozo.

—No muy caro: cada uno de vosotros pagará un animal de éstos con su propia vida.

Los fingidos pordioseros sacaron sus navajas.

—¡Yo pago adelantado!—dijo el que había hablado el último, tirando una navajada á Antonio, que se hizo á un lado para evitar el golpe.

—¡Y yo devuelvo la moneda!—replicó el vasco, clavando su acero en el vientre del bandido, que cayó moribundo.

—¿Quién quiere más? ¡Adelante los bravos!

Desde el bosquecillo Peyrolles había visto caer á dos de los asesinos comprados; el tercero agonizaba con las tripas fuera del cuerpo, mientras los que aún quedaban en pie retrocedían. ¿Tendrían el valor de matar á su adversario ó de morir á sus manos? Se preparaba á ayudarlos, confiando en que su espada daría buena cuenta de la navaja de aquel hombre; pero al recordar la amenaza que le había oído la víspera cuando ha-

blaba con las damas, se contuvo prudentemente.

—¡Tengamos calma hasta que vengan ellas! Para apoderarnos por lo menos de mademoiselle de Nevers, que es la que me interesa, es preciso que le vean morir, y nos aprovecharemos de su estupor.

Dos gritos simultáneos le indicaron que se acercaba el momento de entrar en escena. Aurora y doña Cruz acudían á todo correr hacia Antonio, amenazado por los dos bandidos.

—¡Apresuraos—les dijo éste,—porque ved ahí que vienen dos competidores para adquirir vuestras mulas!

Peyrolles les había ofrecido una crecida suma por matar á aquel hombre, y otra no menos respetable por atar á las doncellas sujetándolas á la silla de sus mulas. Tenían que apresurarse. Se consultaron con una mirada, y se precipitaron sobre él á la vez.

Pero el vasco se lanzó furioso á su encuentro sin aguardarles, tiró su navaja como los mejicanos, y el acero fué á clavarse en el ojo de uno de ellos, que cayó fulminado: sin detener su carrera se encorvó al pasar por su lado, sacó el arma, y persiguió al quinto bandido, que huía, alcanzándole y derribándole en tierra. En seguida, poniéndole una rodilla encima y amenazando clavarle su acero, le dijo:

—Te perdono la vida si me dices quién es el cobarde que os ha mandado asesinar.

—No sé su nombre; no le conozco.

—¿Cómo es? Habla, y dilo todo si no quieres morir.

El bandido dió las señas que le pedían.

—No puede ser más que Peyrolles—dijo doña Cruz.—¡Ese miserable no ha muerto!

Mientras que Laho estaba arrodillado sobre su último adversario y las dos doncellas escuchaban con ansiedad las declaraciones del bandido, un hombre se deslizaba como una serpiente por entre la yerba, sin que le viera otra persona que Peyrolles. El andrajoso llevaba una muñeca colgando; pero con la mano izquierda empuñaba una navaja. Cuando iba á soltar á su último adversario y á levantarse, el vasco cayó de bruces exhalando un gemido. El bandido mutilado acababa de darle un navajazo entre los hombros.

Las presuntas gitanas lanzaron una exclamación de terror y de angustia; Peyrolles, un grito de triunfo, y saliendo del bosquecillo, apareció.

—¡Perdidas!—exclamó Aurora, desplomándose en los brazos de doña Cruz.

—¡Por el contrario!—repuso zumbonamente el mayordomo de Gonzaga.—¡Encontradas! ¡Os aguardaba aquí hace más de una hora!

El mendigo soltado por el vasco se consideró

feliz con verse salvo cuando tan cerca estuvo de la muerte, y apretó á correr; el asesino de Antonio, aniquilado por el esfuerzo realizado, cayó desvanecido. Sólo quedaban en el lugar de la escena y en pie las dos mujeres y Peyrolles.

--Ved ahí vuestras mulas ensilladas y dispuestas—prosiguió el factótum del Príncipe con tono irónico.—Dignaos montar. Aquí no ha sucedido nada, bellas señoras. Sólo que habéis cambiado de guía y de destino, porque soy yo quien os conducirá.

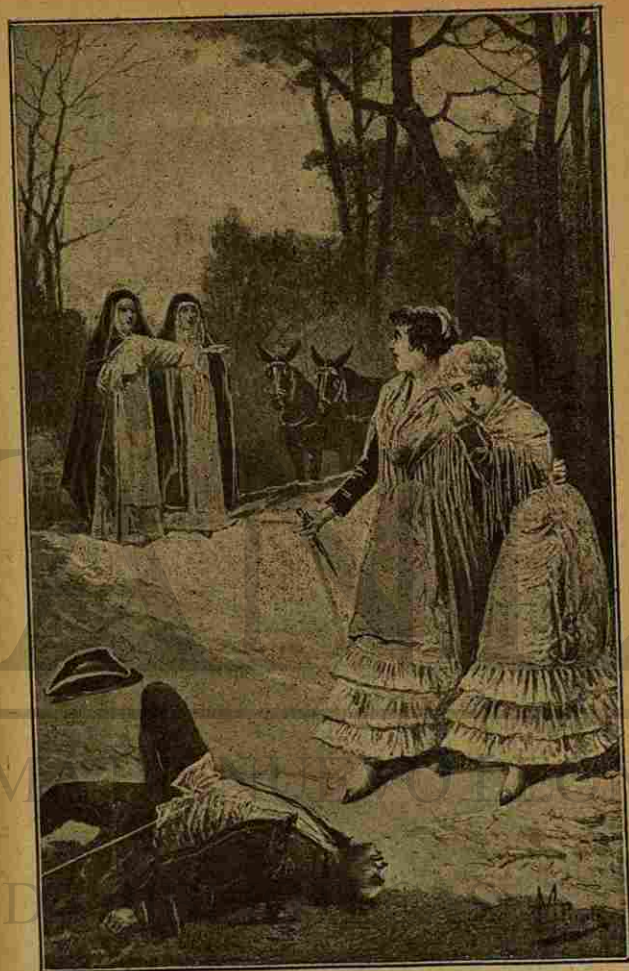
La gitana lanzó una estridente carcajada, y sus miradas fulgurantes intimidaron por un minuto á Peyrolles.

--¡Basta de villanías y de crímenes!--exclamó.--Si el Diablo, tu patrón, te ha protegido hasta ahora en Bayona y en Gudar; si el caballero de Lagardère no ha dado aún tu cadáver como pasto á los lobos, no creas que no llegó por eso tu hora. ¡Miserable! ¡Llegó el momento de la justicia!

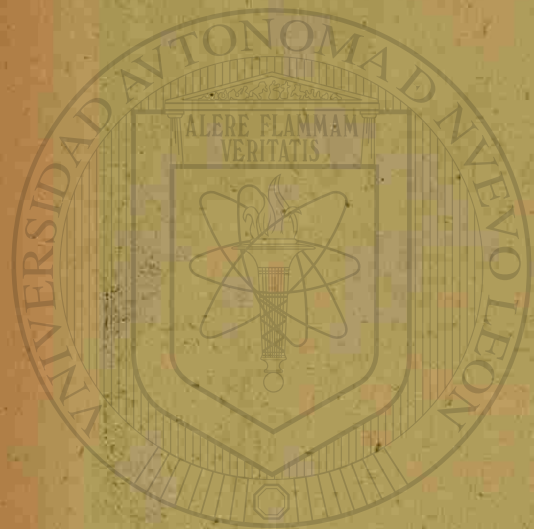
No era una damita tímida, sino una leona herida que se revuelve para vengarse del golpe recibido. El mayordomo vió que para apoderarse de la duquesita de Nevers tendría que pasar sobre su cadáver, y temblaba, mientras Flor, con la cabeza erguida, los ojos fulminantes y las manitas crispadas, le amenazaba diciendo:

—¡Aurora de Nevers está bajo mi amparo, y mientras yo viva, nunca Gonzaga ni tú recobraréis á vuestra víctima!

Y con un movimiento tan rápido como le pensamiento sacó de la espalda de Antonio Laho la navaja del bandido, que clavó hasta el mango en el pecho de Peyrolles.

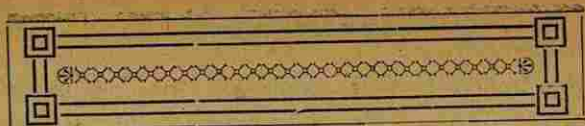


¿Por qué habéis matado á ese hombre?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



V

Santa María la Real.

—¡En nombre del Cielo!—dijo una voz detrás de la gitana.—¿Por qué habéis matado á ese hombre?

Aurora y Flor volviéronse al mismo tiempo, y vieron á pocos pasos de ellas á dos religiosas cuyos austeros hábitos indicaban que pertenecían al monasterio de Las Huelgas. La que había hablado pareció asustarse de su propia audacia, y se dispuso á huir con su compañera, horrorizada de ver aquel campo sembrado de cadáveres, y á las gitanas, una de las cuales acababa de cometer un homicidio. En aquellos tiempos se consideraba á las gitanas como esposas del Diablo, y las esposas del Señor esquivaban todo trato con ellas por huir de la tentación. Sólo la caridad podía vencer aquella repugnancia, y las

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dos buenas monjas, impulsadas por esa virtud al ver á Aurora arrodillada y en actitud de orar fervorosamente, no dudaron de que fuese cristiana, á pesar de lo extraño del suceso.

En los ojos de doña Cruz no se había extinguido la llama ardiente, y en ellos se leía como la conciencia de haber realizado un acto de justicia. Las religiosas pensaron que no había herido por ferocidad ó por malos instintos, sino tal vez en defensa propia ó por una causa sagrada.

—Verdad que he matado—exclamó Flor contemplando con cierto desvarío sus manos enrojadas.—¡Siempre muertos! ¡Siempre víctimas! ¡El crimen llama al crimen! ¡Ojalá que toda la sangre derramada caiga sobre la cabeza de Gonzaga, el infame asesino!

Se arrodilló al lado del vasco y le examinó atentamente, exhalando una exclamación de júbilo:

—¡Vivel! ¡Bendito sea Dios! ¡Os lo suplico, hermanas mías; ayudadme á salvarle, y el Señor os lo pagará!

—¿Y los demás?

—Ésos han merecido la muerte. Son asesinos comprados.

—¿Y ése á quien habéis herido vos?

—¡Ah! ¡Ese miserable! ¡Si supiera que no esta-

ba bien muerto—dijo con acento feroz,—le remataría ahora mismo!

—Debemos perdonar á nuestros enemigos—dijo una de las religiosas dulcemente.

—Á ése no, hermana. Y dudo que Dios mismo, con toda su infinita misericordia, pueda perdonarle. Somos cristianas, católicas, apostólicas, romanas; pero mientras nos quede una gota de sangre á mi compañera y á mí, no podremos hacer otra cosa más que maldecirle, á él y á su amo.

Dicho esto volvió al lado de Antonio, desgarró su ropa, examinó la herida, cortó lienzo de la camisa del vasco con la propia navaja de éste, buscó por los alrededores unas yerbas que masticó, y haciendo una especie de cataplasma se dispuso á curarle. Mientras tanto las religiosas la ayudaban sin decir palabra: la más anciana lavó la herida, y al juntar con los dedos los bordes dijo:

—El golpe se ha desviado. Dentro de ocho días estará curado.

Aurora le cogió una mano y se la besó.

—¡Gracias, madre!—exclamó.—¡Completad vuestra obra: acabad de salvarle! ¿Adónde le transportaríamos para poder curarle?

Había tal dulzura, tanto atractivo en aquella voz suplicante, que las monjas se consultaron con la vista, y la de más edad repuso:

—Vamos á intentarlo, hermanas. Si podemos colocarle y trasportarle en una de esas mulas, hay probabilidad de salvarle.

Los animales permanecían en su sitio con el cuello tendido, oliendo la sangre.

—¡Vamos, vamos, pues; y dejemos á los caminantes el cuidado de recoger á los demás!—exclamó doña Cruz.—Debemos irnos de aquí sin que nadie sepa qué ha sido de nosotras.

—¿Tenéis razones para ocultaros?—preguntó la monja recelosa.

—Sí; y en breve os las contaremos. ¿Adónde queréis llevarnos?

—Allí—respondió la madre señalando las torres de un monasterio á orillas del Arlanzón, á unos diez minutos de la ciudad.

Con infinitas precauciones las cuatro mujeres levantaron el pesado cuerpo del inanimado vasco, consiguiendo colocarle sobre una mula, y el extraño convoy se puso en marcha. Flor mojó su pañuelo en el río, y de vez en cuando humedecía el vendaje; sus compañeras sostenían al herido. Un cuarto de hora después llegaban al convento.

La hermana tornera alzó los brazos al cielo asombradísima al ver el original cortejo: dos religiosas, dos gitanas, un hombre que parecía cadáver, y tres cabalgaduras. La regla prohibía la

entrada de varones en el monasterio, aunque fuesen heridos.

*Santa María la Real* es un edificio admirable y magnífico, mezcla de los estilos ojival y bizantino, construído en el siglo XII, y es tan notable arqueológicamente considerado como San Pedro de Cardeña (donde se hallan los sepulcros del Cid y de Jimena, su esposa) ó la antiquísima Cartuja de Miraflores. Medio arruinado por la guerra de Sucesión, estaba habitado por una comunidad de monjas de la orden del Cister, y para entrar un varón en el monasterio, aun en compañía de religiosas de la casa, tenía que autorizarlo especialmente la R. M. Superiora.

Ésta acudió. Era una dama distinguida, noble, perspicaz, que había llevado en el siglo un nombre ilustre, y que al primer golpe de vista comprendió que los vestidos de las gitanas eran un disfraz. Enterada de que se trataba de salvar á un cristiano acaso moribundo, no vaciló:

—Entrad, hijas mías: si llegáis á esta santa casa con buenos propósitos, el Señor os premiará, y si no, os lo demandará en su eterna é inmutable justicia. ¿Qué deseáis?

—Ver de salvar á este hombre, reverenda madre: para nosotras, un asilo de piedad y recogimiento por unos cuantos días.

—¡Bienvenidas! ¡La paz sea con vosotras!

Media hora después el vasco recibía los cuidados del cirujano de la comunidad, á quien enviaron á buscar con premura, y abría los ojos.

—¿Dónde estoy?

Esta pregunta hace sonreír siempre á los lectores, por lo mucho que han abusado de ella los novelistas; pero en aquella situación era muy natural, pues al volver en sí hallábase Antonio en una celda espaciosa, cuyos muebles y disposición le eran totalmente desconocidos. Su mirada errante de un punto á otro tropezó con doña Cruz, que le sonreía; recordó el suceso, y articuló con dificultad estas palabras:

—¿Dónde está?

—Ahí, en el aposento vecino. Pero no habléis.

—¡Salvada! ¡Gracias!

—¡Sí; salvada, y vos también!

—¿Peyrolles? — preguntó al cabo de un minuto.

—Muerto. Le maté con mis propias manos. ¡Descansad!

El anciano médico miró con asombro en que se vislumbraba cierto miedo á aquella hermosa joven que se jactaba de haber matado con su mano á un prójimo. Ella le comprendió, y dijo:

—Era un miserable, y sólo hice justicia. Estoy segura de que Dios me ha perdonado ya.

—Si la vida de este hombre os es precisa, dad

gracias al Señor. Su vida no corre peligro. Unos milímetros de desviación hubieran hecho mortal su herida.

Flor agradeció esta noticia del galeno, y se arrodilló para rogar fervorosamente al Todopoderoso. Luego fueron ambos á la celda de la madre Abadesa, con la cual tuvieron larga conversación contándole sus aventuras.

La excelente religiosa las consoló, exhortándolas á que tuvieran confianza en Aquel que, fuente de toda justicia, la hace triunfar siempre, y abrazándolas con maternal afecto les dijo:

—En parte alguna, hijas mías, estaréis más seguras que aquí. Quedaos hasta que hayáis recobrado la paz del alma, y venid cuando queráis á desahogar vuestro corazón dolorido junto al mío, que también en otro tiempo padeció y sangró. Los dolores son eternos, como pruebas que el Señor nos envía en todos los tiempos á todas las criaturas para probar su temple de ánimo y que la recompensa sea más grata; pero no deja padecerlos á cada criatura mucho tiempo, porque es todo misericordia.

Á no ser por ignorar qué era del caballero Lagardère y de Chaverny, que las buscaban, desesperados quizás, Aurora y doña Cruz hubiéranse considerado completamente felices en aquel asilo de paz y de reposo, donde todas las



religiosas con caridad sincera trataban de hacerlas olvidar sus tristezas y animarlas en espera de mejores días.

Así esperaron el restablecimiento del vasco para que fuese en busca de Enrique; y el temperamento robusto del vasco ayudaba muy mucho á su curación. En efecto; á los pocos días ya pudo levantarse y conversar con las dos damas, concertando lo que debía hacerse.

Entretanto Peyrolles, cuya alma—caso de tenerla—parecía estar fuertemente agarrada á su cuerpo, se había salvado aquella vez como las anteriores.

Si en vez de ser Flor, que ignoraba cómo se mata á un hombre de una sola navajada, hubiera sido Laho el que le clavara su arma, con seguridad que el mayordomo no lo cuenta; pero la muchacha no había interesado ningún órgano esencial con el acero, y el miserable pudo insistentemente retirar la navaja de la herida antes de desmayarse.

Más de una hora tardó en recobrar el sentido; por fin abrió los ojos, y vió con estupefacción que no quedaba á su alrededor ningún viviente. En vano buscó con la mirada á las doncellas, el cadáver de su defensor y al bandido mutilado que hirió á Laho. La rabia que experimentó al verificar aquellas desapariciones por poco le ha-

ce perder otra vez el sentido. Se esforzó en no doblegarse al dolor y á la ansiedad; consiguió incorporarse apoyándose en un codo, y al hacerlo distinguió por un lado un jinete que huía.

No podía ser aquel á quien quiso hacer asesinar, pues en tal caso le hubieran acompañado las damas. No tardó en reconocer su propio caballo. ¿Quién sería el que lo montaba? Fijándose en su colete, rasgado y roto por varios sitios, adivinó muy en breve que el miserable mutilado le había robado y escapaba en su bridón. En efecto; sus bolsillos, así como su cinturón de cuero, estaban vacíos. Fué muy cruel para Peyrolles la situación: herido y despojado, no podía ni perseguir al ladrón, ni moverse, ni curarse. Sin embargo, la desaparición de sus economías, del fruto de sus rapiñas, le era aún más dolorosa que la navajada. Lágrimas de dolor y de impotente rabia brotaron de sus ojos de siniestro mirar.

Por una especie de fatalidad, nadie pasaba por aquel sitio para poder demandarle socorro.

Por fin, un muletero se dirigió desde la ciudad hacia donde él yacía, y le siguió con la vista ansioso, temiendo que antes de llegar al alcance de su voz tomara otra dirección. Peyrolles le suplicó que volviera á Burgos para pedir soco-

ro. ¡Ay! No tardó en convencerse del poder del oro. Algunas pesetas hubieran hecho que el español le complaciese; pero sólo por hacerle un servicio el hombre no estaba dispuesto á desandar su camino. El mayordomo de Gonzaga comprendió que el muletero nunca había oído contar la leyenda bíblica de la Samaritana.

El burgalés experimentó como un remordimiento, y por vía de consuelo añadió al alejarse:

—Si encuentro alguien que venga á Burgos, lo que no puede tardar en suceder, pierde cuidado, que le daré el encargo. Ten un poco de paciencia. Yo no puedo porque estoy muy de prisa. Si pudiera detenerme...

Peyrolles le vió alejarse, y le maldijo sin darse cuenta de que él era tan egoísta como el muletero. Al fin acertó á pasar un aguador que le dió de beber y avisó á la ciudad. No tardaron en acudir algunos hermanos de la Caridad con una camilla, en la cual le acomodaron después de interrogarle.

—Unos bandidos me atacaron—contestó.—Luché, y puse fuera de combate á varios; pero me hirieron, me desbalijaron, llevándose hasta mi caballo, y huyeron.

Aunque muy débil por la gran pérdida de sangre, tuvo bastantes fuerzas para pensar en la venganza.

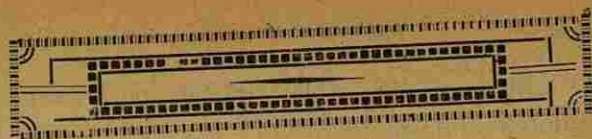
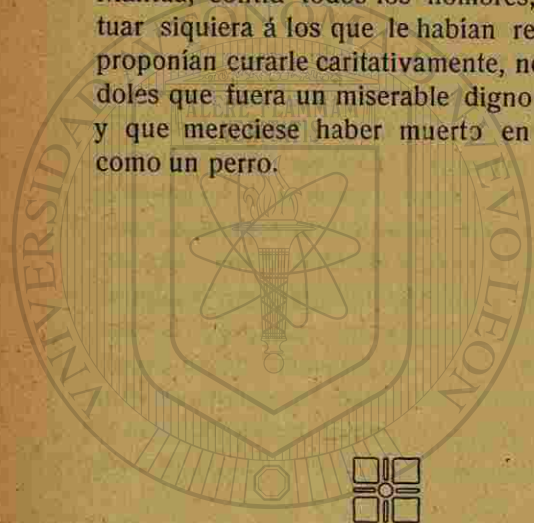
Odiaba á Aurora; pero no olvidaba que tenía que respetar su vida. Odiaba á Lagardère, cuya muerte era lo único que podía librarle de morir de la terrible estocada de Nevers. Sin embargo toda su rabia se revolvía contra doña Cruz: tenía ded de sangre contra aquella mujer que había vertido la suya; y ni Gonzaga ni nadie en el mundo le impedirían torturar cruelmente en cuanto se presentara ocasión á la vagabunda que él mismo, de acuerdo con Gonzaga, había recogido de una plaza de Madrid para servirse de ella como de instrumento para sus designios.

—El Príncipe—se decía—reanimó á la yerta víbora calentándola con el calor de su propio pecho. Si no la aplasta, morirá por la mordedura del ingrato reptil.—Y pensando que también su vida peligraba, añadió:—¡Si él no lo hace, yo lo haré!

Para ejecutar su proyecto necesitaba saber dónde estaba la gitana, y se convenció de que quizás lo ignoraría durante mucho tiempo. Por rápida que fuese su curación, pasarían bastantes días sin poder prevenir de lo ocurrido á Gonzaga, y entretanto las jóvenes quizás habrían logrado reunirse con Lagardère.

Mientras le llevaban, los hermanos de la Caridad le prodigaban palabras afectuosas de resignación y consuelo. Peyrolles no los atendía:

en su malvado corazón germinaba un odio insensato contra la suerte, contra Felipe de Mantua, contra todos los hombres, sin exceptuar siquiera á los que le habían recogido y se proponían curarle caritativamente, no importándoles que fuera un miserable digno de la horca y que mereciese haber muerto en un rincón como un perro.



## VI

## El Papamoscas.

Antonio Laho había recobrado las fuerzas en bastante grado para ponerse en busca de Lagardère; pero lo difícil era saber dónde buscarle. La cuestión dependía del curso de los sucesos, que ignoraba por completo. Las nuevas del mundo no traspasan fácilmente la clausura, y en Las Huelgas se desconocía hasta que se hubiera declarado la guerra á Francia. Tendría que enterarse fuera del monasterio. Quizás la contienda entre las dos naciones habría terminado ya.

Prescindiendo de su herida, pasó en el convento horas muy dulces y placenteras que jamás olvidaría; pero no podía entregarse al reposo mientras no pusiese á Aurora en brazos de Lagardère, y á Cruz en los del marqués de Chaverny.

—Mañana me voy—les dijo una mañana sentado en un banco de piedra á la sombra de corpulentos árboles entre las dos doncellas, de quienes era á la sazón sostén, amigo, casi hermano, al cual sólo podían dar agradecimiento en recompensa de la sangre que por ellas había vertido.

—¿Y adónde iréis?—le preguntó doña Cruz.

—No puedo decirlo hasta no saber dónde está el ejército francés. No creo que esté todavía en Guipúzcoa, y quizás no le encuentre ni siquiera en Navarra, sino en Aragón, ó en Cataluña.

—¿Qué habrá sucedido en tanto tiempo?—murmuró á Aurora—¡Quién sabe si Enrique, cansado de buscarme, desesperado de no hallarme, habrá pedido á la gloriosa muerte del soldado el término de sus dolores y padecimientos!

—¡Cállate!—replicó Flor—No tienes derecho á dudar de la Providencia, ni tampoco de él.

—Precisamente porque no dudo de su corazón ni de su valor hablo así. Mientras no vuelva á verle, mientras no me conste que está vivo, temblaré por él. Las emboscadas y asechanzas son más terribles en torno de su vida que de la nuestra, y no sabemos tampoco qué es de Gonzaga ni cuántos crímenes habrá cometido desde que nos dejó en Gudar.

—No hay que ser pesimistas. Suponiendo que

no encuentre en seguida al caballero de Lagardère, no puedo tardar en verme con el marqués de Chaverny ó con los dos diestros: quizás los halle á todos juntos.

—¡Dios lo haga!—murmuró doña Cruz.—En tal caso, nuestra dicha no se haría esperar.

—Y en caso contrario nos pondríamos todos en su busca, y, Dios mediante, pronto nos veríais llegar al Monasterio, del cual no debéis salir por ningún caso ni bajo pretexto alguno.

—Os esperaremos, rogando á la Virgen que volváis pronto.

—Evitad que puedan veros desde fuera, porque es casi seguro que rondan el convento enemigos desconocidos. No reveléis á persona alguna vuestros nombres. Ayer mismo me permití rogar á la Superiora que no los dijese y que prohibiera á las hermanas que salen dar cuenta á nadie de vuestra presencia en esta santa casa. Todas las precauciones son pocas; pero tomando las que os indico, está asegurado el éxito, salvo un caso...

—¿Cuál?

—¡Caramba! Podrían matarme antes de cumplir mi misión.

—¡No digáis eso!

—Hay que preverlo todo—prosiguió él fríamente.—Si transcurrido un mes no hubiera

vuelto ni viniese alguno de los otros á buscaros, salid de aquí, pasad como podáis la frontera, y refugiaos en el mesón de mi hermana Jacinta en Bayona. Ella os protegerá.

Al día siguiente muy temprano Antonio estaba dispuesto á emprender el viaje, vestido con un hábito de fraile, el mejor disfraz que podía hallar en aquellos tiempos para recorrer tranquilo toda España.

Montó en una de las mulas por no usar caballo los monjes, y en un cinturón bajo el hábito llevaba una daga y su inseparable navaja. Despidióse de las dos damas haciéndoles nuevas recomendaciones, reiteró su agradecimiento á la Superiora, y se dirigió hacia Burgos para averiguar en qué dirección le convenía ir.

Supo que el ejército francés se había apoderado de todo el Nordeste de España y ocupaba toda la frontera desde las Vascongadas á Cataluña. En opinión de todos, la guerra tocaba á su fin.

Tenía que dirigirse hacia Cataluña, y el trayecto era tanto más largo, cuanto que un religioso no puede caminar á rienda suelta como un correo. No había tiempo que perder: en primer lugar para calmar la ansiedad de las doncellas, y luego para llegar al ejército antes de que Lagardère se hubiera separado de él, pues no podía

esperarse que continuara en el Real después de cesar las hostilidades.

Al pasar ante la soberbia catedral burgalesa el vasco no podía olvidarse de dar gracias al Cielo por haberle salvado de morir; su sencilla y viva fe de montañés hacía dulce á sus labios la oración. Ató su cabalgadura á una de las pilastras exteriores, y fué á prosternarse ante el famoso y milagroso Cristo. El sol, filtrándose á través de los amplios ventanales de vidrieras multicolores, iluminaba, envolviéndolo en un nimbo de luz, el demacrado rostro del Redentor del Mundo.

Laho, arrodillado en las losas, rogaba fervorosamente y pedía al Todopoderoso fuerzas y fortuna para cumplir su generosa misión. Terminada su plegaria se levantó, y dirigióse hacia una de las puertas laterales, cuando dieron las nueve y un grito estridente que turbó el silencio majestuoso del templo retumbó en las bóvedas y fué repetido por el eco: era el célebre *Papamoscas*, autómatá de madera que cada vez que da las horas el reloj de la catedral lanza un grito extraño, mezcla de gemido, alarido y aullido de espanto. Antonio se detuvo un instante y se estremeció á pesar suyo, aunque no era la primera ni la segunda vez que le oía.

Según la tradición, fué mandado hacer y colo-

car por Enrique III *El Doliente*, en memoria de una hermosa mujer que le salvó la vida. La vió el Monarca castellano una mañana orando ante el sepulcro de Fernán González, y quedó prendado de su belleza; volvió una y otra vez, se miraron amorosamente varios días sin hablarse, la dama dejó caer su pañuelo, el Rey lo recogió, lo guardó apresuradamente y le trocó por el suyo, que la hermosa recibió sin protestar, y desapareció.

Ya casi la había olvidado el Monarca, cuando un día, más de un año después del cambio de los pañuelos, don Enrique se extravió en un bosque y fué acometido por seis hambrientos lobos.

Tras ruda lucha pudo deshacerse de tres de las fieras; pero las otras le acosaban furiosas. Ya perdía las fuerzas, é iba á perecer sin remedio, cuando súbitamente oyó un disparo y un extraño grito, estridente, siniestro, que hizo huir á los lobos. Una mujer misteriosa le miraba con los ojos fijos y sin poder proferir palabra alguna. Su rostro estaba horriblemente contraído, y de su pecho brotaba una y otra vez el alarido espantoso, extrahumano.

Al volver en sí de su estupor el Monarca reconoció en aquella mujer á la joven de la Catedral, y se abalanzó hacia ella para estrecharla entre sus brazos; pero ella le detuvo con majestuoso ademán, y dijo con voz dulce y melancólico tono:

—Amé la memoria del Cid y de Fernán González porque amo todo lo que es grande, noble y generoso; por eso te amé. Pero el deber me ha impedido consagrarte este amor, que hubiera constituido la felicidad de mi vida. Acepta el sacrificio...

Y sin poder terminar, cayó muerta.

Un año después el *Papamoscas* comenzó á lanzar cada hora aquel grito que salvó la vida al Rey haciendo huir á los lobos.

Como hemos dicho, Antonio se detuvo instantáneamente. Cuando volvió á andar se fijó su vista en un hidalgo flaco, macilento, verdadero esqueleto ambulante, que se arrastraba con trabajo apoyándose en un bastón: era Peyrolles; Peyrolles, á quien doña Cruz aseguraba haber matado. Parecía muy taciturno y sombrío.

Reducido á la impotencia, ignorando el paradero de Gonzaga y de Aurora de Nevers, viviendo de la caridad de los que le habían recogido y le curaban, ansiaba hallarse bastante fuerte para ir á reunirse, aunque fuera á pie, con el Príncipe y sus secuaces. Aburrido, atemorizándole su aislamiento y su pobreza, para huir de sus negros pensamientos se refugiaba en las iglesias, ó marchaba al azar por las calles, mirando con atención á los transeuntes, rumiando su venganza y sus odios.

Un monje se le acercó, sin que le hubiera visto llegar, y le dijo al oído:

—Os aguardan en la puerta de Vizcaya.

—¿Quién?

—Allá lo veréis. Apoyaos en mi brazo.

El intendente dió un paso atrás.

—No sé quién sois, y no quiero seguiros.

—El hábito que llevo debe inspiraros confianza.

—¿Y quién me prueba que os pertenece en realidad?

—Venid—replicó Laho con impaciencia, porque era él.—Tengo que deciros cosas importantes. Felipe de Mantua...

El mayordomo se sobresaltó.

—¿Dónde está?—preguntó.

—En Lérida. Tenéis que reuniros con él antes de que transcurran cinco días.

El vasco esperaba llevarse con él por medio de esta treta á Peyrolles y ponerle en manos de Lagardère, pues aunque prefiriera matarle inmediatamente, respetaba su vida por pertenecer al caballero.

Pronto se convenció de que el desconfiado mayordomo no le seguiría, y no se atrevió á mentir más en el templo, ni á insistir. No sabía qué hacer, y tal vez era preferible así.

Después de todo, Aurora de Nevers estaba á

salvo de sus asechanzas. Aun en el supuesto de que descubriera su asilo, necesitaría para hacerla salir de Las Huelgas una orden del Rey ó de la Inquisición, y así y todo la Abadesa podía negarse á cumplirla si era solo Felipe V el que la daba. En tales condiciones no era peligroso que se quedase en Burgos.

El fingido monje se inclinó entonces hacia el miserable, y le dijo en voz baja y clara:

—Mira bien ese autómeta horrible. Antes que haya lanzado su alarido doce veces á la hora del mediodía, Gonzaga y tú habréis lanzado vuestro grito de agonía.

Peyrolles al oírle se desplomó sobre las losas. Cuando pudo recobrar aliento y contener el convulsivo temblor que sacudía sus miembros, Antonio hallábase ya muy lejos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CENTRAL DE BIBLIOTECAS





## VII

### La cabalgada de la muerte.

Dejamos á Enrique de Lagardère ante las ruinas de la *Torre Maldita* en compañía de la gitana, á la cual había prometido no abandonar, y cuya suerte, ya ligada á la suya por tal promesa, había de ligarse más y más estrechamente por el agradecimiento.

Cuando vió huir á Peyrolles pensó que quizás no era él el único vivo en aquellas ruinas; y con el corazón oprimido, angustiado, pero conservando un resto de esperanza, penetró en el patio, y lo primero que distinguieron sus ojos fué un cadáver.

Mariquita le seguía paso á paso; pero parecía mirar al horizonte vagamente, sin preocuparse de lo que ocurría en derredor de ambos. No obstante, de pronto lanzó un grito desgarrador, un gemido de agonía, y se abalanzó sobre el cadáver, cubriendo de amantes besos su sem-



blante ya helado, é intentó levantar la noble cabeza llena de cabellos blancos; pero hubiera tenido que levantar todo el rígido cuerpo.

Contraído su rostro con expresión de terror y de angustia, vertiendo abundantes lágrimas y bajo la influencia de su inmenso dolor, parecía haber recobrado la razón.

—¡Padre, padre mío, padre de mi alma! ¡Responde!—gemía.—¡Despierta! ¡He vuelto, y no me separaré de tu lado! ¡Alegraré tu soledad, cuidaré de tu vejez, cerraré tus ojos cuando llegue tu última hora! ¡Despierta, despierta! ¡Padre, cesa ya de aparentar que duermes! ¡Ese juego me hace padecer horriblemente, padre!

Lagardère, conmovidísimo por el emocionante espectáculo de aquella pobre demente empeñada en despertar al difunto á quien llamaba su padre, se acercó. Recordó que le había hablado del anciano y del cariño que le profesaba; se inclinó, y miró la faz del cadáver, que le era totalmente desconocido.

De pronto Mariquita reparó que en el colete de su padre había una mancha roja, frente al corazón, y exhaló un grito ronco y destemplado. Se levantó con la vista extraviada, temblando convulsivamente, y agarrando al caballero por un brazo, exclamó:

—¡Es mi padre! ¡El buitre le ha matado por-

que se propuso salvar á tu novia y devolvértela! ¡Júrame sobre su cadáver que nos vengaremos!

Y sollozando, desfallecida, aniquilada, cayó en los brazos de Enrique, que la depositó suavemente en tierra. Con piedras y maderas de las ruinas formó en derredor del cadáver del Duque una especie de túmulo á fin de preservarle del pico de las aves de rapiña y de los dientes de los lobos, le cubrió, plantó sobre aquella rústica tumba unas ramas en cruz, y se volvió hacia la gitana, que en aquel instante, recobraba el sentido. El caballero se arrodilló y oró por el noble español víctima de sus enemigos, desconocido auxiliar que inmoló su vida por defender á su amada.

Ignoraba los pormenores de la tragedia; pero comprendía que Mariquita lo había preparado todo de acuerdo con el anciano y con Aurora, y que Peyrolles había trocado en obra de muerte lo que estaba destinado á ser obra de vida. Sentía profundo agradecimiento por aquella muchacha que le había sacrificado la vida de su padre y su propia razón, aun cuando su plan hubiera fracasado.

Se volvió para contemplarla y vió que le miraba de hito en hito, con los ojos muy abiertos: su semblante había perdido aquella expresión de extravío, y sólo respiraba tristeza y dulzura.

Lentamente se levantó y fué á arrodillarse al lado de Enrique, y ambos mezclaron sus plegarias ante los restos de aquella nueva víctima del infame Peyrolles.

El caballero esperó que podría darle noticias valiosas; pero aquel breve relámpago de razón se extinguió rápidamente, y á todas las preguntas de Lagardère respondía invariablemente Mariquita:

—¡Muertos, muertas; todos muertos!

Y aquel estribillo fúnebre de la loca hacía llorar lágrimas de sangre á Enrique. No obstante, quiso inspeccionar las ruinas: buscó, registró más de una hora, y no pudo descubrir huella alguna de las jóvenes.

—Vámonos—dijo cogiendo por la mano á la bohemia.—Si Dios quiere, volveremos un día para encontrar los restos de las que ya no existen y darles cristiana sepultura.

Y echaron á andar á pie por la carretera, con el corazón despedazado y sin saber ya ni uno ni otro qué objeto tenía su pobre vida aniquilada. Y como la muerte, ardientemente deseada por Lagardère, lo mismo podía hallarse en un lugar que en otro, tomaron hacia Cataluña, sin prisa y sin ansiedades, sostenido el caballero solamente por la esperanza de matar á Gonzaga antes de que la muerte cortara con sus implacables tijeras el hilo de sus desdichados días.

Hasta entonces había sufrido y luchado por dos cosas: la felicidad y la venganza. Aurora de Nevers no existía ya, y, por lo tanto, la dicha era imposible para él. Quedábale la venganza. Una vez realizada, ¿qué haría en el mundo? ¡Cuánto no hubiera dado por encontrarse frente á frente de Felipe de Mantua para empeñar inmediatamente con él la lucha decisiva, suprema!

Á medida que avanzaban encontraban la región llena de tropas; pero como le veían andar á pie, con la cabeza inclinada sobre el pecho y acompañado de aquella jovencita loca, los soldados españoles, que no le conocían, dejábanle pasar. De vez en cuando él los interrogaba demandándoles noticias de Felipe de Gonzaga, el amigo del Cardenal Alberoni, y algunas patrullas supieron darle razón de él; pero indicándole tres puntos distintos: Lérida, Balaguer, Cardona.

Le buscó por los tres lugares; pero no le halló: hubiera deseado matarle ruidosamente, en presencia del Estado Mayor español. Se proporcionó caballos para ir más deprisa. Contemplábanlos con extrañeza pasar, él mudo y sombrío, ella lanzando gritos de loca ó maldiciones, ó bien llorando á lágrima viva. Sin saber cómo, pasaron las avanzadas españolas y se encontraron en las filas francesas.

La vista del uniforme de los mosqueteros gri-

ses hizo brillar sus miradas, acordándose del *Real-Lagardère*.

— ¡Pobre Chaverny! — pensó — ¡Qué golpe cuando le revele su desgracia! Doña Cruz se consagró á Aurora; el Marqués á mí. Nuestras dos amadas han muerto, y yo estoy harto de vivir. Nos teníamos asidos de las manos los cuatro. ¿Qué hará?

También pensó en Cocardasse y en Passepoil, sus dos fieles y leales auxiliares, que ignoraban lo ocurrido; y en el noble vasco, tan desinteresado y afectuoso, que le había seguido por propia voluntad para vencer ó morir con él. Luego, mirando á la pobre loca que caminaba á su lado y que le había inmolado su razón y la vida de su anciano padre, padeció atrozmente al considerar que su implacable destino había hecho que todos cuantos le eran queridos sufriesen por él.

— ¿Y para qué? — se decía. — El Marqués no podrá nunca llorar ante el cadáver de la que amó; los dos diestros no recibirán de mi mano la recompensa de su adhesión; Laho no volverá á ver ni su país ni á su hermana, que le espera; y Mariquita ha perdido el juicio. ¡Triste sino!

Y Lagardère lloró, no por él, sino por los otros.

Se hizo á un lado para dejar paso á un regimiento de caballería ligera, que era precisamente el de M. Riom. Súbitamente surgió una exclama-

ción de las filas, y el Coronel corrió hacia el caballero y le abrazó con entusiasmo.

— ¡Monsieur de Lagardère! — exclamó. — ¡Monsieur de Lagardère vivo! ¡Á ver! ¡Qué vayan á noticiar la grata nueva al señor Duque y al señor príncipe de Conti! ¡Qué toquen las trompetas! ¡Hoy es día de gran gala, señores, en el reall

El valiente Riom estallaba de júbilo, y todos los oficiales compartían su alegría. Lagardère estaba profundamente conmovido; pero su semblante reflejaba invencible tristeza,

— ¿Dónde está Chaverny? — preguntó de pronto.

— En busca vuestra por todo Cataluña y el Alto Aragón.

— ¿Y los otros?

— Cocardasse y Passepoil, por el Bajo Aragón: hace dos días volvieron, y no hallándoos de regreso, se han ido á buscaros de nuevo por otra parte. No os ocultaré su inquietud y la nuestra. ¡Ya era tiempo de que regresaseis! ¿Supongo que no estaréis herido?

— Mi cuerpo está ileso — repuso Lagardère con melancólica sonrisa.

— ¡Gracias sean dadas al Dios de los ejércitos!

— ¿Y Antonio Laho?

— Ése fué á Burgos, y no sabemos nada de él.

— Lagardère, sin decir palabra, se descubrió y

santiguóse. M. de Riom y sus oficiales le imitaron. Era la oración fúnebre por el vasco. El silencio se prolongaba. El Coronel le rompió diciendo:

—Con motivo de vuestra ausencia se disolvió el *Real-Lagardère*, y el señor Duque lo lamentaba infinito, pues no quería ir á Madrid sin que tomara parte en el paseo.

—Es mucho honor para mí. Pues bien; el *Real-Lagardère* vuelve á constituirse: sólo habrá cambiado su efectivo.

—Es verdad; estáis solo—dijo tristemente de Riom.

—No, caballero; somos dos.

—¿Quién es el otro?

Lagardère señaló á Mariquita, que tan pronto reía como cantaba, mirando con asombro á todos aquellos hombres, aunque sin fijarse en ninguno. Su magnífica cabellera negra flotaba sobre sus espaldas, y sus bellísimas facciones hubieran entusiasmado á todos de no atenuar su hermosura la vaguedad de su mirada é inspirar lástima la incoherencia de sus razones.

—Por seguirme ha perdido la razón—dijo Lagardère con amargura.—Pero os ruego que la saludéis, señores. Sin que yo se lo pidiera me ha dado aún bastante más que su razón; la vida de su padre.

—¿Qué hombre sois—murmuró emocionado M. de Riom—que atraéis hacia vos á todos haciéndolos sacrificarse gustosos por vos, y á quien todos seguiríamos al fin del mundo?

—¡Ya no soy nada! ¡Un pobre bajel desahogado, un mísero cuerpo sin alma; un corazón yerto!

—Todos aquí somos capaces de compartir vuestro dolor, caballero. ¿Es de los que puede aliviar una amistad sincera?

—¡Es de los que no acaban sino con la vida! ¡Mademoiselle de Nevers no existe, caballeros! ¡El príncipe de Gonzaga y Peyrolles me la han matado!

Brotaron lágrimas de sus ojos. Otra vez descubriéronse todas las cabezas, y más de una pupila se humedeció.

Como si hubiera comprendido, Mariquita extendió el brazo semidesnudo hacia el Sur y dijo:

—¡Allá! ¡Todos muertos, todos bajo las ruinas de la *Torre Maldita*!

Y lanzando un grito estridente, lívida y con los labios espumeantes, vaciló como si fuera á caer de la silla. Todo el regimiento que formaba círculo se estremeció; el Coronel exclamó:

—Os bastáis y sobráis vos sólo para vengaros, y la venganza os pertenece, caballero; pero acordaos de que todas nuestras espadas os per-

tenecen, y de que vuestro dolor es el dolor de todos nosotros.

Lagardère estrechó la mano que le tendía de Riom, diciéndole:

—¡Gracias! Hecha la justicia, mi misión habrá terminado, y confío en que mi vida también.

—No rescataría á la que lloráis, y no tenéis derecho á disponer de ella antes de tiempo.

Formóse el regimiento, y M. de Riom se puso á la cabeza entre Lagardère y Mariquita; pero apenas se pusieron en marcha vieron venir un grupo de jinetes que levantaban una nube de polvo.

—Aquí está monseñor de Berwick. Permitidme que me adelante á recibirle, caballero.

Picó espuelas, y Lagardère vió que muy en breve se reunía con los que llegaban y entablaba un coloquio que seguramente versaba sobre él. No tardaron en acercarse á Enrique. Era visible la emoción en el semblante del Duque, así como en los de su acompañamiento.

—Monsieur de Lagardère—dijo lentamente el Mariscal,—hay personas á quienes se estima y quiere tanto, que sus menores contrariedades, sus penas y sus dolores repercuten en nosotros haciéndonos padecer como á ellas. Venía yo lleno de júbilo celebrando vuestro regreso, y la noticia de vuestra desdicha me ha herido.

—Os agradezco infinito, señor Duque, esas palabras, que serían un bálsamo para mi herida si, desgraciadamente, no fuera de las que sólo se curan en el sepulcro.

Se estrecharon la mano, se miraron con los ojos húmedos por la emoción y se produjo largo silencio. Leíase casi tanta tristeza en el semblante del Capitán general como en el del caballero. Éste se dió cuenta de que no había ido allí para entristecer á todos con sus pesares, y dominándose con su peculiar entereza, preguntó:

—¿Adónde vamos, señores?

—Á apoderarnos de La Seo de Urgel. Pero no os autorizaré á acompañarnos sino con una condición.

—El haberse reducido tanto el efectivo del *Real-Lagardère* no es razón bastante para quitarle el primer lugar—respondió Enrique.—Éste es uno de nuestros compromisos, Monseñor, y espero que vuestra condión no sea demasiado dura.

—Me la impone mi conciencia—replicó Berwick.—Habéis de jurarme, caballero de Lagardère, que en el combate próximo no habéis de obstinaros en buscar la muerte.

Era lo que respondía á las más secretas aspiraciones del caballero. ¡La muerte! La deseaba ardientemente, y esperaba encontrarla frente al

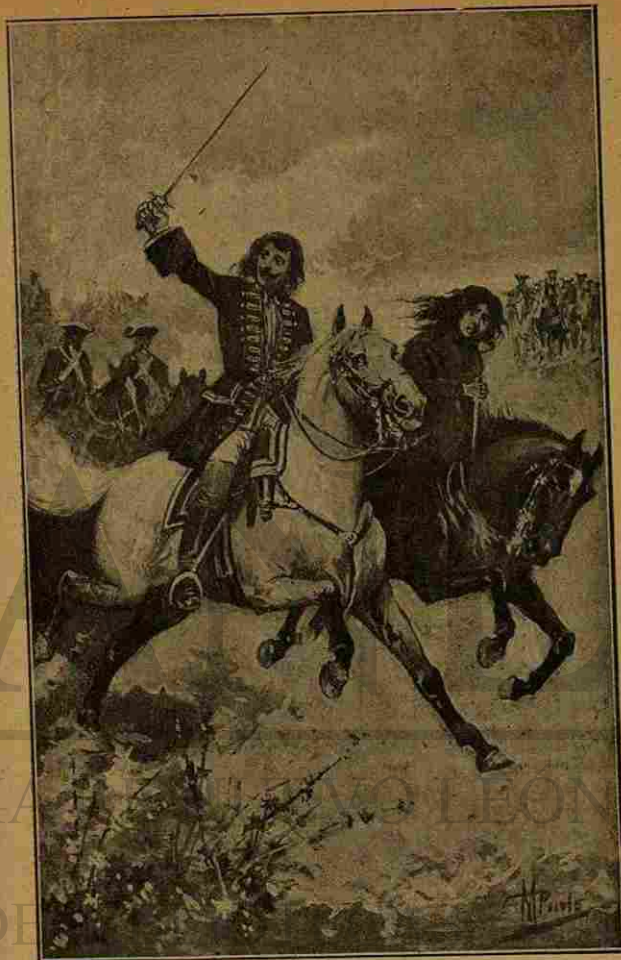
enemigo: su última estocada, en servicio de su Rey; su último pensamiento, para su amor destrozado; el último nombre que pronunciaran sus labios, el de Aurora de Nevers.

Reflexionó, sin embargo, que tenía algo que hacer antes de morir; que si quedaba con vida Gonzaga hallaría aún otra persona á quien torturar, á la madre de Aurora; y el noble rostro de la dama que tanto había padecido, que tanto sufría, pasó ante su vista. Pensó que le maldeciría si se dejaba matar sin haber vengado el doble crimen cometido contra la madre y contra la hija y después de breve meditación respondió:

—No soy árbitro de las circunstancias. Os prometo, señor Duque, no buscar la muerte. No buscaré sino al príncipe de Gonzaga, y Dios dispondrá.

—No os pido más. Confío en que el Todopoderoso nos evitará tener que llorar esta tarde.

Se acercaban á La Seo de Urgel, defendida por fuertes murallas y nutridas y aguerridas fuerzas. Además, una fuerte división de caballería aguardaba á los franceses á las orillas del Segre, en posición que creía casi inexpugnable. Los españoles, á pesar de sus recientes derrotas, estaban animados de bélico ardor, y muchos grupos se adelantaron arrogantemente, sin cuidarse de que se ponían al alcance de los cañones franceses.



Marchó á rienda suelta hacia la muerte. Tras él iba la loca.

Enrique de Lagardère se desojaba tratando de reconocer á un hombre, á uno sólo. La arrogancia de los españoles le hizo desenvainar la espada. El duque de Berwick le interrogó:

—¿Hay que atacarlos? Sólo aguardo vuestra opinión para decidir.

—La artillería, contra la plaza—repuso el caballero con tono decidido y como si fuera el general en jefe.—La caballería en masa, contra esa división que nos aguarda en la llanura. El *Real-Lagardère* va á atacar el centro... ¿dónde está el traidor!

Mostró el punto extendiendo el brazo armado de la espada, é irguiéndose sobre los estribos, exclamó:

—¡Adiós, señores! ¡No sé si volveréis á verme!

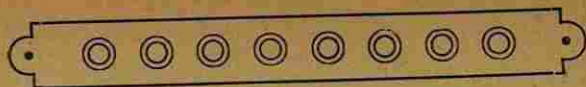
Su caballo saltó al sentir el acicate de la espuela, y pronto, adelantándose á todos, marchó á rienda suelta hacia la muerte. Tras él iba la loca, con los cabellos al viento y el brazo armado de un puñal, bella y feroz, nueva Gorgona, y aullando como los perros que presienten una muerte. ®

Y á la muerte iban los dos á galope tendido; la muerte era lo que iba á buscar Lagardère: la muerte de su enemigo, primero, la suya después; la lucha postrera; el fin de su felicidad, de su

gloria, de su justicia, de sus sufrimientos. ¡Era la cabalgada de la muerte!

Cuando vieron llegar á aquel hombre, cata-pulta alada, como una bala, con la espada centelleante; cuando vieron á aquella mujer despeinada que lanzaba terribles alaridos, visión fantástica, los que caracoleaban con insolencia regresaron apresuradamente á las filas: el primero Felipe de Mantua, que buscaba resguardar el suyo tras los cuerpos de sus compañeros de causa.

Al chocar el caballero con la línea enemiga la hendió con vigor; exhaláronse mezclados en torno suyo gritos y gemidos de terror, que contestaba la gitanita con sus lúgubres aullidos, y por entre los caballos encabritados, las espadas desnudas, las descargas de mosquetería, la sangre y el humo pasó el *Real-Lagardère* persiguiendo á un hombre solo, á un cobarde que huía lleno de pavor á través de las compactas filas, de los fosos, de los ríos, de los precipicios y de los bosques, en persecución encarnizada y tenaz, en horrible cabalgada: la cabalgada de la muerte.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VIII

### Los ladrones.

Si Chaverny no pudo encontrar á Lagardère, tardó mucho en hallar á los dos diestros, y los tres se pusieron á caminar *en conserva*.

Cocardasse se había contenido un poco en sus gasconadas, y hasta dudaba de la eficacia de una acción aislada. Por habérselas echado de estrategia hizo perder el tiempo á todos sin el menor provecho. De ello le pesaba; y por esa razón, y para eludir en adelante toda responsabilidad, no dudó un momento en ponerse á las órdenes del Marqués.

Una vez asegurados de que Lagardère no había regresado al campo, decidieron buscarle por toda Castilla.

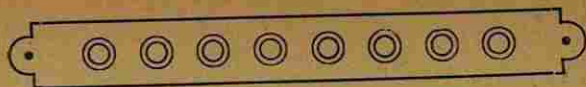
—¡Mal pecado!—exclamó el tolosano.—¡Ha hecho muy mal el pichón en abandonarnos así.



gloria, de su justicia, de sus sufrimientos. ¡Era la cabalgada de la muerte!

Cuando vieron llegar á aquel hombre, cata-pulta alada, como una bala, con la espada centelleante; cuando vieron á aquella mujer despeinada que lanzaba terribles alaridos, visión fantástica, los que caracoleaban con insolencia regresaron apresuradamente á las filas: el primero Felipe de Mantua, que buscaba resguardar el suyo tras los cuerpos de sus compañeros de causa.

Al chocar el caballero con la línea enemiga la hendió con vigor; exhaláronse mezclados en torno suyo gritos y gemidos de terror, que contestaba la gitanita con sus lúgubres aullidos, y por entre los caballos encabritados, las espadas desnudas, las descargas de mosquetería, la sangre y el humo pasó el *Real-Lagardère* persiguiendo á un hombre solo, á un cobarde que huía lleno de pavor á través de las compactas filas, de los fosos, de los ríos, de los precipicios y de los bosques, en persecución encarnizada y tenaz, en horrible cabalgada: la cabalgada de la muerte.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VIII

### Los ladrones.

Si Chaverny no pudo encontrar á Lagardère, tardó mucho en hallar á los dos diestros, y los tres se pusieron á caminar *en conserva*.

Cocardasse se había contenido un poco en sus gasconadas, y hasta dudaba de la eficacia de una acción aislada. Por habérselas echado de estrategia hizo perder el tiempo á todos sin el menor provecho. De ello le pesaba; y por esa razón, y para eludir en adelante toda responsabilidad, no dudó un momento en ponerse á las órdenes del Marqués.

Una vez asegurados de que Lagardère no había regresado al campo, decidieron buscarle por toda Castilla.

—¡Mal pecado!—exclamó el tolosano.—¡Ha hecho muy mal el pichón en abandonarnos así.

sin decirnos adiós ni darnos sus señas! Hemos perdido varios días. ¿No te parece?

—Cuando ha procedido así—repuso el normando,—será porque lo ha juzgado conveniente. Probablemente tendrá proyectos que no debemos conocer por ahora.

—¡Voto á bríos! ¡Pues en eso hace mal también el pequeño! Sabe lo que le queremos, y debía tener confianza en nosotros.

—Cierto. Además, va solo, y podía sucederle algo malo.

—¡No sabes lo que te pescas! ¡Cochina suerte! No puede suceder algo malo sino á los que se interpongan en su camino. Pero es verdad que si estuviéramos á su lado podríamos ayudarle.

La charla de los dos amigos no conseguía desarrugar el ceño de Chaverny, que comenzaba á estar inquieto, no sólo por la suerte del caballero, sino también por la de Aurora y Cruz.

Pasaba el tiempo; todos arriesgaban diariamente la vida, y, sin embargo, la situación era la misma que cuando llegaron á España. Y era tanto más insostenible cuanto que siguiendo las damas en poder de Gonzaga, si no se las arrebatan pronto, tendría tiempo para ocultarlas donde fuera imposible descubrirlas durante mucho tiempo. Además, el Marqués se apenaba pensando en las angustias de la madre de Auro-

ra, que por orden del Regente le aguardaba en Bayona, y á quien no podía enviar noticias satisfactorias.

Ignoraba en qué dirección encaminarse. Las dificultades eran aún mayores con motivo de la guerra. Fuera muy triste hacerse matar en un camino, oscuramente y sin gloria, por un des-tacamento de soldados; y Chaverny, lejos de buscar combates, como le estimulaba á hacerlo su bravura y la de sus compañeros, hacía todo lo posible por evitarlos.

La prolongada ausencia de Antonio Laho le preocupaba especialmente: su conocimiento del país y del idioma, su serenidad y su audacia le hacían un compañero preciosísimo. ¿Habría encontrado en algún paraje á Lagardère mal herido y estaría curándole?

—¡Sangre de Cristo!—dijo un día Cocardasse—¿Sabes lo que me figuro? Que el bayonés, sintiendo la nostalgia del hogar, se ha ido á dar una vuelta por Bayona para ver á su hermana, la bella hostelera.

—No lo creo—opinó Passepoil.—Si hubiera querido hacerlo, nos lo hubiera dicho: es libre de hacer lo que quiera, pues nos acompaña por su voluntad.

—¿Eso crees, pichón?

—Estoy seguro. Lo que puede ser es que le

haya pasado algo en Burgos, y me parece lo mejor ir á ver.

Esta opinión prevaleció, pues Chaverny hallábase indeciso, y tanto le daba ir por una parte como por otra, con tal de obtener noticias de Lagardère ó de Antonio Laho. Se dirigieron, pues, hacia Burgos.

El grueso del ejército español se había corrido por el Alto Aragón y Cataluña para contener al francés; y al llegar á Castilla no encontraron más que cuadrillas de gitanos y de ladrones. Nuestros tres compañeros los veían surgir á cada instante en su camino, y se quedaban mirando á los franceses, pues si las espadas y la ropa de los dos diestros no despertaban su codicia, no sucedía lo mismo con el colete de Chaverny, que se hubiera endosado cualquiera de aquellos bellacos con sensible placer, y mucho más hubieran experimentado en adueñarse del contenido de sus bolsillos.

—¡Palabra de honor!—decía el gascón á cada uno de aquellos encuentros.—Estos facinerosos tienen muy mala cara, y Petronila no tendría escrúpulos en agujerear la badana de esos reptiles, que parecen salir de un pantano bajo los cascos de nuestros caballos.

Y en realidad la espada del diestro no estaba mucho tiempo en la vaina. Con cualquier pre-

texto, y en cuanto creía su dueño que alguno de aquellos malandrines tenía propósitos de obstruir el paso, ya estaba desnuda, y cuando menos el gascón daba algún cintarazo á los que más á mano tenía.

Una noche Chaverny y sus compañeros cayeron en medio de un campamento en el preciso instante en que los bandidos procedían al reparto del fruto de sus rapiñas durante las últimas jornadas. La banda era numerosa. Cocardasse hizo irrupción en el círculo, produciendo el efecto de un Julio César en el campo de los vencidos galos; tanto más, cuanto que su caballo fué á sentar las manos en el montón de efectos que el capitán de la cuadrilla estaba repartiendo entre los suyos.

—¡Eh, novatos!—gritó ahuecando cuanto pudo la voz.—¡Siento mucho estorbaros; pero mi escarcela está vacía, y como veo ahí oro sobrado para llenarla, me llamo á la parte!

En efecto; sobre una sábana había amontonadas monedas de oro en bastante cantidad, alhajas preciosas, varios objetos del culto sustraídos de una ó varias iglesias, bocados de plata, vestidos bordados y de tisú aureo, armas y municiones.

—¡Nada de eso os pertenece!—dijo á su vez Chaverny adelantando en su caballo y colocán-

dose á la par del gascón.—Así, si no queréis que entremos todos en el reparto, peor para vosotros, pues no tendréis más remedio que largaros de aquí, y deprisita.

Los bandidos protestaron con un murmullo amenazador, y oyóse más de un ruido característico de alzar el gatillo de alguna escopeta.

—¡Cuidado!—aconsejó el prudente Passepoil.  
—¡Los lobos tienen dientes!

—¡Pero seremos nosotros los que morderemos, cuernos de Satanás!—tronó Cocardasse.—¡No tengas miedo, pequeño! ¡Vamos á ver ahora mismo quién va á hacer el reparto!

—¡Carguemos contra esta canalla!—ordenó el Marqués.

Oyéronse descargas de escopetas, gritos de mujeres, blasfemias y gemidos, y comenzó la desbandada.

La voz del gascón dominó el tumulto:

—¡Mal pecado! ¡No habíais contado, borreguitos míos, con que entraran en el reparto cintarazos y estocadas que tenéis bien ganados, y que os regalamos generosamente!

—*Pro Deo!*—añadió cándidamente el antiguo amanuense normando, regalándolas pródigamente y perdonando sólo á las mujeres.

El sitio era una especie de desfiladero que formaba en el centro como una plazoleta; una

ladronera, un mal paso que evitaban muleteros, trajinantes y viajeros.

El suelo estaba por muchos sitios cubierto de detritus, de carbones y de cenizas, atestiguando los continuos altos que hacían allí mendigos, bandidos y gitanos. Por casualidad llegaron á semejante lugar Chaverny y sus compañeros.

El Marqués se sorprendió en breve viendo que el rebaño que huía deteniase de repente y muchos de ellos volvían las espaldas á la salida y, por consiguiente, la cara á los tres hombres. Se hubiera dicho que habían sido cogidos entre dos fuegos.

Sin embargo, las mujeres pasaban. Sólo los hombres retrocedían lanzando gritos de rabia, y evitando en lo posible las estocadas de los tres franceses, escapaban por el lado opuesto.

—¡Vive Dios! ¡Me parece que el parisiensito está ahí! ¿Eh, Passepoil? Sólo él es capaz de impedir el paso á cincuenta hombres. ¡Mira por dónde, después de tanto buscarle, vamos á dar con él!

—Es posible, y me honra mucho ese querido muchacho al poner en práctica las lecciones de galantería que siempre le di. Ha dejado pasar á las damas.

—¡Mala peste con tu galantería! ¿Á esas bribonas llamas damas? ¡Tan damas como las bru-

jas aquellas que encontramos en el barranco no lejos de aquí!

—La mujer es un ser débil, querido amigo, al que hay que respetar y proteger.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Estás loco!

El coloquio no les impedía repartir tajos, reveses y estocadas. Pronto se hallaron sin adversarios, y Chaverny picó espuelas dirigiéndose hacia la salida, donde algo extraño había pasado. Creía encontrar á Lagardère, y su corazón palpitaba de júbilo. Pero su desconsuelo fué grande al no ver más que un montón de cadáveres.

Un temor los asaltó, y más que temor un terror que los hizo estremecerse. ¿Habría sucumbido el caballero? El gascón descabalgó, y comenzó á examinar los cuerpos tendidos sobre la yerba.

—¡Voto á bríos! ¡Si hubiera sido él, todos estarían heridos en la frente, y ninguno lo está!

Exhalaron los tres un suspiro de alivio, aunque aquello significaba el desvanecimiento de la esperanza que tan alegres los puso momentos antes; pero más valía no verle aún que tropezar con su cadáver.

De pronto el gascón lanzó un juramento de sorpresa: estaba frente á un monje que empuñaba una navaja ensangrentada. Como no era admisible que hubiese un religioso con los bandi-

dos, supuso que sería el enemigo que hallaron en su camino, aunque también fuese extraño.

Sin embargo, Cocardasse sabía que era frecuente en España aquel disfraz, y su primer cuidado fué levantar el capuchón que le ocultaba casi todo el rostro; y no bien lo hizo exclamó:

—¡El vasco!

Chaverny acudió, y sin detenerse á contemplar el pálido rostro comenzó á examinar el cuerpo por si estaba herido; pero su temor se disipó pronto al verle abrir los ojos. Antonio experimentó inmensa alegría al ver junto á sí al Marqués y al gascón. En el ardor y agitación de la lucha se había abierto su antigua herida, y aunque trató de sobreponerse á su dolor, se desmayó.

Por azar no tomó parte en la contienda: desde lo alto de la montaña había visto á los bandidos empezar el reparto de su rapiña, y la intervención de sus amigos le dió vivas ganas de tomar parte en la gresca. Bajó precipitadamente, y muchos cadáveres atestiguaban el esfuerzo de su brazo.

Oíase allí cerca murmullo de agua, y Passepoil, cogiendo un cáliz de entre el montón de objetos robados, fué á llenarlo. En cuanto Antonio Laho humedeció los labios se sintió revivir, y su primera pregunta fué para averiguar el paradero de Lagardère.

—¡Ay!—exclamó Enrique desconsolado.—Esperábamos saberlo por vos.

—¡Maldición! ¡Hay que averiguarlo á toda costa! Le aguardan.

El Marqués se arrodilló á su lado para evitarle la fatiga de hablar alto, y preguntó:

—¿Dónde le aguardan? ¿Quién?

—¿Quién sino la duquesita de Nevers?

Chaverny se llevó una mano al pecho para reprimir las palpitaciones violentas de su corazón.

—¿Sola?—interrogó muy emocionado.

El vasco sonrió, y en su sonrisa podía leerse la satisfacción que le embargaba por poder dar una buena noticia.

—No, no está sola. También á vos os aguardan, señor de Chaverny, y todos seriais felices si no faltara el que necesitamos hallar lo antes posible.

—¿Dónde están?

—En lugar seguro. Nadie puede sacarlas de allí.

—¡Oh; hablad por favor! ¡Decídmelo todo, amigo mío: su asilo, sus sufrimientos, su situación, sus esperanzas!

—Lo sabréis todo de su propia boca; pero no puedo más... Desnudad mi espalda, y curad como mejor sepáis una herida que se me ha abierto y que me hace sufrir mucho... Entre los dos hombres...

Los cuidados que pudieron prestarle eran sumarios; pero bastaron para que pudiera tenerse en pie. Los cirujanos fueron el Marqués y Passepoil. Cocardasse tenía la mano muy ruda, y, además, si se había adiestrado en herir, nunca se preocupó de cómo podían curarse las [heridas. Ocupóse, pues, en inventariar las riquezas amontonadas por los ladrones á quienes hicieron huir, exclamando con admiración:

—¡Cuernos de Satanás! ¡Hay aquí muchas onzas que no tendrán mal albergue en mis bolsillos, y sería una imbecilidad dejarlas ahí para los merodeadores ó salteadores! ¿Qué opináis sobre este punto, caballero de Chaverny?

—Probablemente, los propietarios de [ese oro no lo necesitarán ya, y, de todos modos, no podríamos fácilmente devolvérselo. Lo único que cabe es emplearlo en misas por sus almas y en limosnas.

—¡La caridad bien entendida comienza por uno mismo!—pensó el gascón, y miró á Passepoil: ambos se entendieron.

—En cuanto á las espadas blasonadas, las sortijas y las alhajas que tienen iniciales ó escudos, estamos en la obligación de devolverlos á sus dueños ó á sus herederos. Son reliquias sagradas de las cuales seremos depositarios, y que devolveremos como podamos.

Todos se llenaron los bolsillos. Cocardasse pegó fuego después á cuanto no podían llevarse: arneses, coletos, casacas, capas, y Passepoil plantó una cruz á pocos pasos del brasero.

—Y ahora, ¿qué hacemos?—preguntó Chaverny.—Hablad, Laho, ya que sabéis mejor que nadie dónde es más urgente nuestra presencia.

El montañés reflexionó algunos instantes, y dijo:

—El país está agitado, y Gonzaga tiene mucha influencia. Por seguro que sea el asilo de mademoiselle de Nevers y de su compañera, es preferible llevarlas á Francia. Los cuatro juntos podemos trasladarlas á Bayona. Es lo primero que debemos hacer. Una vez en tierra francesa las damas, volveremos á España, y muy pronto hallaremos al caballero y podremos decirle: «¡Venid al lado de vuestra adorada!»

—¡Aquel día—dijo el tolosano—hemos de beber de lo lindo á la salud de los novios! ¡Vive Dios! ¿No te parece, Passepoil?

—Y no cabe tuda de que nos acompañará alguna hermosa...

Chaverny estrechó la mano de Antonio entre las suyas.

—¡Gracias; gracias á vos, que vais á llevarme al lado de la adorada de Lagardère, á quien podré servir y favorecer en nombre del excelente

caballero..., y al lado también de la que amo con toda mi alma, con todo mi corazón!

Y sin añadir palabra más por el momento los cuatro se dirigieron hacia Burgos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



## IX

### La Estrella

Una vez más Felipe de Mantua se había salvado de morir á manos de Lagardère.

Con efecto; no tardaron en detenerse éste y la loca, suspendiendo su furiosa persecución, pues no tenían delante más que soledad y silencio. Al volver unas rocas Gonzaga había desaparecido como por encanto. Pero un caballero no puede disiparse como una nube, desvanecerse cual una sombra. ¿Qué hendedura pudo darle paso? ¿En qué gruta infernal se refugió?

El novio de Aurora se entregó á las más minuciosas pesquisas, y nunca experimentó tanto despecho y tanta cólera. Gritó, amenazó, maldijo, y desanimado, vencido nuevamente por la ciega fatalidad, llegó hasta preguntarse si no valía más abandonar la partida. Imposible des-



cribir su dolor al cerciorarse de su impotencia. Todo cuanto había luchado en París hasta presentar convicto de asesinato á Gonzaga, hasta conquistar el corazón y la mano de la duquesita de Nevers, resultaba inútil. Desde la noche fatal en que Felipe de Mantua le arrebató su prometida, el Príncipe fué dueño de su destino, sin recibir el castigo de sus felonías.

—¡Mi dicha es ya imposible!—murmuraba con melancolía.—¡No he ahorrado pasos, ni tiempo, ni esfuerzos, y Dios es testigo de que intenté hasta lo imposible para ejercitar mi doble derecho al amor y á la venganza! ¿Y qué he conseguido? ¡Mis enemigos triunfan, y mi pobre Aurora no tiene ni siquiera una tumba sobre la cual pueda verter mis lágrimas! ¡Mis leales ignoran mi paradero, y no me queda más compañía que una pobre loca! ¿Qué se hizo de aquel Lagardère siempre victorioso? ¿Qué fué de aquel que hacía temblar á los viles, y en cuyo pecho podía reposar tranquila una cabecita adorada, bien segura de que nadie osaría tocar á uno solo de sus cabellos? ¿Soy yo el cincelador de Pamplona, el Esopo II del hotel Gonzaga? ¿Es á mí á quien el Regente dió su espada?

Estas últimas palabras resonaron en el silencio como un grito de angustia, última manifestación de la suprema agonía. Mariquita le contemplaba

sin decir palabra. También en su ánimo se había operado una transformación: á la exaltación de la batalla sucedió una tristeza sombría; sus ojos hallábanse inundados de lágrimas. De pronto se irguió y cogió la mano del caballero, que se estremeció á su contacto.

—¡Ten esperanza—le dijo,—ten esperanza! ¡Día llegará en que los lobos no podrán sustraerse al zarpazo del león! ¡Sacude la melena, y rugé: hay quien temblará al oír tus rugidos, y otros los oirán con alegría!

Y al decir esto tenía aspecto inspirado y profético que turbó á Lagardère; pero ¿podía hacer caso de las palabras de la desdichada loca?

—¡Cuando el león está herido de muerte—murmuró, siguiendo sin darse cuenta el símil de la gitana,—sus rugidos se pierden en el desierto, y los que acuden á sus gritos lo hacen para gozar con su debilidad é insultarle por su impotencia!

La noche llegaba; las estrellas se encendían en la bóveda celeste. Mariquita señaló á una con la mano y dijo:

—¡Vámos' allá, hacia el Oeste! ¡Yo sé leer en el cielo! Los astros no engañan, y en este momento leo en ellos cosas nuevas. ¡La sangre y el dolor van á trocarse en lágrimas de alegría y risas! ¡Muy pronto tu corazón y el mío desbor-

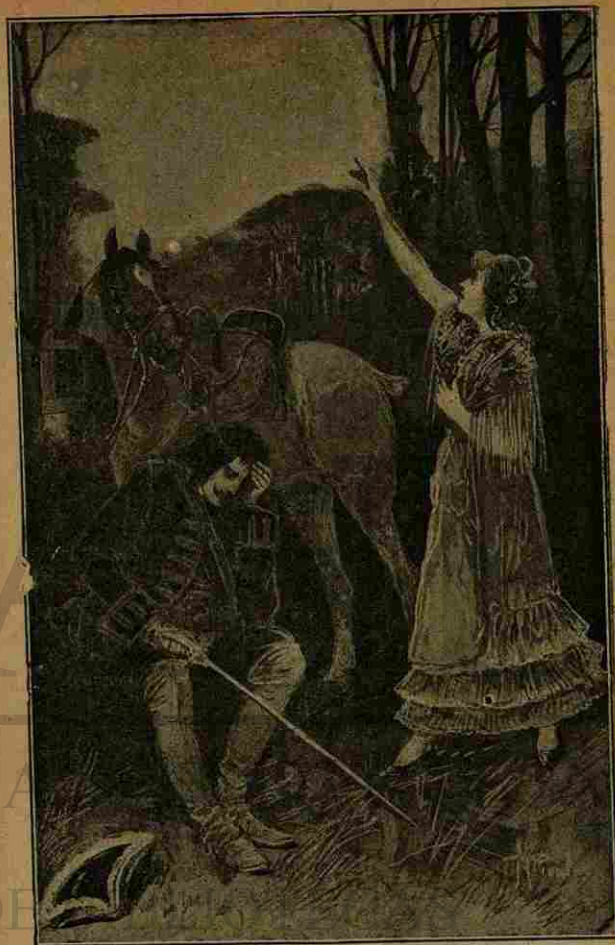
darán de júbilo! ¡Sígueme; sígueme hacia la estrella que brilla!

—Lo mismo me da una dirección que otra— murmuró.—Si ves allá arriba mi destino, sé mi guía. ¡La demencia y la desesperación bien pueden ir juntas!

Envainó la espada y montó de nuevo á caballo, abatido y desconsolado. No pensó en volver al campamento, y siguió indiferente á Mariquita. Así caminaron días y días. Rechazado de las alquerías, seguía su camino sin rebelarse, sin encolerizarse. Eran las últimas estaciones de su calvario, y ansiaba llegar al fin. La gitana guiaba siempre, y en su mente se operaba una transformación, un fenómeno extraño: ya no lanzaba gritos inarticulados, volvía á la razón, y en su memoria se extendía como un velo, como una nube que dejaba penetrar algunos rayos de luz.

Así llegaron [á Pancorbo, y penetraron en el desfiladero teatro de la batalla librada por Lagardère y sus amigos con los contrabandistas y mendigos pagados por Peyrolles. En el mismo sitio donde la joven vió por primera vez al caballero ella se detuvo, sacudió la negra melena, se dasó la mano por la frente, suspiró fuerte, descabalgó y se arrodilló para orar.

Enrique la miraba atónito. La bohemia, mi-



Yo sé leer en el cielo! ¡Los astros no engañan!

rándole con expresión de dulce melancolía, le dijo:

—¿Qué me ha pasado? ¿He dormido? ¿He estado enferma? Algo me ha sucedido que no puedo recordar: acaso tu lo sepas. Pero ante todo avisa á tus compañeros... ¿Dónde están? ¿Por qué estamos juntos y solos, cuando Aurora de Nevers y María Cruz, mi amiga, mi hermana, se escaparon para reunirse contigo?

Lagardère lanzó un grito involuntario. No se atrevía á creer lo que oía: tal vez no era un destello de razón, sino una nueva fase de demencia. La miró á los ojos, y no vió nada que no fuese razonable, normal, sensato. ¿Sería verdad?

El caballero estrechó las manos de la gitanita.  
—¡Habla; dime lo que sepas, lo que recuerdes!  
¿Cuándo te separaste de ellas y en qué circunstancias?

Mariquita meditó. Recordaba lentamente, muy poco á poco, y los sucesos no se concertaban aún muy bien en aquel cerebro conmovido. De pronto brotó de sus ojos un raudal de amargas lágrimas, que trató de ocultar á Legardère. Comprendía que no podría dar indicaciones precisas al caballero.

—Mi padre y yo—comenzó diciendo—hicimos todo lo posible para que pudiesen escapar. Según todas las probabilidades, salieron sanas y



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

salvas del castillo. Pero no puedo asegurar que no les ocurriese algo imprevisto, ni sé lo que ocurriría después.

Enrique inclinó la cabeza con desaliento: la débil y fugaz esperanza que brilló un momento ante sus ojos, se apagaba.

La gitanita comprendió su tristeza, y se apesadumbrió.

—¡Alza la frente con valor, y prométeme tener confianza en mí! ¡La gitanita no puede decirte en este momento dónde está tu novia; pero te aseguro que vamos á hallarla!

—¿Cómo puedes saberlo?—preguntó él recordando la esperanza.

—¡Los astros no mienten! ¡Lo leo en ellos!

El caballero movió la cabeza desalentado. Ella prosiguió:

—¡No lo dudes! Si he perdido la memoria, cosa que tal vez tu sabes mejor que yo, pues no recuerdo mucho de lo que me ha sucedido últimamente, he recobrado la razón, y leo de corrido en el firmamento. Es la ciencia inicial de todas las gitanas de todos los países y de todas las razas, pobres vagamundas que descendemos de Nuestro Señor el Viento y de Nuestra Señora la Tierra.

Lagardère dudaba aún.

--Te he mostrado una estrella, y te dije: ¡vamos

hacia ella! Y al llegar á este sitio he leído que debía arrodillarme.

—¿Y qué?

—Y desde aquí tendremos que seguir otra dirección opuesta. Mira huellas del paso de varios caballos y de dos mulas. Pues bien; estas dos mulas que han dejado impresas aquí sus herraduras, llevaban á mademoiselle de Nevers y á mi hermana Flor. ¡No lo dudes!

Lagardère oprimió convulsivamente las manos de la joven.

—¡Habla, habla, sigue!—exclamó con emoción que no podía contener.—¡Si lo que dices es verdad, vamos á encontrarlas en breve! ¡Si te equivocas, pobre niña, aún tendré que agradecerte el haberme dado la ilusión de una felicidad posible!

—No hace aún una hora que han pasado; es verdad. Las escoltan cuatro hombres.

—¿Quiénes? ¿Peyrolles? ¿Gonzaga? ¿Sus enrodados?

—No lo sé; pero lo sabremos esta misma noche.

—¿Las alcanzaremos?

—Nos lo dirá la estrella—dijo gravemente la gitana.

—¡La estrella de Lagardère ha palidecido—exclamó de pronto una voz que salía del fondo de

la roca,—y está tan próxima á apagarse, que entre ella y la nada sólo media la longitud de una espada!

—¿Qué importa, si esa espada es la mía?—replicó arrogante el caballero poniéndose en guardia.

En un saliente de la peña formado por una gruta natural que podría servir de refugio á diez hombres se habían guarecido los *enrodados* de Gonzaga. Como la lucha estaba empeñada en Cataluña, habían pasado al Oeste, bien decididos á vagar de una parte á otra hasta que terminase la guerra. Claro que no esperaban que Felipe de Mantua los felicitase luego; pero tenían una excusa aceptable, y á ella se atenían. Montaubert, convertido en jefe de la banda, se había tendido en el suelo y se preocupaba de lo porvenir.

—La hora de nuestra libertad va á sonar—decía.—Vamos á necesitar volver al yugo de Gonzaga, y sería tiempo de que Lagardère viniera á ofrecernos su pecho. Si le lleváramos al Príncipe el colete agujereado de su enemigo, todo iría como una seda; pero, de otro modo, no sé cómo podremos defendernos.

—Mentiremos—replicó Nocé.—Al entrar á su servicio hemos perdido el derecho de decir la verdad. Jugamos á quién disfraza mejor su pensamiento.

—No sé adónde vamos á parar—suspiró el gordo Oriol.—Pero á lo menos, antes mi conciencia estaba más tranquila.

—¿Qué dirías entonces—replicó Taranne—si tus antepasados hubieran tomado parte en las Cruzadas? Al fin y al cabo, en raza de mercaderes la mentira y el engaño no son cosas extraordinarias.

—¡No disputemos!—dijo Montaubert.—Sería difícil averiguar á la hora presente quién vale menos. No pudiendo cubrir de gloria nuestro blasón, podremos cubrirlo de oro, y para eso hay que llevar á Felipe de Mantua la prueba de que Lagardère ha caído á nuestros pies. ¿Cómo lo probaremos?

Nocé inclinó todo el cuerpo hacia afuera, y se puso un dedo en la boca para recomendarles silencio.

—¡Chist! ¡Quizás esté allí!—murmuró en voz baja.—Oigo una voz que parece la del caballero.

Todos callaron y aguzaron los oídos. Eran, en efecto, Enrique y Mariquita que acababan de detenerse á pocos pasos. La fortuna los favorecía más de lo que podían esperar. No perdieron una palabra de su coloquio, aunque no entendieron muchas cosas que les parecían extrañas. Seguros de su victoria, Montaubert se arriesgó á lanzar el reto que conocemos, y no titubeó en lanzarse al

combate. En un instante halláronse frente al caballero, que los reconoció.

—¡Je, je!—exclamó, recobrando su buen humor al tratarse de un combate.—¡No hace mucho hallé en este mismo sitio una emboscada de bandidos pagados por vuestro amo para asesinarme! ¡Veó que ha cambiado de instrumentos, y ahora envía á asesinarme á sus *enrodados*!

Amenazador murmullo acogió este insulto; pero el caballero no se emocionó lo más mínimo: acababa de recobrar la serenidad, y quería vivir para averiguar si era cierto lo que la gitana le había dicho.

—Antes que sea demasiado tarde, os invito á dejarme el camino libre. De otro modo, podéis correr la suerte de vuestros antecesores... en la emboscada de Pancorbo.

Mariquita se alzó ante Lagardère, puñal en mano, para servirle de escudo con su cuerpo. No era la demencia, como en Urgel, lo que la hacía desafiar los peligros, sino la voluntad que mandaba á su valor. Ya no lanzaba alaridos salvajes, ni sus pupilas miraban feroces: en sus ojos brillaba el coraje, y sus miradas eran frías y cortantes como el acero.

—¡Nadie le tocará antes de haber matado á una mujer!—exclamó.

El caballero trató de apartarla con la mano;

ella lo evitó y saltó adelante como una leona. Brotó un rayo de su acero, y éste se clavó en el hombro de Taranne. Principió el combate.

Lagardère hacía frente á sus adversarios; pero más que de su defensa se preocupaba de parar los golpes que amenazaban á la gitanita. Vió que el acero de Montaubert se dirigía al pecho de la joven, y al parar aquella estocada se descubrió.

Nocé se aprovechó de aquel descuido, y su espada penetró en el pecho del caballero, que lanzó un grito, se tambaleó y cayó. Entonces pudo contemplarse un espectáculo sublime: una mujer, casi una niña, con los labios cubiertos de espuma y los ojos centelleantes, haciendo frente á tres hombres para defender el cuerpo del que acababa de caer, ó para vengarle. Una vez sola, ninguno de ellos hubiera osado herirla; pero tenían que defenderse contra sus ataques repetidos y furiosos: su puñal, ya ensangrentado, los amenazaba constantemente.

△ Mariquita alzó un momento la vista, y vió brillar en la bóveda celeste la estrella; casi en seguida se oyó una de esas extrañas melopeas que cantan las tribus nómodas en sus peregrinaciones por los caminos desiertos. Al oírla exhaló la gitana un grito muy semejante al graznido del cuervo. Otro graznido igual le contestó. Una galera vieja, cuyo caballo esquelético había sido

lanzado al galope, apareció detrás de la joven. Los *enrodados* vieron aparecer en el vehículo media docena de hombres que empuñaban sendas escopetas.

—¡Llévemonos á Lagardère!—exclamó Montaubert, que sentía la necesidad de dar un golpe audaz.

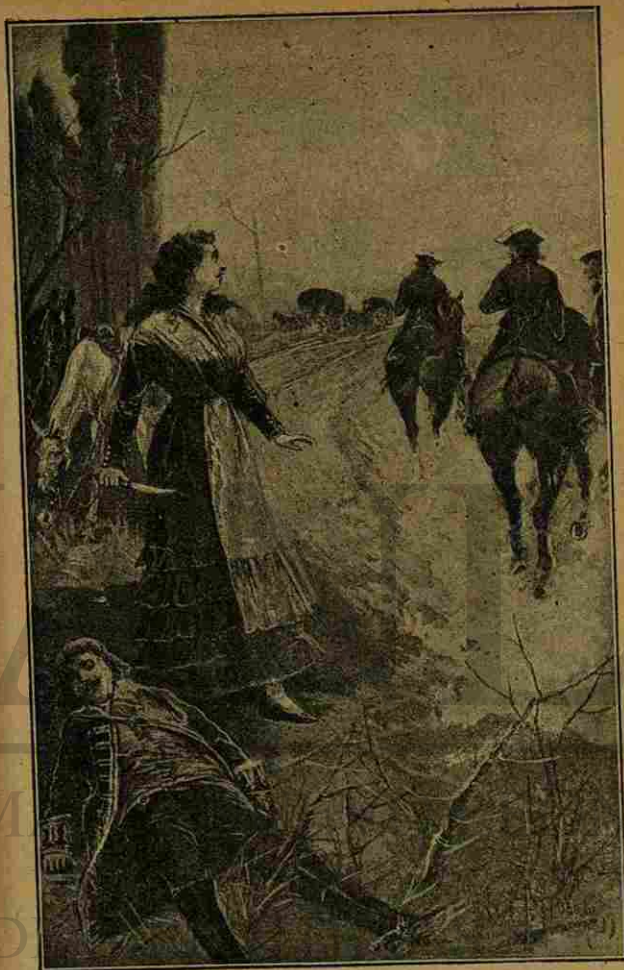
Pero Mariquita se puso delante y replicó arrogante y valerosa:

—¡Ven á cogerlo si puedes!

Oriol se había llevado los caballos.

—¡Vámonos!—dijo Nocé.—¡Apenas nos queda tiempo! ¡Hemos perdido la partida una vez más! ¡Ahora tras de cada roca saldrá un hombre y un trabuco!

Como para darle la razón, oyéronse algunos disparos, y el silbido de varias balas hirió sus oídos. Los *enrodados* de Gonzaga huyeron, costándoles mil trabajos sostener á Taranne herido, que perdía mucha sangre.



¡Ven á cogerlo si puedes!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE



## X

### Los gitanos.

Los que habían intervenido tan á tiempo eran bohemios á quienes Mariquita conocía del tiempo en que hacía con su madre aquella vida nómada. No es sólo una tradición, sino un deber darse ayuda entre sí esas gentes que se hallan fuera de la sociedad y que, como dicen en sus canciones, pasan por el mundo sin cambiar en nada desde los tiempos más remotos, guardando el secreto de su origen, de su vida, de sus costumbres misteriosas, de sus ritos respecto al nacimiento, al matrimonio y á la muerte. ®

Mariquita no necesitó más que un grito, señal de alianza, para que acudieran; le bastó decir pocas palabras en esa lengua extraña que sólo



ellos comprenden, para que se erigieran en defensores suyos. Y allí estaban, formando círculo en torno suyo, ante los vehículos medio desvencijados y arrastrados por caballos hécticos, verdaderos animales del Apocalipsis, esperando sus órdenes. En la galera principal, entre un montón de trapos y andrajos sucios, que quizás ocultaban el tesoro de la tribu, sentábase la hechicera de cabellos blancos, de arrugas profundas y dientes puntiagudos, que era el oráculo, la madre del *clan*.

—¿Quién es ese hombre? ¿Eres su mujer?— preguntó á Mariquita un coloso de rostro aceitunado, cabellos blancos y ceño acre, á quien la gitanita había tenido que obedecer más de una vez.

Peró si en otra ocasión hubiera temblado, entonces contestó con entereza:

—Es mi hermano.

—Ninguno de nosotros ha oído hablar de que tuvieras un hermano, y tú misma no lo dijiste.

—Porque lo ignoraba.

—¿Y por qué no es de nuestra raza?

—¿Y por qué no soy yo gitana sino á medias? Sin embargo, eso no te ha impedido reconocer la autoridad de mi madre.

—Es verdad. Bueno; guarda tu secreto. ¿Cómo se llama?

—Su nombre no os importa por ahora. Ya lo sabréis más tarde.

—¿Es español?

—Francés.

—¡Un enemigo!

—Los gitanos no tenemos patria.

—No quise decir enemigo de España, sino de nuestra raza. En su país nos persiguen y nos cuelgan.

—Y en España nos ahorcan y nos que-  
man.

—¿Quieres tener siempre razón?—gruñó el viejo frunciendo el ceño.

—Digo la verdad.

—¿Está muerto?

Mariquita le reconoció, y repuso:

—No; sólo herido, y ya es tiempo de socórrerle. Si no queréis curarle, idos y dejadme con él. Yo le curaré.

—¡Eres una bachillera! ¿Acostumbramos nosotros dejar morir á los nuestros sin socorro?

—Como no es de los vuestros, según acabas de decir...

—Está bajo tu protección, y, por lo tanto, bajo la nuestra. Mira dónde tiene la herida, y preguntaremos á la *Madre* lo que hay que hacer.

Mariquita desabrochó el coleteo y examinó la herida. Si la espada de Nocé hubiera penetrado

dos pulgadas más abajo, no tendría Lagardère necesidad de socorro alguno.

—¡El Hado le ha protegido!—dijo una de las mujeres que ayudaban á Mariquita.

—Di más bien el medallón que lleva en el pecho—interrumpió otra.—Mira la señal en la montura. Esto es lo que ha desviado la espada. ¡Es sorprendente que no se haya hecho añicos el retrato!

Muchos ojos se fijaron con codicia en la joya; la gitana reconoció el retrato de Aurora de Nevers.

—¡Ella le ha salvado!—murmuró.—¡El amor puede más que la muerte!

Era el retrato que le dió la joven cuando fué á verle al Chatelet, ya condenado á muerte. Ella misma, en presencia de su madre, se lo había colgado al cuello con una cadena de oro.

La más vieja de las gitanas, la *Madre*, se llamaba Mabel. Era la misma que antaño se encargó de guardar á Aurorita, y á la que Flor había dormido para conocer por medios magnéticos dónde se encontraba Lagardère. Era ya muy vieja entonces. Desde el carruaje inclinó su rostro apergaminado, rugoso, para ver al caballero, y preguntó:

—¿Le han matado? ¡Es un guapo mozo!

—No, madre; y es posible que escape.

—¿La herida es de arma blanca, ó de fuego?

—Una estocada tremenda, pero demasiado baja.

—¡Ayúdame á bajar! ¡Quiero verla!

Casi no necesitó ayuda, no obstante su avanzadísima edad, y pronto llegó al lado del herido. Al examinarle su rostro tomó una expresión singular.

—¡Es él! ¡No me había engañado!—murmuró.

—¡Tranquilizaos; el predestinado ha vuelto de muy lejos!

—¿Le reconoces?—preguntó el jefe.

—Una noche le dimos á beber en una copa de aguardiente *psaw* de las gitanas de Escocia...

Todos comprendieron perfectamente. La anciana prosiguió:

—Le acostamos al Norte, en la tumba donde yacían desde dos años antes los restos del viejo Hadji...

Creció la curiosidad de los oyentes, y ella continuó como si hablara sólo para sí:

—Al otro día, cuando fuimos á ver si seguía durmiendo, había desaparecido.

—¿Y cómo fué?—preguntaron muchos con curiosidad.

—No lo supe nunca. Me habían dormido también á mí. Para despertarle era preciso que alguno de nosotros revelase el secreto del

fuego, de las picaduras en las plantas de los pies y...

—¿Y por qué le hicisteis beber el *psaw*?

—Porque unos cristianos nos dieron mucho oro para matarle y para quitarle una niña que llevaba consigo. Pero era nuestro huésped, y no quisimos hacer más que dormirle.

—La hospitalidad es sagrada.

—¿Y quién le salvó?

—¡Misterio! Sin embargo, quienquiera que fuese, hizo bien. Valía más que todos sus enemigos juntos, y hubiera tenido siempre remordimientos si hubiese ocurrido algo malo á la muchacha. ¡Era tan buena, tan dulce, tan hermosa, que después de tantos años aún veo sus facciones como si la tuviera presente!

De pronto sus ojos tropezaron con el medallón, y al ver el retrato una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

—¡No hay duda! ¡Es ella; más mujer, pero más hermosa!

Fijaba la mirada en el retrato, de que se había apoderado con tal ansiedad, que Mariquita temió que se lo guardase.

—¡No se lo quites, madre!—exclamó vivamente.—Es su talismán: sin él, habría muerto.

Mabel frunció el ceño y dirigió tal mirada á la gitanita, que ésta no pudo sostenerla.

—¿Quién te ha dicho que quería quitársela?—repuso con autoridad—Y sobre todo, ¿con qué derecho te metes tú...?

—Porque es mi hermano—contestó la joven.

—¡Mientes! Tú no has tenido nunca hermanos. ¡Más valdría que confesaras que le amas, y no serías la primera! Otra gitanita como tú le amó también locamente. Y su amor la perdió, pues se hizo cristiana.

—¡Es verdad! Entonces se llamaba Flor; ahora, María de la Santa Cruz.

—¿La conoces?

—Es mi amiga. Hemos danzado juntas por las plazas de Madrid.

—Pues bien; le amaba, y quizás él no lo haya sabido nunca, porque lleva el retrato de otra sobre el corazón. Su belleza es fatal para las hijas de nuestra raza. Le amaréis todas, todas, os lo aseguro. Yo misma le hubiese amado, de encontrarle cuando tenía veinte años.

Se calló, y siguió contemplando al caballero. Sus últimas palabras eran tan extrañas, que la tribu entera se preguntó si la *Madre chocheaba*.

—Puede que Flor fuese quien le salvara—prosiguió,—aunque era entonces una chiquilla. Si fué ella, repito que hizo bien. ¿Qué habrá sido de ella?

—La buscamos; y ójala la encontremos pronto—replicó Mariquita—Porque no está so'ra.

—¿Con quién está?

—Con ésa—dijo la niña, señalando al retrato.

—Se quieren como hermanas.

Mabel colocó de nuevo el medallón en el pecho del herido y se metió en el carruaje, del cual salió en breve con un unguento maravilloso que extendió sobre la herida, á la vez que pronunciaba algunas fórmulas cabalísticas. En el fondo de la garganta de Pancorbo, en la cual reinaba un religioso silencio, y al indeciso resplandor de las antorchas, era un espectáculo extraño el que ofrecía aquella meguera rodeada de gitanas, curando á un extranjero con igual solícitud que pudiera hacerlo si se tratara de un hijo.

Lagardère continuaba desvanecido. Mabel humedeció sus labios y sus sienes con vinagre; el herido abrió los ojos y volvió á cerrarlos. No alcanzó á ver á Mariquita, y ante aquellos rostros patibularios supuso que había caído en otra emboscada y que la gitana era prisionera, si no cadáver. Con los párpados caídos pensó:

—¡Pobre niña! ¡Está escrito que debo ser te fatal! ¡Y hace un momento me daba esperanzas y me aseguraba que iba á ver á Aurora!

Involuntariamente el nombre de su amada fué

claramente pronunciado por sus labios, y oyó murmurar á su oído:

—¡Valor! ¡La estrella sigue brillando! ¡Yo te guiaré á los brazos de Aurora!

—¡Mariquita!

—¡Aquí estoy! Los que te rodean no son enemigos.

—¡Abre los ojos!—ordenó Mabel, haciendo un signo con el pulgar sobre cada párpado.

Enrique obedeció: pudo ver en torno suyo á las gitanas, y cogió la mano que Mariquita le tendía.

—Llévadle á mi carro—ordenó la *Madre*,—y acostadle allí con mucho cuidado.

La orden fué cumplida en seguida.

—¿Adónde ibais?—preguntó Mabel.

—Á buscar á su novia que le han robado.

—¿Quién se la ha robado?

—Probablemente, los mismos que hace años os dieron dinero para matarle.

—¡Que nos dé el dinero también—dijo un gitano,—y le serviremos!

La *Madre* le miró con supremo desdén.

—Es nuestro huesped, y nadie tiene aquí el derecho de tocar á su persona ni á lo que le pertenece. Le llevaremos adondequiera, sin que nos deba una peseta. ¡He dicho!

—Está bien, madre—repuso el jefe:—lo que quieras será.

—Yo sola me encargo de atenderle, de velar por él y de curarle.

—¿No me permitirás que te ayude, *madre*?— suplicó la gitanita.

—¿Le quieres mucho?

—Como á un hermano. Ya ves que no mentí al darle tal título.

—¡Ven! ¡Tienes un corazón de oro!

Cinco minutos después la horda se puso otra vez en marcha, entonando muchos de los gitanos su monótono canto, y el caballero se durmió teniendo asida con la diestra las manos de la gitanita.

Gonzaga hubiera podido pasar cien veces ante tan extraño convoy sin sospechar que su más mortal enemigo iba entre aquellos nómadas á quienes pagó una vez para que le asesinaran, y que á la sazón hacían causa común con él.

Cuando Lagardère se despertó era ya de día, y fué grande su sorpresa al encontrarse en tan raro carronato. No se acordaba de nada. Mabel, que acechaba su despertar, le ofreció una copa; él titubeó antes de cogerla.

—Bebe sin temor—le dijo la *Madre*.—No tiene narcótico como el aguardiente que te dieron hace años.

—¿Cómo sabes eso?

—Yo estaba allí.

—¡Bebe!—insistió Mariquita.—Es aguardiente puro con agua clara. Los que te rodean son todos amigos.

Durante la noche la vieja y la gitanita habían hablado largo y tendido, contando la joven su propia historia y todo lo que sabía de la de Lagardère.

—No tengas cuidado, hija mía; las hallaremos. Nuestra policía está mejor montada que la del Rey. Si realmente la joven ha pasado ayer por aquí como supones, no terminará el día sin que sepamos dónde está. Si no es así, la buscaremos en otra parte, y la hallaremos. Rescatarla luego es un juego de niños.

Al llegar al camino, Mariquita enseñó á la vieja las huellas de los caballos; pero el paso de los *enrodados* las hacía más confusas.

—Ahora las examinaremos, y para ello acamparemos aquí.

Así lo hicieron; pero Lagardère se quedó en el carruaje. Mariquita procuraba distraerle é infundirle esperanza.

Todas las mujeres de la tribu acudían solícitas á verle, llevándole esta una granada, una naranja aquella, un vaso de vino generoso la otra, siempre con palabras cariñosas y consoladoras. Lagardère, que agradecía con sonrisas aquella soli-

citad, se dió cuenta de que no conocía el verdadero carácter de los gitanos; esto es, que no son...

—Son buenos—pensó en voz alta;—son buenos de por sí... siempre que no les paguen para ser malos.

Mabel que le oyó, replicó con dulzura:

—Y siempre que les sea simpático el favorecido. Desde luego tienen derecho á nuestra protección y estima todos los que aman verdaderamente, con toda su alma. El amor es el rey del mundo.



## XI

### Una pista falsa

Concluida la comida, Mabel reunió la tribu en torno suyo y tomó la palabra:

—Acaba de decir el cristiano que los de nuestra raza somos buenos cuando no tenemos interés en hacer mal. ¿Es cierto?

—¡Hay que vivir!—respondieron algunos.

—Mejores somos todavía cuando tenemos interés en hacer bien—replicó alguien.

—Tenéis razón—añadió la madre.—El poder oculto que poseemos nos ha sido otorgado para obligar á las demás razas de la Tierra á que nos sirvan, aunque no quieran. Pero hay circunstancias en que se impone una tregua entre uno ó varios individuos de aquellas razas y la nuestra, en que debemos ser buenos con quien lo es por índole.

citad, se dió cuenta de que no conocía el verdadero carácter de los gitanos; esto es, que son buenos de por sí, siempre que no les paguen para ser malos.

—Son buenos—pensó en voz alta;—son buenos de por sí... siempre que no les paguen para ser malos.

Mabel que le oyó, replicó con dulzura:

—Y siempre que les sea simpático el favorecido. Desde luego tienen derecho á nuestra protección y estima todos los que aman verdaderamente, con toda su alma. El amor es el rey del mundo.



## XI

### Una pista falsa

Concluida la comida, Mabel reunió la tribu en torno suyo y tomó la palabra:

—Acaba de decir el cristiano que los de nuestra raza somos buenos cuando no tenemos interés en hacer mal. ¿Es cierto?

—¡Hay que vivir!—respondieron algunos.

—Mejores somos todavía cuando tenemos interés en hacer bien—replicó alguien.

—Tenéis razón—añadió la madre.—El poder oculto que poseemos nos ha sido otorgado para obligar á las demás razas de la Tierra á que nos sirvan, aunque no quieran. Pero hay circunstancias en que se impone una tregua entre uno ó varios individuos de aquellas razas y la nuestra, en que debemos ser buenos con quien lo es por índole.

—¿Qué quieres decir?

—Esto: la bondad comprende el desinterés. Pues bien; ignoro si nuestro huésped es rico y si algún día se acordará de recompensarnos por lo que vamos á hacer por él. Voy á deciros todo lo que de él conozco, y cuando me hayáis oído dadme vuestra opinión.

Y Mabel contó casi todo lo que de Lagardère le había relatado Mariquita, omitiendo algunos pormenores que creyó conveniente reservar. Todos escuchaban con avidez, seducidos por los actos de valor y de audacia que oían, como hombres acostumbrados al desprecio de la propia vida y expuestos á perderla á cualquier hora. Si se puede dudar de la honradez de los gitanos, nadie duda de su valor. Además, tienen la religión de la hospitalidad.

—Ahora que sabéis tanto como yo respecto al herido, ¿creéis que basta con curar la herida de su cuerpo?

—¿Y qué podemos hacer para curar la de su corazón?—preguntó el jefe.

—Buscar á su novia hasta encontrarla. Tengo razones para creer que está cerca; pero si así no fuera y hubiera que registrar España entera, pueblo por pueblo. ¿vacilaríais en hacerlo?

—Estamos dispuestos.

—Acordaos de lo que os he dicho. No sé si nos dará una recompensa.

—¿Y acaso la obtendríamos vagando por los caminos? ¿Qué más nos da ir hacia el Norte que hacia el Sur, al Este que al Oeste? ¡Basta á cada día su propio afán!

—¿Es ésa la opinión de todos?

Todos alzaron las manos en señal de asentimiento.

—Tú mandas, madre. ¿Qué quieres que hagamos?

Entonces la anciana explicó que quizá la víspera, las damas habían pasado, por Pancorbo.

—No tenemos pruebas, salvo las presunciones de Mariquita; pero por lo pronto esas presunciones deben servirnos de punto de partida.

Los jefes gitanos no ocultan á su tribu los motivos de sus órdenes: entre ellos no hay traidores, y sabiendo todos por qué trabajan y el fin que se proponen, ni cometen torpezas perjudiciales á la comunidad, ni carecen de iniciativas provechosas.

—Comprobaremos lo que dice nuestra hermanita. Si los astros se lo han dicho, será verdad.

—Ahora levantemos el campo para unir pronto á los que se aman.

Las órdenes de la anciana se cumplieron en un abrir y cerrar de ojos. Lagardère, que había re-



cochado un tanto las fuerzas, pudo darles algunas indicaciones útiles.

No dejaba de extrañarle mucho la conducta de los gitanos, y sin la presencia de Mariquita, de cuya adhesión no dudaba, hubiera desconfiado, creyendo haber caído en un nuevo lazo. Recordaba aún lo que le sucedió antes, sentía instintivo recelo de aquellas tribus nómadas, y hasta hubo momentos en que creyó que engañaban á su amiga. ¿No engañaron en otro tiempo á Flor?

—¡Prepárate á la dicha, que está próxima!—le repetía la gitana.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Todo... Los astros, las flores, mi instinto... Mabel ha hecho tu horóscopo, y ha resultado lo que yo sabía.

—No puedo creer en los horóscopos.

—Eres muy dueño, pero sabe que he fundido el plomo, que nunca engaña, y he leído en él tu destino. El sufrimiento es propio de los predestinados. Antes que hayan transcurrido dos semanas estarás al lado de tu novia. Para ella y para ti habrá años de felicidad. Después tus enemigos se encarnizarán de nuevo contra vosotros. Pero no podrán nada y sucumbirán todos, excepto uno, el más vil, el más viperino, el más lacayuno. Pero tú no sucumbirás antes de haberte reproducido dando á la que amas otro tú, otro vengador

que aplastará á la víbora. Acuérdate entonces de lo que hoy te dice la vieja Mabel, y comprenderás que hay que creer en la ciencia de las gitanas.

La Madre había pronunciado esas palabras con tal solemnidad, que el caballero, por incredulo que fuere, experimentó cierto júbilo por la predicción, más aún por Aurora que por él mismo.

—Si esos primeros acontecimientos se realizan, yo te redondaré dignamente.

—La vieja Mabel dormirá en la hendedura de una roca con los pies hacia Oriente, y tú aún continuarás siendo dichoso algún tiempo.

En el primer pueblo, adonde llegaron cuando amanecía pidieron informes. Lo habían atravesado cuatro caballeros.

—Es la banda de Gonzaga—dijo Mariquita. Si no han visto á los otros, hay que tomar otra dirección.

En caminaronse hacia el Oeste, y los espías de la tribu, y hombres y mujeres, no dejaron de explorar ni una senda ni una casa. No hallaron huellas. En ninguna parte habían visto dos mujeres en mulas escoltadas por cuatro caballeros. Mariquita estaba ansioso el caballero, impaciente por poder buscar por sí mismo. Sin embargo, cierta mañana, después de varios días de pes-

quisas infructuosas, una vieja pordiosera les dijo haber visto seis caballeros cerca de Tolosa.

—Al parecer, cuatro de ellos, eran extranjeros; los otros dos vestían á la española. Pasaron tan rápidamente, que no pude verles la cara.

Esta vez parecía tratarse de una pista seria. Muy bien pudiera ser que para no llamar la atención las jóvenes hubieran abandonado sus vestidos femeninos. Lagardère sintió renacer en su corazón la esperanza. Acaso su amada habría pasado ya la frontera y estaría en salvo. Aquellos días los vehículos de la tribu tomaron un andar más rápido.

En Tolosa sólo se confirmó una parte de las palabras de la mendiga; no eran seis caballeros, sino cuatro, que sin duda regresaban á Francia, pues hacía varios días que se había firmado la paz. Lagardère y Mariquita quedaron atónitos. ¿Cómo podían Chaverny y los suyos haber dejado á las doncellas abandonadas á merced del Príncipe, cuando se hallaban ya á pocas horas de la frontera? ¿Serían los *enrodados*, y no sus amigos, los cuatro viajeros?

Enrique asistió al derrumbe instantáneo de toda la fábrica alzada por su imaginación, y aquella noche tuvo una pesadilla horrible que despertó sobresaltadas á Mabel y Mariquita. Antes que ellas pudieran impedirlo se lanzó fuera

del carruaje con la vista extraviada, las manos extendidas, clamando angustiado, para caer inanimado repentinamente á los veinte pasos.

Una fiebre terrible, contra la cual eran impotentes todos los remedios de la *Madre*, se apoderó de él; se le abrió la herida, y perdió bastante sangre. Ya no era sino cuestión de días su curación, y aquella complicación imprevista venía á destruir todo lo que habían ganado hasta entonces, y quizá á producir un desenlace fatal.

—¿Corre peligro?—preguntó desconsolada la joven á la vieja.

—Vivirá, porque el plomo no engaña. Pero hay que suspender las pesquisas ó proseguirlas sin él. Necesita quietud y silencio. Hay que buscarle un asilo adonde no lleguen los ruidos exteriores, adonde el reposo sea completo, y en el cual halle cuidados exquisitos y atentos. Sólo así puede salvarse.

—Yo le cuidaré, y mi adhesión triunfará del mal.

—¿Y quién nos ayudará á reconocer á las damas? Sólo tú las conoces.

—Os daré señas tan minuciosas, que no podréis equivocaros.

—Sí; si están juntas. ¿Y si se han separado? ¿Y si no encontramos más que á los hombres?

¿Nos creerán? ¿Nos seguirán al punto á donde queramos conducirles.

—Es verdad.—declaró la muchacha gimiendo.

—Madre, tú que tienes saber y experiencia, aconséjame; dime lo que debo hacer. No puedo, ni quedarme á su lado, ni dejarle como está para ir á acompañaros. Y no hay más remedio que hacer una de las dos cosas.

Se retorció los brazos desesperadamente, y las abundantes lágrimas que brotaban de sus ojos se deslizaban por sus mejillas y caían sobre la palidísima frente de Enrique.

—Reflexionemos, hija mía. Pero ante todo tratemos de hacerle recobrar el conocimiento.



## XII

### El asilo misterioso.

Algunas horas después, como Mabel y Mariquita hablaban de buscar una vivienda adecuada para el caballero, un mocito que rondaba en torno del carruaje se acercó. Tendría unos quince años, y era el niño mimado de la tribu por su audacia y agilidad. Se deslizaba por el ojo de una aguja; nadie como él escalaba más fácilmente una roca, ni atravesaba un río, ni olía un cristiano, ni robaba con más habilidad y destreza.

—¿Una vivienda?—dijo.—Yo acabo de descubrir una en la cual nadie molestará al rumí, porque no creo que sean muchos los que la conozcan. Y suponiendo que encuentren la entrada, una mujer bastaría ella sola para defenderla.

—¿Dónde?

—A doscientos pasos de aquí. Una gruta na-

¿Nos creerán? ¿Nos seguirán al punto á donde queramos conducirles.

—Es verdad.—declaró la muchacha gimiendo.

—Madre, tú que tienes saber y experiencia, aconséjame; dime lo que debo hacer. No puedo, ni quedarme á su lado, ni dejarle como está para ir á acompañaros. Y no hay más remedio que hacer una de las dos cosas.

Se retorció los brazos desesperadamente, y las abundantes lágrimas que brotaban de sus ojos se deslizaban por sus mejillas y caían sobre la palidísima frente de Enrique.

—Reflexionemos, hija mía. Pero ante todo tenemos de hacerle recobrar el conocimiento.



## XII

### El asilo misterioso.

Algunas horas después, como Mabel y Mariquita hablaban de buscar una vivienda adecuada para el caballero, un mocito que rondaba en torno del carruaje se acercó. Tendría unos quince años, y era el niño mimado de la tribu por su audacia y agilidad. Se deslizaba por el ojo de una aguja; nadie como él escalaba más fácilmente una roca, ni atravesaba un río, ni olía un cristiano, ni robaba con más habilidad y destreza.

—¿Una vivienda?—dijo.—Yo acabo de descubrir una en la cual nadie molestará al rumí, porque no creo que sean muchos los que la conozcan. Y suponiendo que encuentren la entrada, una mujer bastaría ella sola para defenderla.

—¿Dónde?

—A doscientos pasos de aquí. Una gruta na-

tural donde hay una cama, muebles..., y ni asomos de propietario. Debe de haberse muerto. La descubrí, y pensaba que esta noche podríamos hacer la mudanza.

—¿Cómo la has descubierto?

—Por casualidad. Me gusta saber lo que hay en los rincones, en los huecos de las peñas, entre las espesuras, en los sitios por donde no suele pasar la gente. Muchas veces se hallan cosas muy curiosas.

—Guíanos—dijo Mabel.

Hay que advertir que estaban casi en la frontera, á dos leguas escasas de Irún. Una roca, de más de treinta pies de altura, erguíase en un lugar salvaje y bravío, y ante aquella masa de granito, como para impedir su acceso, había un verdadero matorral que parecía impenetrable á primera vista.

El ojo perspicaz y acostumbrado á sondear espesuras acababa por descubrir un angosto sendero á través de aquella maleza inculta y espinosa. Ni una dama ni un hidalgo habrían podido atravesarlo, so pena de dejar en jirones sus vestidos entre las zarzas: había que penetrar arrastrándose, y se necesitaba para ello ser lobo, vasco ó gitano.

De este modo, pues, como serpientes, el chico y las dos mujeres internáronse bajo aque-

lla cúpula de verdura, no sin arañarse algo las manos y la cara. Después de recorrer así unas doce varas se pusieron de pie ante una puerta estrecha, que aquella mañana estaba aún cerrada, y que el gitanito había abierto con su puñal.

Era una vasta sala sana y limpia, provista de muebles suficientes para una estancia de corta duración. Una especie de escalera interior permitía á los inquilinos subir hasta una raja, ventanillo natural, ó artificial quizás, como tronera, por la cual podía divisarse todo el llano y desde donde podían dispararse varias escopetas á la vez. Era, pues, casi un reducto. Por una especie de pasillo que partía de aquella estancia, y separado por una ligera puerta, se llegaba á un arroyuelo, un hilo de agua clara y límpida que brotaba en medio de la montaña.

Mabel observó que sobre la mesa, las sillas y la cama había una capa de polvo bastante espesa, lo que probaba que desde hacía muchos días nadie había puesto los pies en aquella habitación rocácea, tan fresca, tan agradable y tan deliciosa. La madre se frotó las manos con satisfacción.

—Hijo mío, del primer botín que se reparta en la tribu tendrás una parte especial. No hay en toda España sitio mejor que éste para nuestro herido, y una sola mujer basta para cuidarle.

—Sin embargo—objetó Mariquita,—si volviese de pronto el propietario...

—No es probable; y de todos modos, necesitaría tener el alma más dura que estas peñas para arrojar de aquí á un pobre herido y á su asistente. Lo único que hay que temer es que las gentes de Gonzaga descubran este retiro mientras estemos ausentes, y no lo creo fácil.

Quedaba por vencer una dificultad: la de transportar á Lagardère á aquel asilo. No era la menor, puesto que no convenía destruir el espeso matorral que ocultaba la entrada. Y si ellos arastrándose podían llegar á la puerta, el herido, incapaz de todo movimiento, era imposible que los imitara.

También esta vez el gitano les facilitó el medio. Decididamente, era un chiquillo precioso. Su vivaz inteligencia y su agilidad triunfaron de las dificultades. Con admirable celeridad construyó toscamente una estrecha camilla, que cubrió de tela y proveyó de dos ruedas, una en cada extremo, lo bastante bien hecha para que pudiese rodar empujada por alguien. Perfeccionáronla un tanto los gitanos, y por la noche, entre dos hombres, uno tirando desde la puerta de la cabaña con una cuerda, y otro empujando y arastrándose tras la camilla, trasladaron á Lagardère al misterioso

asilo, que parecía preparado expreso para recibirle.

Mabel y Mariquita le curaron, le acostaron, y se sentaron junto á su lecho. Por el ventanillo estaban en comunicación con la tribu, acampada á ciento cincuenta varas de distancia en la carretera.

Lagardère pasó la noche de irando; la fiebre amenguó en intensidad á la aurora. Ambas mujeres se preparaban á reunirse con la tribu, á la que iba á transmitir sus órdenes la *Madre*, cuando resonó un silbido, señal convenida con el jefe. Subieron inmediatamente á la tronera, y distinguieron á gran distancia cuatro jinetes. El corazón de Mariquita palpitó con violencia. ¿Serían los amigos, ó los enemigos del caballero? El chiquillo que descubrió el asilo estaba allí desde el alba. Había ido á llevarles víveres, y la *Madre* le dijo:

—Di á los nuestros que no sé quiénes son los que llegan. Que nadie se deje ver ni se menee si no me oye. Si lanzo el grito del mochuelo, fuego sobre ellos de todas partes; si grito ¡Lagardère! que todos salgan de los carros sin armas, y tú me traes aquí á M. de Chaverny.

—¡Entendido!—repuso el muchado; y escapó á transmitir las órdenes.

Cuando los jinetes pudieron reconocerse la gitanita ahogó una exclamación de rabia:

—¡Son los de Gonzaga! ¡Que se vayan al infierno! ¡Dejémosles pasar, madre!

Eran los cuatro *enrodados*, que al pasar lanzaron una mirada interrogadora al campamento. ¿Serían los que los habían hecho huir de Pan-corbo? No vieron un alma; pero por entre los toldos de los galerones brillaban varios cañones de escopetas.

—¡Atención, señores!—dijo Montaubert des-  
envainando.—Este silencio es de mal agüero.  
¡Estos perros paganos no duermen á tales horas!

—Oriol—murmuró Taranne—pincha con tu  
espada en esa galera negra, que debe de ser la  
del jefe. Así nos darán los buenos días.

—¡Á tiros!.. ¡Muchas gracias!—repuso Oriol.—  
No soy supersticioso; pero ese vehículo es lúgubre,  
y mi opinión es que no tenemos nada que  
hacer con ellos, y más vale dejarlos en paz si  
ellos nos dejan.

Bien hicieron en escuchar tan sensatas palabras. Aquel carro era el destinado á llevar los cadáveres de la tribu, y si lo hubiesen tocado, veinte tiros les habían hecho expiar su sacrilegio. Pasaron.

—Es cierto que hemos seguido una pista falsa—murmuró Mabel;—pero ¿cómo decían que iban seis?

La explicación era muy sencilla. Los otros dos

eran españoles enviados por Gonzaga en busca de sus *enrodados* para ordenarles que vigilaran la frontera entre Fuenterrabía y Roncesvalles.

Felipe de Mantua comenzaba á preocuparse por Peyrolles, el cual había enviado un correo rogándole que le enviase dinero á Burgos y dándole noticia de la fuga de Aurora de Nevers. El mayordomo, para atenuar en parte la noticia, añadía que vigilando bien la frontera sería muy fácil recobrar á la fugitiva. En la imposibilidad de acudir él mismo á la capital castellana, Gonzaga, recomendó á Peyrolles reconstituir la banda antigua, vigilar y esperar sus órdenes.

Lo que retenía en Madrid á Gonzaga era la necesidad de saber cuál iba á ser la suerte de su protector y amigo el cardenal Alberoni. Los dos italianos y bribones, no tardaron mucho en entenderse, y no tenían entre ellos secretos. Tanto es así, que el Príncipe no dudaba en llegar á ser en España tan poderoso ó más que en Francia. Pero la guerra destruyó sus ilusiones. Sabíase que el Regente y Dubois sólo concedían la paz con la condición de derribar á Alberoni del Poder y hacerle desterrar del reino.

Desde que la desgracia se cernía sobre su cabeza, el Cardenal estaba aún más afable con Felipe. En eso suelen reconocer los cortesanos que un favorito va á caer. El día que se acerca á

ellos comienza á declinar hacia su ocaso. Una mañana que charlaban los dos amigos en el despacho del Ministro, dijo éste:

—Hace dos días que la Reina me pone mala cara. ¡Hum! ¡No sé lo que sucederá si halla por ahí un general á su gusto! En cuanto al Rey, con sus ojos de carnero no me asusta. Es un estúpido, á quien le bastan para ser feliz un reclinatorio y faldas (1).

—Si os oyesen, bastarian esas palabras para perderos.

—Nadie nos oye, y no seréis vos quien las repita—dijo el Prelado mirando á su compatriota con sus ojillos pardos, que parecían abiertos á punzón.

Felipe sonrió sin contestar.

—Si me obligan á irme, no me iré con las manos vacías.

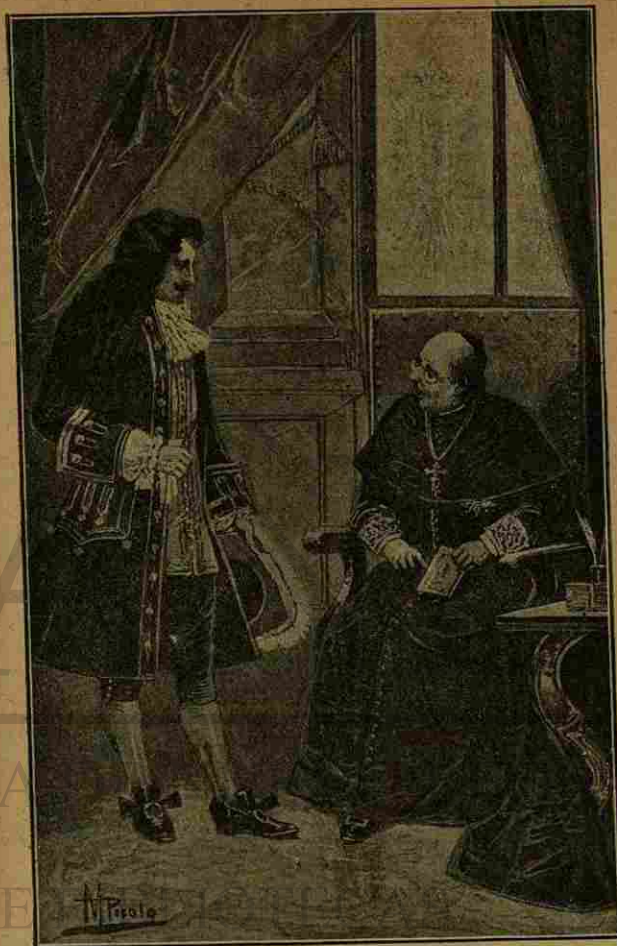
—Es natural que hayáis tenido la prudencia de poner á salvo vuestra fortuna.

—Sí—; pero no me refiero á eso. Tengo en mi saco algo más importante que el oro.

El Príncipe no se atrevió á interrogarle sino con la mirada. Su interlocutor le murmuró casi al oído:

—¡Felipe V es rey por el testamento últi-

(1) Para comprobar lo histórico de la frase véanse las *Memorias*, de Duclos. (N. del A.)



—Hace dos días que la Reina me pone mala cara.



mo de Carlos II, y ese testamento lo tengo yo!

Los criminales más hábiles suelen tener un minuto de fanfarronería, de desvergüenza, que los pierde. Alberoni, el más reservado de los ministros después de Mazarino, acababa de charlar como una dueña, y no supo callar lo que más le interesaba. Aquel testamento pensaba ofrecerlo al emperador de Alemania Carlos VI, y así podría regresar con la cabeza muy alta á España, de donde iba á salir con las orejas gachas.

Estaba tan ufano de su truhanería, que no pudo contenerse y charló. Si hubiese reparado en el semblante de su compatriota ó leído en su alma, habríase arrepentido de su imprudente confianza. Hay días en que los más astutos y hábiles se tornan imbéciles. Tal sucedió aquel día á Alberoni.

Abrióse bruscamente la puerta, y apareció un oficial de guardias de Corps, que entregó al Ministro un pliego con el sello Real. Alberoni le abrió febrilmente, leyó y palideció, tendiendo á Gonzaga el pergamino; pero antes que el Príncipe hubiera podido leer nada, el oficial se lo arrancó de las manos y le dijo imperativamente:

—¡Salid, caballero!

—¡Es una insolencia!—saltó el Príncipe echando mano á su espada.

—Es una orden, caballero. Desde este instan-

te Su Eminencia el cardenal Alberoni no tiene el derecho de comunicarse con nadie ni de escribir á nadie, ni aun á Sus Majestades.

—¿Os aprisionan, entonces?—preguntó Felipe.

—No, amigo mío; me echan. Me conceden veinticuatro horas para salir de Madrid, y quince días para salir de España. ¿Vendréis á verme á Parma?

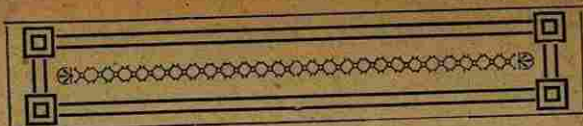
Gonzaga reflexionó un momento.

—Lo dudo—respondió. Y sin tender la mano al que hasta entonces había sido su amigo, salió.

Es un talento como otro cualquiera el de saber deshacerse á tiempo de las amistades comprometedoras. «El favor—dijo Labruyère—pone al hombre por encima de sus iguales, y la desgracia por debajo.» Si Alberoni hubiera tenido en presencia del Oficial un movimiento de rebelión, quizás le hubiera sostenido Gonzaga; pero lloró: luego se consideraba vencido.

—¡Es hombre al agua!—pensó.—¡Vámonos! Y salió; una vez fuera sonrió diciéndose:

—¡Perdí el alfil! ¡Juguemos el Rey! ¡Aún puedo ganar la partida!



## XIII

### El testamento.

Teniendo cerradas las puertas de Francia mientras viviera el Regente, y tal vez después también, Felipe de Mantua tenía el mayor interés en conservar la libre permanencia en España, y con la influencia más grande que pudiera. Á la sombra de Alberoni, que le favorecía, contó con escalar los primeros puestos del favor.

Los desórdenes de la corte, la debilidad del Rey, el poderío del Ministro, que dominaba el ánimo de la Reina, le habían permitido esperar.

Maniobró tan hábilmente, que Alberoni, contra su invariable costumbre de no dejar acercarse á ningún italiano á la Soberana, le presentó á Isabel de Farnesio, lo que le permitió imponerse á la Nobleza española, que no le miraban con bue-

te Su Eminencia el cardenal Alberoni no tiene el derecho de comunicarse con nadie ni de escribir á nadie, ni aun á Sus Majestades.

—¿Os aprisionan, entonces?—preguntó Felipe.

—No, amigo mío; me echan. Me conceden veinticuatro horas para salir de Madrid, y quince días para salir de España. ¿Vendréis á verme á Parma?

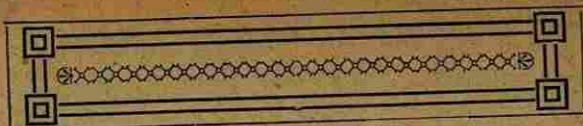
Gonzaga reflexionó un momento.

—Lo dudo—respondió. Y sin tender la mano al que hasta entonces había sido su amigo, salió.

Es un talento como otro cualquiera el de saber deshacerse á tiempo de las amistades comprometedoras. «El favor—dijo Labruyère—pone al hombre por encima de sus iguales, y la desgracia por debajo.» Si Alberoni hubiera tenido en presencia del Oficial un movimiento de rebelión, quizás le hubiera sostenido Gonzaga; pero lloró: luego se consideraba vencido.

—¡Es hombre al agua!—pensó.—¡Vámonos! Y salió; una vez fuera sonrió diciéndose:

—¡Perdí el alfil! ¡Juguemos el Rey! ¡Aún puedo ganar la partida!



## XIII

### El testamento.

Teniendo cerradas las puertas de Francia mientras viviera el Regente, y tal vez después también, Felipe de Mantua tenía el mayor interés en conservar la libre permanencia en España, y con la influencia más grande que pudiera. Á la sombra de Alberoni, que le favorecía, contó con escalar los primeros puestos del favor.

Los desórdenes de la corte, la debilidad del Rey, el poderío del Ministro, que dominaba el ánimo de la Reina, le habían permitido esperar.

Maniobró tan hábilmente, que Alberoni, contra su invariable costumbre de no dejar acercarse á ningún italiano á la Soberana, le presentó á Isabel de Farnesio, lo que le permitió imponerse á la Nobleza española, que no le miraban con bue-

nos ojos. Á la sazón aquel coloso de barro se había desplomado, y el ruido de su caída alegraba á todos, celosos del favor de aquel extranjero.

Gonzaga resolvió darle el golpe de gracia, la coz del asno. Alberoni solicitó salir del Reino por Guipúzcoa, y le obligaron á ir por Cataluña, cuya rebelión había castigado cruelmente, y donde era execrado. Y mientras era atacado, humillado y vejado en su viaje hacia la frontera, alguien trabajaba en Madrid para consumir su pérdida.

Al día siguiente de su salida de la corte, Felipe de Mantua solicitaba audiencia de la Reina. Cuando había necesidad de tratar cuestiones graves dirigíanse todos á la Soberana, que era el alma de las intrigas. Fué, pues, un sofión para Gonzaga que le enviasen á ver al Rey en vez de ver á Isabel, que era á la que quería hablar. Era mostrar el poco caso que le hacían.

Se picó, y, en efecto, solicitó la audiencia del Monarca, manifestando que poseía un secreto de Estado del cual dependía su corona; dijo que deseaba manifestárselo á él solo, y que si le enviaban á comunicárselo á la Reina, saldría inmediatamente de España, lamentando las consecuencias que la negativa pudiera tener.

Felipe V no sabía resolver nada por sí solo.

Acostumbrado á consultarlo todo con la princesa de los Ursinos primero, y luego con Isabel Farnesio, comunicó á su esposa el caso, y poco faltó para que esta no desterrase también del reino al Príncipe.

Pero la audacia le valió. La Reina gustaba de hallar resistencias para vencerlas, y pasado el primer momento, resolvió que le recibirían los dos juntos. Sus Majestades Católicas le recibieron, pues, en la sala del Trono.

—¿Es vuestra calidad de italiano—preguntó agresivamente en cuanto hubo sido saludada—lo que invocáis para obligarnos á recibirlos?

—Si creí de mi deber servir á Vuestras Majestades cuando estaba en Francia, es más natural aún que sirva ahora á los soberanos que tan bien acogieron á la víctima de las intrigas de los cortesanos del Regente. Mi nacionalidad no significa nada. El agradecimiento me impulsa á mirar por los intereses del que he reconocido por mi soberano, y que me es tan caro como al que más de sus súbditos.

Y levantó con afectación de dignidad la cabeza, con la intención de estudiar en el rostro de Isabel el efecto de sus palabras. Satisfecho de examen, prosiguió:

—Al poner el pie en tierra española no tenía otra cosa que ofreceros que mi espada, y la he

desnudado para batirme contra mis amigos de ayer, que se habían hecho enemigos de Vuestra Majestad.

—¿Y pedís una recompensa?

—Sí, señor.

—Dignaos decidnos cuál.

—La autorización de ser útil á Vuestra Majestad, si no es ya demasiado tarde. Hace dos días quise hacerlo, y no me lo permitieron.

Arrugó el ceño la Reina ante el nuevo ataque; pero Gonzaga no se dió por advertido. Se creía bastante fuerte para probar que habían hecho mal en desdeñar sus servicios y que tendrían que darle las gracias.

—¿Cómo habéis llegado á conocer ese secreto de Estado?

—Por casualidad, señor.

—La casualidad á que aludís—interrumpió Isabel—¿no se llama Alberoni?

—Puede ser, señora, si Vuestra Majestad quiere significar con ello que me ha servido esta vez con el Cardenal.

—Sin embargo, erais su amigo.

—Dejé de serlo en el instante en que vi que no era digno de la confianza de Vuestras Majestades. Quizás se me acuse de traidor á la amistad; pero obedezco á mi deber, y mi conciencia está tranquila. Cada minuto que transcurre qui-

ta importancia al secreto. Si Vuestra Majestad no tiene confianza en mí, aún es tiempo de retirarme, pues sólo la confianza de Vuestra Majestad puede decidirme á mí, que anteayer era todavía amigo de Alberoni, á acusar hoy al ex-primer ministro.

—Hablad; os lo permito, os lo mando—dijo Felipe V.

El Príncipe se pasó la mano por la frente con el ademán del que va á librarse de un peso grave para su conciencia y dijo lentamente:

—¿Sabe Vuestra Majestad dónde está ahora el testamento de Carlos II?

Fué como un rayo. Los Monarcas se miraron con inquietud.

—Está en mis habitaciones—repuso Isabel,—en un secreter cuya llave llevo conmigo.

—El secreter estará en su puesto—dijo Felipe de Mantua con tono de seguridad;—pero el testamento es evidente que no está.

—¿Y vos sabéis dónde se halla?

—Alberoni lo lleva. Ése era el secreto que quise comunicar á Vuestras Majestades hace dos días.

La Reina estaba pálida. Fué por sí misma á comprobar el hecho, y volvió más pálida aún.

—Tenéis razón, caballero. Hemos hecho mal en no recibiros hace dos días.

Gonzaga estaba satisfecho y ufano, saboreando su victoria y el buen éxito de su infamia.

Felipe V, trastornado, llamó y dió las órdenes oportunas. Varios gentiles hombres dispusieron-se á partir para alcanzar al Cardenal y apoderarse de todos sus papeles.

—¿Y él?—preguntó el jefe de la expedición, á quien no hubiera desagradado aprisionar al Cardenal y sepultarle en alguna mazmorra.

—Los papeles nada más—ordenó el Rey;—en cuanto á él, que se vaya con mil diablos.

Era la solución más razonable para evitar complicaciones con el Papa, y quizás con el Emperador. Por una vez Felipe V fué prudente.

Gonzaga examinaba todos los semblantes para tratar de leer en ellos la aprobación de su conducta. Si se hubiera tratado de cualquier otro que del aborrecido Alberoni, ninguno de aquellos aristócratas le hubiese mirado á la cara por su traición.

El Rey le tendió la mano.

—¡Gracias caballero!—le dijo.—Nos acordaremos del servicio que nos habéis hecho, y esperamos veros en Palacio todos los días. No olvidéis que tendremos el mayor placer en concederos alguna gracia.

—Tal vez, señor, tenga que pedir justicia contra los enemigos que me asedian aun dentro

de los dominios de Vuestra Majestad, y protección contra una dama de quien soy natural tutor.

—Se os acordará la justicia, y vuestra protegida obtendrá nuestro favor—dijo Isabel de Farnesio.

El Príncipe salió de la regia mansión con la frente alta, seguro ya, no sólo de que obtendría carta blanca contra Lagardère, sino también de que su estrella, que había palidecido en los últimos días, iba á recobrar su antiguo esplendor.

Alberoni fué alcanzado á pocas leguas de la frontera, y le arrebataron el precioso manuscrito, que intentó defender hasta con las armas en la mano. De pronto se acordó de la confidencia hecha á Gonzaga; una sonrisa amarga plegó sus labios, y pensó:

--¡He sido un niño! Hubiera debido recordar que un vencido no tiene amigos. Yo tengo la culpa si Gonzaga se ha servido de mí como de un instrumento. Pero ya tendré mi desquite.

Pocos días después aquel hombre enviaba al Regente una memoria suministrándole los medios de reducir á España, y la historia nos dice que Felipe de Orleans la quemó sin leerla, evitando así á Francia la vergüenza de deber algo á la infamia del Cardenal.

En cuanto Felipe V recobró la posesión del famoso pergamino, Gonzaga ocupó un puesto

en la primera fila de sus cortesanos, de lo cual se aprovechó para solicitar la cabeza de Lagardère, á quien acusó de todos los crímenes que él mismo había cometido. Pero sus mentiras fueron vanas. Ya no quedaban á su lado más que el barón de Batz y La Vallade; ignoraba dónde se hallaba el caballero, y qué había sido de Aurora de Nevers y de doña Cruz.

¿De qué le servía haber jugado el Rey y ganado la partida, según sus propias expresiones, si era demasiado tarde y había perdido los «rehenes vivientes» por los cuales hacía tiempo luchaba? Al orgullo de su triunfo sucedió una cruel inquietud.

Sin darse cuenta de la causa que mantenía alejados de él á sus *enrodados*, temió una defeción, y por ello experimentó inmenso júbilo cuando sus mensajeros volvieron á decirle que los cuatro se encontraban en Guipúzcoa y sobre la pista de Lagardère. Una carta de Montaubert le explicaba sus infructuosas idas y venidas á través de Aragón, Navarra y Castilla la Vieja, dándole cuenta del último encuentro en Pancorbo y de sus resultados. Los pícaros habían seguido los consejos de Oriol y sacado partido de las circunstancias. El Príncipe no pensaba hacerles reproche alguno, puesto que le permanecían fieles; al contrario, estaba agradecido.

Quizás Peyrolles hubiera visto con mayor claridad; pero Felipe de Mantua, que no podía concebir ser juguete de nadie, aceptó las explicaciones como oro de ley. Una sola cosa le inquietaba: en la misiva no se mencionaba ni se aludía á Aurora de Nevers.

—Si no la han visto con Lagardère, es que no ha podido reunirse aún con él y nada se ha perdido todavía, pues sin él, no habrá vuelto á Francia. En cuanto la recobre la llevaré tan lejos en el seno de España, que nadie podrá descubrir su paradero. En cuanto á Lagardère, le arrastraré también hacia el Sur, le aislaré, y acabaré con él para siempre.

El plan era sencillo: no faltaba más que poder realizarlo. Y para un hombre como él todo debía suceder como lo proyectaba. El proverbio vulgar «el hombre propone y Dios dispone» no rezaba con él. No se acordaba ya del fracaso que había causado su destierro, y el nuevo favor de que gozaba le trastornó hasta el punto de creerse omnipotente.

Entretanto Peyrolles se desesperaba en Burgos por el silencio de su amo, creyendo que éste le abandonaba enojado por la desaparición de Aurora de Nevers.

—Ya no tengo nada que hacer en Madrid— dijo al fin el Príncipe,—y quizás mi presencia

sea útil en Guipúzcoa. De paso cogeré á Peyrolles, y si en realidad Lagardère no ha pasado la frontera con su novia, no daría un ducado por su piel dentro de quince días.

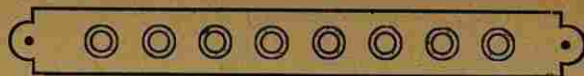
Lo que no le impidió aceptar la escolta de veinticinco soldados que el Rey le concedió para ayudarle á agujerear aquella piel que tanto desdénaba en sus palabras, pero que en el fondo de su corazón siempre temía. Por eso solicitó del Monarca tal ayuda.

—Son cuatro—pensaba, porque ignoraba la presencia de Antonio:—Lagardère y Chaverny, Cocardasse y Passepoil. Cuando me haya reunido con los míos seremos doble número, sin contar los soldados que llevo y que nos servirán de escudo. Para ellos habrá más coscorriones que bollos.

Si ellos hubieran sabido adónde los llevaban, tal vez habrían declinado el honor, no obstante ser el Rey quien los enviaba, ó, por lo menos, librándose de Gonzaga en cualquier despoblado.



DIRECCIÓN GENERAL DE



## XIV

### La intrusa.

Ni Mabel ni Mariquita podían separarse de Lagardère en el estado en que se encontraba, sobre que la presencia de los *enrodados* en las inmediaciones exigía una vigilancia activa y precauciones incesantes para que no descubrieran su retiro. Decidieron, pues, no moverse del lado del herido.

—Lo malo es—dijo la joven—que permaneciendo aquí arriesgamos perder por mucho tiempo la pista de la señorita de Nevers, que acaso no esté lejos. Los novios, en vez de reunirse, se separaron de nuevo, quién sabe por cuántos días ó por cuántos meses.

—Escucha, hija mía—dijo Mabel tras larga y madura reflexión:—no podemos perder á éste en tanto que vamos á la busca de la otra. Más vale pájaro en mano... conservemos lo que tenemos, y que otros busquen por nosotros.

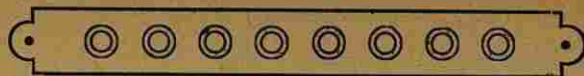


sea útil en Guipúzcoa. De paso cogeré á Peyrolles, y si en realidad Lagardère no ha pasado la frontera con su novia, no daría un ducado por su piel dentro de quince días.

Lo que no le impidió aceptar la escolta de veinticinco soldados que el Rey le concedió para ayudarle á agujerear aquella piel que tanto desdénaba en sus palabras, pero que en el fondo de su corazón siempre temía. Por eso solicitó del Monarca tal ayuda.

—Son cuatro—pensaba, porque ignoraba la presencia de Antonio:—Lagardère y Chaverny, Cocardasse y Passepoil. Cuando me haya reunido con los míos seremos doble número, sin contar los soldados que llevo y que nos servirán de escudo. Para ellos habrá más coscorriones que bollos.

Si ellos hubieran sabido adónde los llevaban, tal vez habrían declinado el honor, no obstante ser el Rey quien los enviaba, ó, por lo menos, librándose de Gonzaga en cualquier despoblado.



## XIV

### La intrusa.

Ni Mabel ni Mariquita podían separarse de Lagardère en el estado en que se encontraba, sobre que la presencia de los *enrodados* en las inmediaciones exigía una vigilancia activa y precauciones incansables para que no descubrieran su retiro. Decidieron, pues, no moverse del lado del herido.

—Lo malo es—dijo la joven—que permaneciendo aquí arriesgamos perder por mucho tiempo la pista de la señorita de Nevers, que acaso no esté lejos. Los novios, en vez de reunirse, se separaron de nuevo, quién sabe por cuántos días ó por cuántos meses.

—Escucha, hija mía—dijo Mabel tras larga y madura reflexión:—no podemos perder á éste en tanto que vamos á la busca de la otra. Más vale pájaro en mano... conservemos lo que tenemos, y que otros busquen por nosotros.

—Pero ¿quiénes?

—Tenemos donde elegir. Basta que tú des señas precisas y terminantes que no puedan dar lugar á errores.

La joven meditó.

—No he visto más que dos veces al señor de Chaverny: sin embargo, recuerdo sus facciones como si le hubiera visto ayer mismo. En cuanto á los otros, puedo dar pormenores preciosos acerca de sus personas, de su aspecto, de sus gestos, y hasta de sus voces.

—¡Muy bien! Vamos á destacar buenos sabuesos tras ellos, y mucho me engañaría si dentro de muy pocos días no los encuentran.

El chiquillo acababa de llegar. La *Madre* le encargó que fuese en busca de *Antor* ordenándole que se presentara con su mujer, sus dos hijos y su hija. Poco después llegaba la familia.

*Antor* era un gigante bronceado, de barba negra y facciones pronunciadas. En calma, parecía dulce como un cordero; pero en los momentos de cólera debía de ser terrible. Sus dos hijos se le parecían, y como él, eran capaces de matar un buey de un puñetazo. Helda, su mujer, era astuta y perspicaz, y su hija Pepita podía pasar por un prodigio de hermosura, aun entre las más bellas de Andalucía.

—Escuchadme—les dijo Mabel.—La misión

que voy á confiaros exige tanto valor como habilidad. Tú, *Antor*, vas á enganchar á tu carro dos buenos caballos y á irte con los tuyos por unos días, quizás por unas semanas, hasta que encontréis á las personas cuyas señas van á daros ahora. Si no las encontráis por Guipúzcoa, correos por Aragón, pero siempre cerca de la frontera.

—¿Quiénes son?

—Cuatro jinetes y dos damas. Si los halláis juntos, Helda se acercará á una de ellas, á la morena, y le dirá la palabra de reconocimiento entre nosotros.

—¿Es, pues, de los nuestros, *Madre*?—preguntó la mujer de *Antor*.

—Sí; es Flor. ¿Te acuerdas de ella?

—¡Flor!--exclamó Pepita.--Yo me acuerdo. De chica jugaba con ella, y estoy segura de reconocerla. ¡Maldita sea por haberse hecho cristiana!

Mabel le lanzó una mirada autoritaria.

—¡Eres una bachillera! ¡Eso á ti no te importa! Ella tuvo sus razones—y volviéndose á Helda, continuó:—Cuando estés segura de que es ella, le dirás: «Sígueme, y te llevaré adonde se halla aquel que un día bebió el psaw en nuesro campamento.»

—¿Y si no halláramos más que á los hombres?

—preguntó *Antor*.

—Sería una contrariedad, pues hay que tener mucho ojo y no confundirlos con otros, con los que pasaron por aquí esta mañana, y que son los que encontramos en Pancorbo.

—Á esos ya los conozco.

—Hay otros también; pero Mariquita os dará las señas de los que hay que encontrar. Habla, hija.

Así lo hizo la joven, describiendo primero á Aurora y enseñando á las dos mujeres, para mayor seguridad, el retrato que llevaba al pecho Lagardère. Luego les dió las señas de Chaverny, Antonio Lahó y Passepoil, extendiéndose largamente acerca de Cocardasse, su indumentaria, sus facciones, su nariz roja y sus juramentos habituales y expresivos, con lo cual era muy difícil confundirle con otro.

—No hay dos como él en el mundo, y le reconoceréis fácilmente—terminó diciendo.

Todos, y en particular las mujeres, escuchaban con gran atención, archivando en la memoria la menor particularidad. Mabel les dió más instrucciones y los despidió.

Un cuarto de hora después el carricoche de *Antor* separábase de los otros y partía hacia lo desconocido.

—¿Tienes algo que mandarme, *Madre*?—preguntó el jefe del clan.

—Acampad definitivamente; acaso nos quedemos aquí por bastante tiempo. Que las escopetas estén siempre cargadas y al alcance de las manos; pero que no se disparen si no lo ordeno expresamente ó agito una antorcha por la abertura de la roca. Día y noche alguien vigilará para que nadie se acerque á esta gruta. Benassy nos traerá, como ahora lo hace, diariamente, los víveres que necesitamos, y nos servirá de intermediario. Con él me mandas á decir lo que quieras; yo haré lo mismo. ¿Tienes algo que objetar?

—Nada, si nuestra permanencia aquí no pasa mucho de una semana; algo, si se debe prolongar más de diez ó doce días.

—Habla.

—Cuando hayamos saqueado las casas de campo y puesto á rescate los pueblos del contorno para poder vivir, la Santa Hermandad nos arrojará de aquí, y quién sabe si nos prenderá. Los gitanos tienen que andar siempre errantes: en cuanto se estancan, las razas malditas caen sobre ellos.

—Los días se componen de veinticuatro horas, y las semanas de siete días—dijo sentenciosamente la *Madre*.—¿Quién sabe dónde estaremos dentro de una semana? Anda, anda, y haz lo que te he dicho.

Ella misma le acompañó fuera, fijó el empla-

zamiento del campo, habló á todos, buscó en el contorno hierbas cuya virtud curativa conocía, y cuando volvió á reunirse con la joven trituraron entre las dos un hacecillo de plantas y las hicieron hervir, pronunciando las palabras y haciendo los gestos prescritos por la cábala.

Algo más tarde se despertó Lagardère tranquilo, sin fiebre ya, y experimentando cierto bienestar al sentirse acostado en un verdadero lecho y en lugar agradable. Sobre todo le regocijaba la presencia de Mariquita, tan solícita y cariñosa como una hermana. Sin embargo, aunque su enérgica naturaleza triunfase del mal, y aunque los remedios de Mabel le aliviaban sensiblemente, no salía de su melancólico abatimiento.

—¡No puedo esperar más!—dijo una noche á la gitanita, que se esforzaba por infundirle esperanzas.

Dos días más transcurrieron, y se produjo sensible mejoría en su estado. Al otro, el caballero pudo ya levantarse y recorrer su extraña morada apoyándose en los hombros de las dos mujeres. Le agradaba aquel retiro, y tenía gusto en hacer hablar á Mabel, tipo curiosísimo para él y cuyo carácter no lograba penetrar. No concebía que obrase sin un motivo especial, y no podía dar con ese motivo secreto. Era más de lo que necesitaba para excitar su curiosidad.

Benassy hacía frecuentes apariciones en la gruta, y ponía á sus moradores al corriente de lo que ocurría fuera. Desde que tuvo que proveer al sustento del caballero, sus facultades rateriles se habían duplicado: nunca iba con las manos vacías; ora llevaba frutas, ora un capón, ora una botella de vino riojano, ó bien caza fresca, sin costarle un maravedí. Probablemente, si Lagardère hubiera conocido su procedencia no los hubiera aceptado; pero el bribonzuelo no conocía tales escrúpulos, y ponía toda su habilidad y destreza en proporcionarse aquellas golosinas.

Llegó el sexto día sin haberse recibido noticia alguna de *Antor*, y Mabel se sorprendió. Lagardère, que no sabía nada de aquellas pesquisas, hablaba de ponerse en camino. Dormía ya bien por las noches: al pesado sueño de las precedentes, en que la fiebre le agobiaba, habían sucedido reposos saludables con ensueños felices. Velándole, Mariquita se olvidaba de dormir: tan inmensa era su satisfacción al verle recobrar las fuerzas y volver á la vida.

Una noche, sin embargo, se amodorró á la cabecera de la cama del convaleciente bajo la influencia de la tempestad que amenazaba. Gruesos nubarrones cubrían las estrellas; retumbaba el trueno á lo lejos, y la oscuridad era casi completa, lo que es raro en España. En el campo de

los bohemios, abrumados por la pesadez de la atmósfera, todos dormían, incluso el centinela que por orden de Mabel debía velar continuamente.

Una forma ligera pasó por el campamento, sorprendiéndole ver el aduar. Pero, aunque era una mujer, parecía no temer nada. Iba calzada con alpargatas y se deslizaba más que andaba. Nadie la vió. Pronto llegó al matorral, se arrastró, se levantó luego ante la puerta, y sacó una llave del bolsillo para abrirla; entonces reparó que estaba abierta, y sin duda experimentó cierta inquietud, porque llevó la mano al mango de un puñal que sujetaba en su cintura.

—¡Pedro!—llamó.

No oyendo contestación al momento, repitió más fuerte el mismo nombre. No veía nada, pero oyó un leve rumor, y de pronto sintió unas manos callosas de mujer que se ceñían á su cuello. Su primer pensamiento fué clavarle el acero; pero reflexionando que quizás la pobre que la acometía sólo creía defenderse, levantó una rodilla, sacudióse, y envió rodando al suelo á su adversaria, que era la vieja Mabel.

La intrusa creía haber terminado; pero otras manos frías y vigorosas la atenacearon, y un cuerpo joven y ágil se pegó al suyo: un cuerpo de mujer. Quiso hablar, y no pudo. Se trabó una

lucha cuerpo á cuerpo en las tinieblas; no se oía más que el jadear de los luchadores, que en sus movimientos derribaron una silla. Lagardère se despertó sobresaltado.

—¿Qué ocurre? ¡Alumbra, Mariquita!

Al oír la voz desconocida y sentir tan habitada la gruta, creyó la intrusa que había caído en un lazo, y quiso huir. Para ello pretendió hacer uso de su puñal. El frío del acero rozó el brazo de Mariquita, que comprendió que la lucha iba á seguir á puñaladas, y sacó el suyo.

En aquel momento Mabel encendió una antorcha, y el caballero al verlas prontas á apuñalarse gritó:

—¡Alto! ¡Deteneos!

—¿Quién sois? ¿Qué hacéis aquí? ¡Pedro!—exclamó la extranjera.

Sin aguardar respuesta se precipitó hacia el lecho; pero la gitanita se le adelantó y le impidió el paso amenazándola con su puñal, creyendo que la intención de la intrusa era matar á Enrique. La otra, mirando con asombro al convaleciente, dejó caer su puñal y dijo:

—¡Monsieur de Lagardère!

—¿Quién sois?—le preguntó el caballero.

—¡Cómo! ¿No me reconocéis? Soy Jacinta, la vasca, vuestra huéspedea de Bayona. Pero ¿qué hacéis aquí, en casa de mi hermano?

—¿De Antonio?

—No; de Pedro. Un día que me insultó un gentilhombre, le mató y tuvo que huir á España lo que no le impidió guerrear á favor de Francia, y venía á ver si había regresado ya. Hace tres años que vive aquí oculto, y vengo á verle por la noche desde Bayona todas las semanas.

Lagardère le tendió su mano, que ella cogió y besó.

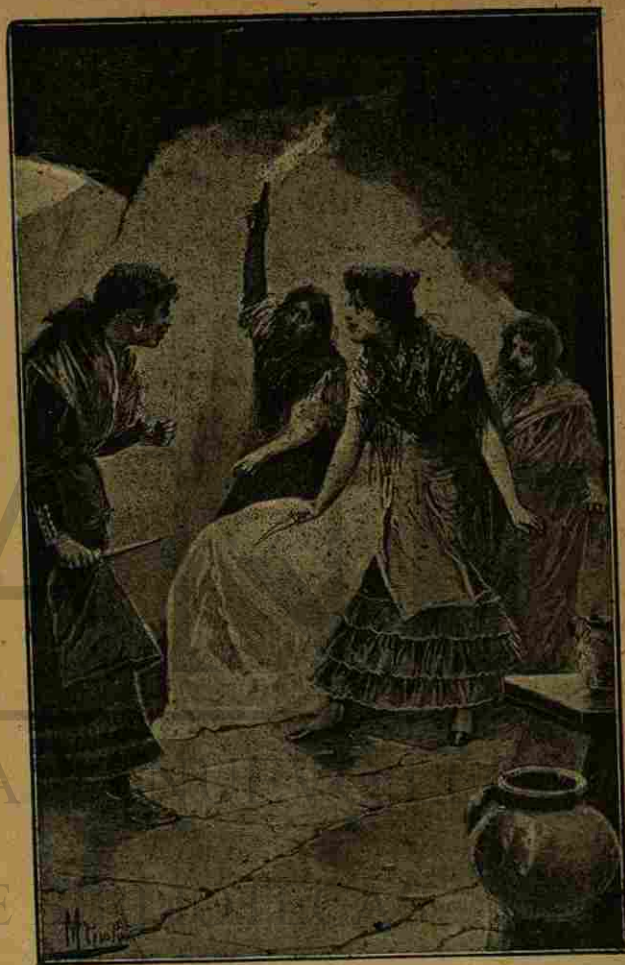
—Es una suerte que haya venido yo ántes. Con su genio vivo, Pedro quizás nos hubiera dado que sentir.

Mabel y Mariquita, aunque la miraban ya sin odio, no podían ocultar un resto de desconfianza.

—¿Quiénes son estas mujrces?—preguntó la vasca.

—Es justo—dijo el caballero.—No os conocéis. Mariquita, guarda tu puñal y besa á Jacinta. Sois tan buenas, tan leales y tan valerosas una como otra.

No vacilaron ni medio segundo en cumplir la orden del caballero, y con la sonrisa en los labios, olvidando que habían querido matarse, se abrazaron y besaron. Mabel gruñía aún, sobre todo contra los suyos, que dejaron pasar á la intrusa. Menos mal que Lagardère la conocía; pero ¿y si hubiera sido otra?



Se precipitó hacia el lecho pero la gitanita se adelantó y le obstruyó el paso.

—¿Pretendes echarnos de aquí?—preguntó malhu orada.

—¡Y o! ¡Dios me libre! ¿Por qué me preguntáis eso?—exclamó Jacinta, mirando con autoridad á aquella anciana que hablaba con arrogancia y parecía dispuesta á defender á Lagardère contra el mundo entero.

—Porque este caballero está herido, y mientras no se haya curado no saldrá de aquí.

—¿Qué dice? ¿Estáis herido?

—Ya no es nada. Ellas me han atendido y me han salvado.

—Muy bien—dijo la hermosa hostelera estrechando la mano de Mariquita.—¿No os hice mal antes?

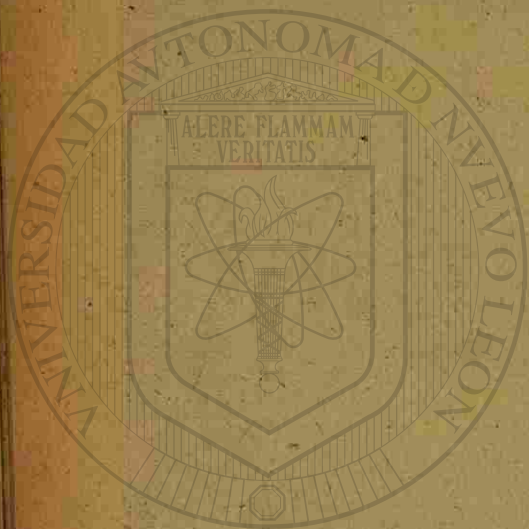
Se besaron de nuevó. Con el pelo suelto por el ardor de la lucha y las mejillas teñidas de púrpura, difícil era decir cual de las dos parecía más hermosa.

Enrique sonreía contemplándolas; pero de pronto se arrugó su frente: acababan de pasar ante sus ojos las imágenes de Aurora y Cruz ataviándose para asistir al baile del Regente.

Jacinta se inclinó, y le preguntó en voz muy baja:

—¿Y mademoiselle de Nevers?

—¡Ay!—murmuró con acento doloroso.—¡No he vuelto á verla!



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Su madre sigue aguardándola en Bayona.

—¡Pobre mujer! ¡Que Dios se la devuelva! ¡Yo creo que no podré.

—¿Quién te lo ha dicho?—interrumpió Mabel. Acabará la noche. ¿Quién sabe si el sol de mañana alumbrará tu dicha?

—¡Una palabra! ¿Dónde mi hermano Antonio?

—¡Ay! Lo ignoro también. Supongo que con Chaverny, Cocardasse y Passepoil. Pero ¿dónde?

—No tenéis derecho á desesperaros mientras no hayáis vuelto á verlos. Quizás sean ellos los que os la devolverán. Voy á quedarme aquí hasta mañana á la noche, y acaso al volver á Bayona pueda llevar excelentes noticias á la señora Princesa.

El caballero cogió á su vez la mano de la vasca, y depositó en ella un ósculo de agradecimiento. Poco después dormía de nuevo, y las tres mujeres en voz muy baja comenzaron á hacerse sus confidencias.



## XV

¡Victoria!

El Sol inundaba de luz los montes, cuyas sombras gigantescas bajaban poco á poco al fondo de los valles; los millares de animalillos ocultos entre las matas, en las ramas, entre las peñas, se deslizaban, se movían, llenaban el aire de cantos y murmullos. Los gitanos entonaban sus cánticos orientales, y Lagardère, ya en pie, había empuñado su espada y se cercioró con satisfacción inmensa de que no le pesaba demasiado y de que podría manejarla en caso de necesidad. Con las fuerzas recobraba la esperanza, y ya pensaba en proseguir sus cabalgadas en busca de su amor.

Por el camino que bajaba serpenteando al mar subía lentamente una tropa de unos treinta hombres. Los centinelas bohemios la habían distinguido hacía buen rato y comunicado la noticia,



—Su madre sigue aguardándola en Bayona.

—¡Pobre mujer! ¡Que Dios se la devuelva! ¡Yo creo que no podré.

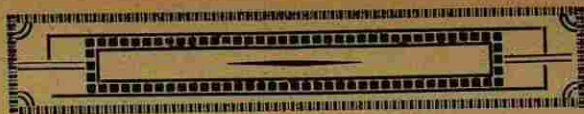
—¿Quién te lo ha dicho?—interrumpió Mabel. Acabará la noche. ¿Quién sabe si el sol de mañana alumbrará tu dicha?

—¡Una palabra! ¿Dónde mi hermano Antonio?

—¡Ay! Lo ignoro también. Supongo que con Chaverny, Cocardasse y Passepoil. Pero ¿dónde?

—No tenéis derecho á desesperaros mientras no hayáis vuelto á verlos. Quizás sean ellos los que os la devolverán. Voy á quedarme aquí hasta mañana á la noche, y acaso al volver á Bayona pueda llevar excelentes noticias á la señora Princesa.

El caballero cogió á su vez la mano de la vasca, y depositó en ella un ósculo de agradecimiento. Poco después dormía de nuevo, y las tres mujeres en voz muy baja comenzaron á hacerse sus confidencias.



## XV

¡Victoria!

El Sol inundaba de luz los montes, cuyas sombras gigantescas bajaban poco á poco al fondo de los valles; los millares de animalillos ocultos entre las matas, en las ramas, entre las peñas, se deslizaban, se movían, llenaban el aire de cantos y murmullos. Los gitanos entonaban sus cánticos orientales, y Lagardère, ya en pie, había empuñado su espada y se cercioró con satisfacción inmensa de que no le pesaba demasiado y de que podría manejarla en caso de necesidad. Con las fuerzas recobraba la esperanza, y ya pensaba en proseguir sus cabalgadas en busca de su amor.

Por el camino que bajaba serpenteando al mar subía lentamente una tropa de unos treinta hombres. Los centinelas bohemios la habían distinguido hacía buen rato y comunicado la noticia,

advirtiendo que no todos llevaban el mismo traje ni tenían igual aspecto.

Al frente de ella Gonzaga, ufano por verse rodeado de su banda, reía y gesticulaba entre Peyrolles, todavía pálido; Montaubert, que caracoleaba satisfecho y contento, y Taranne, Nocé, de Batz y La Vallade. El gordo Oriol iba algo detrás, un tanto sombrío y echando de menos las orgías del Regente.

Los soldados iban detrás: veinte miqueletes catalanes medio indisciplinados. El Príncipe los había preferido á soldados de tropas regulares.

—¡Malhaya el Regente y las acciones de Law!—decía Felipe con buen humor—¡Que se vayan al Diabló! ¡Señores, trocáremos sus papeles mojados por buenos duros y doblones, por onzas de oro! El rey de España es nuestro amigo, la Reina nos protege. Si os portáis bien, tendréis títulos, honores, embajadas. El mejor día haremos á Oriol Grande de España. ¿Estáis dispuestos caballeros? Porque el baile va á empezar.

Una sonrisa de satisfacción iluminó los semblantes de aquellos hombres, á quienes la codicia y la sed de placeres encadenaban otra vez al carro del amo. El único que no reía era Peyrolles; no porque fuese menos ambicioso que los demás, sino recordando la gran derrota sufrida á las puertas de Burgos, y al caballero.

—¡Lagardère!—murmuró entre dientes y á pesar suyo.

—¡Mala peste con Lagardère!—replicó Gonzaga.—¡Cuando yo quiera lanzaré contra él, como una muta, quinientos hombres que pondrá á mis órdenes Fetepe V!

—Los dispersará como á una bandada de gorriones.

—¡Es que estaremos nosotros con ellos!—exclamó Nocé.

—Hace mucho tiempo que estamos—insistió el mayordomo,—y, si no me engaño, éramos algunos más.

—¡Pardiez!—gruñó el Príncipe irritado por tal insistencia, que contrabalaceaba sus alentadoras palabras en el ánimo de sus *enrodados*.—¿Es que tienes miedo, Peyrolles? ¡Ya me explico por qué no has podido guardar las mujeres!

—Lagardère pasa á través de las espadas, las mujeres pasan á través de las paredes, monseñor, y nosotros recibimos los golpes. Y esto acaecerá hasta tanto que no haya visto encerrar en su sepulcro á Lagardère.

—¡Ave de mal agüero!—gritó irritado Gonzaga.—¡Para estar más seguro, harás tú mismo oficio de sepulturero! En cuanto á Aurora, para que no haya ninguna pared entre ella y tú, la haré

sujetar á ti por una cadena que te ceñirá los riñones.

Peyrolles replicó irónicamente:

— Antes de enterrar á Lagardère, hay que matarle. Antes de encadenar á la paloma, hay que cazarla. Y no lo conseguiremos ni hoy, ni mañana, ni tal vez nunca, monseñor.

Gonzaga estrujó con ira los encajes de su colete; los *enrodados* no pronunciaron palabra. Aquel demonio de Peyrolles, sentencioso y lúgubre, había helado la jactancia en los labios de Gonzaga. Sólo se oía el ruido de las herraduras de los caballos, chocando contra los guijarros del camino.

En sentido opuesto al de Felipe caminaba otra tropa, que sólo se componía de seis personas: cuatro hombres y dos mujeres. En ella también se trataba de Lagardère, y uno hablaba recio, aunque no prometía títulos, ni hombres, ni dinero.

— ¡Sangre de Cristo! — gruñía nuestro amigo Cocardasse. — ¿Dónde diablos puede haberse cobijado el pichón que no logramos en tanto tiempo echarle mano? Se me figura á mí que toda esta canalla bohemia que corre por las carreteras debe de haberle adormecido otra vez dándole á beber alguna droga infernal.

— Contigo sería muy fácil hacerlo — le re-

plicó burlón Amable. — Porque tú siempre tienes sed.

— ¡Error profundo! Yo tengo olfato, y antes de beber huelo. El que me pusiera á mí en el vino algún ingrediente, se tragaría el líquido al mismo tiempo que el vaso.

Tras los dos diestros iban las damas, y en medio de ellas Chaverny.

— ¿Dónde estará? — suspiraba Aurora, pues no pensaba en otra cosa la pobre niña. — Prefiero quedarme para siempre en España á volver á Francia sin él. Mi resolución es irrevocable. Si me fuera de esta tierra en que quizás padece, llora y me invoca, retumbarían sin cesar en mis oídos sus palabras de angustia, no podría vivir, pensando en que me llamaba desesperado y yo estaba demasiado lejos para acudir á su lado. Me quedo hasta que le encuentre, aunque tenga que cantar por las plazas y mendigar por los caminos. ¡Verle yo á mi lado un momento, y aunque muera en seguida, bendeciré á la muerte, porque habré sido feliz!

Doña Cruz y Chaverny saboreaban la dicha de estar juntos. Pero, demasiado buenos para demostrarla ante Aurora, callaban su amor y se ingeniaban para consolar y para inculcar en el ánimo de la Duquesita la confianza de hallar muy pronto á su novio.

—Ya sabes que una vez que estemos seguros en Francia el encontrar á Lagardère será cuestión de pocos días. Libres ya del temor de vernos caer de nuevo en manos de nuestro enemigo, nuestros defensores podrán obrar con libertad, y sus espadas, como sus voluntades, son de las que no admiten dique, ni obstáculo alguno detiene. Nos separan muy pocas leguas de la frontera: no seas terca, y pasémosla esta noche, con lo cual estaremos á salvo de todo peligro.

—Si temeis algo—dijo Antonio,—muy cerca de aquí hay una guarida habitable que sólo conocemos mi hermana Jacinta, mi hermano Pedro y yo. Está amueblada, y en ella no os hallarían, ni podrían aprisionaros de nuevo todos los Gonzagas de la Tierra. Creo que no tengamos necesidad; pero...

Las dos tropas estaban á igual distancia de la gruta, y entre ambas no mediaba ni siquiera media legua corta. Mabel las veía desde su observatorio; pero no podía distinguir las facciones su debilitada vista.

—Corre, Mariquita, ven tú á ver. Y tú, Jacinta, enciende una antorcha. ¡Enciéndela, te digo, porque voy á necesitarla.

Mariquita obedeció y dió un grito de alegría.

—¡Mademoiselle de Nevers, Flor, Chaverny! ¡Están todos!

—¿Y los otros?...

—¡Peyrolles, los *enrodados*; aquél es Gonzaga! ¡Son los enemigos! ¡Van más de veinte!

Lagardère, vestido, dormía plácidamente en la cama.

—¡No le despertemos!—susurró la anciana.— ¡Que le despierte con un beso su novia!

Benassy y el jefe acababan de entrar.

—Preparad los trabucos cuando los que llegan del Norte esten á tiro yo daré el grito del buho. ¡Fuego sobre ellos! ¡Y apuntad bien para que no se pierdan las balas y haya muertos! Tú, chiquillo, corre á prevenir á los otros; que se preparen á defenderse y á defender á las mujeres. Diles que los espera una gran alegría.

—Madre—preguntó el jefe,—¿creéis que sea muy necesario que nos batamos por defender á cristianos?

La vieja le lanzó fulminante mirada.

—¡Obedece!—ordenó imperiosamente.

Cuando quedaron solas, la anciana exclamó alborozada:

—¡Ya presentía yo que este día era el buenol!

En aquel momento el gascón decía á su amigo:

—¡Sangre de Cristo! ¡Otro campamento de esos endiablados gitanos! ¡Andemos con ojo! ¡Esa fruta de horca no me inspira confianza!

—Y yo veo otra cosa—dijo Amable haciendo pantalla con la mano.—Esa nube de polvo la levantan más de veinte ginetes, entre los cuales creo reconocer á Peyrolles.

—¿Ese bueno de Peyrolles, dices? ¡Petronilla, amiga mía, hay ahí una vaina humana para tí: espero que te portes bien!

Desenvainó la espada, y Passepoil hizo lo mismo.

—¡Por las damas!—exclamó.—¡Ensayaremos la esocada de Nevers!

Chaverny se había alzado en los estribos y desnudando su acero murmuró, apretando los dientes:

—¡Gonzaga y su bandal! ¡Bravo! ¡En ausencia de Lagardère, á mí me corresponde enviar á mi noble primo al otro mundo!

Palidieron las dos doncellas, y Aurora dijo:

—¡Es el fin! Son cinco veces más que nosotros! Juradme M. de Chaverny que me atravesaréis el corazón con vuestro acero, antes que dejarme caer de nuevo en poder de ese hombre.

—¡Juro que no os apresará de nuevo! Antonio Laho velará por vosotras mientras nosotros tres nos batimos.

Los adversarios hallábanse ya tan próximos, que podían contarse y lanzarse invectivas.

Gonzaga extendió el brazo, y riendo con risa falsa dijo:

—Señores, Aurora de Nevers viene ella misma á nosotros. Me reservo el derecho de hacerla prisionera. Los cuatro hombres que la acompañan no se toman en cuenta; os abandono la vida de tres de ellos, pero quiero que se respete la del marquesito.

—Lagardère no está con ellos—observó Peyrolles.

Todos resollaron con desahogo al verificar su ausencia, excepción hecha de Gonzaga que rugió:

—¡Tanto peor! ¡Este hubiera sido su último día, y su novia le habría visto caer sin vida á mis pies!

Una risa salvaje, cruel, acentuó tales palabras: el alma de Felipe de Mantua acababa de asomarse á sus ojos, y los *enrodados* se estremecieron.

Peyrolles, siempre prudente, hizo pasar á vanguardia á los miqueletes, designándoles á Chaverny para que respetasen su vida; táctica que no agradó mucho á los españoles, comprendiendo que debían de ser muy terribles aquellos enemigos cuando ocho caballeros, al parecer tan valientes, los enviaban á sufrir el primer encuentro, resguardándose tras ellos. El oficial que los mandaba miró de alto á bajo con desdén al *factotum* del Príncipe, y ordenó á sus soldados.

—Al llegar sobre el enemigo, abríos en dos filas y dejad hacer.

Hubo cierto ruido de aceros que se desenvainan, y tras breve orden, los caballos batidos en los ijares por las espuelas se lanzaron al galope contra Chaverny y sus compañeros.

De pronto, extraño y siniestro, oyóse el graznido del mochuelo, y un segundo después el disparo simultáneo de quince trabucos tronó repercurtiendo en los montes.

Gonzaga lanzó un aullido de rabia. El mayor-domo se detuvo estupefacto y lívido como un cadáver.

Saltando como un corzo, un gitanito despierto y simpático llegóse al lado de Chaverny diciéndole:

—¡Cargad sin temor alguno! ¡Os ayudan quince buenos trabucos y os espera una noticia que os hará llorar de alegría!

—¡Adelante!—gritó el Marqués, adelantándose seguido de los dos maestros de esgrima.

Cuando llegaban al campamento aparecieron á su lado tres mujeres, una de ellas blandía una antorcha con su descarnado brazo; sus cabellos blancos flotaban en torno de su cabeza de anciana, y de su desdentada boca brotaban imprecaciones y amenazas. Mabel estaba transfigurada: parecía la encarnación de la venganza vesti-

da de andrajos, ó la imagen viva de la guerra encarnizada.

—¡Sus! ¡Á ellos! ¡Fuego, sangre y muerte! ¡Que no escape uno solo con vida, hijos míos! ¡Maldición sobre el asesino! ¡Matad, matad! ¡Ha llegado el día de la venganza, de la justicia! ¡Esta noche los hijos del desierto beberán en los cráneos de esos miserables su sangre!

Las otras dos, puñal en mano, se pusieron ante las damas como un escudo. Las dos jóvenes las reconocieron.

—¡Mariquita! ¡Jacinta!—exclamaron ambas á la vez.

—¡Valor!

—¡La victoria es nuestra!

—¡El amor es el supremo señor del mundo!—añadió radiante de entusiasmo la anciana.—¡Mueran todos los que tienen el corazón seco!

En las filas del Príncipe se había producido el desorden. Los miqueletes que quedaron ilesos volvieron bridas, y sólo quedaron como adversarios de los defensores de Aurora, Gonzaga y sus *enrodados*. Los gitanos recargaban impasibles sus trabucos.

La rabia cegaba á Felipe al ver que se le escapaba otra vez Aurora. En aquel instante hubiera acometido á la montaña misma.

—¡Sus! ¡Á ella!—ordenó, señalando con su es-

pada á mademoiselle de Nevers, que se estremecía de ansiedad.

¡Vana amenaza!

De repente se elevó sobre todos los ruidos una voz clara, inesperada, terrible, que clavó á todos en sus puestos respectivos:

—¡Aquí estoy!

—¡Enrique!—exclamó Aurora, perdiendo el sentido. Antonio y Flor la sostuvieron para que no cayera de la mula.

Un nombre salió de todos los labios á la vez, nombre que los unos pronunciaron con inmenso júbilo, y los otros con terror pánico:

—¡Lagardère!

Sí. Era él, pálida la faz, flotantes los cabellos, alta la espada; el Lagardère de los grandes dias de batalla y de victoria, con los ojos fulminando rayos á su enemigo.

—¡Un caballo!—gritó.—¡Necesito la vida del asesino de Nevers!

Felipe de Mantua le oyó; pero no le aguardó. Antes que todos, volvió grupas y clavó las espuelas en los ijares del caballo, que saltó y partió á rienda suelta. Peyrolles, aterrado, le siguió como la sombra al cuerpo murmurando:

—¡Lagardère no está aún enterrado!

El caballero enyainó su acero al verlos huir.

—¡Vil y cobarde! ¡Ah! Nunca hallaré frente á mí el pecho de ese infame italiano!

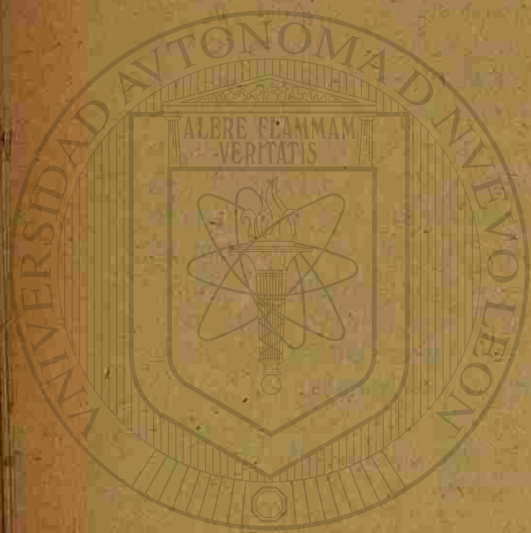
Brotaron de sus ojos lágrimas de amor y de ventura inmensa al acercarse á Aurora de Nevers, á quien bajó de la mula. Depositó un beso en su pálida frente y la doncella abrió los ojos en brazos de su prometido.

Antonio Laho con su navaja dió buena cuenta del matorral, y cuando la senda para llegar á la entrada de la caverna fué bastante ancha, Lagardère la atravesó con su preciosa carga, con su adorada dama, con su tesoro recobrado al fin.

Y la que era suya con el corazón y sería muy en breve su legítima mujer, murmuraba acariciándole castamente con la mirada:

—¡Enrique! ¡Enrique mío! ¡Qué feliz soy! ¡Cuánto te amo! ¡Te amo más que á mi vida, más que á todo en el mundo!

FIN



## ÍNDICE

Capítulos	Páginas
I El grito del anciano Duque. ....	9
II Enterrados vivos.....	28
III Las gitanas . ....	39
IV A navajazo limpio.....	53
V Santa Maria la Real. ....	67
VI El papamoscas.....	79
VII La cabalgada de la muerte.....	89
VIII Los ladrones.....	105
IX La estrella.....	119
X Los gitanos.....	135
XI Una pista falsa.....	147
XII El asilo misterioso.....	155
XIII El testamento.....	167
XIV La intrusa.....	177
XV Victoria.....	192

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





